

RELATOS DE LA TERCERA ESTRELLA

27 Autores. Prólogo de Hernán Casciari



Luis Climenti

Juan José
Vazquez

Jerónimo
Visñovezky

César Alberto
Severa

Agustín
Curbelo Lorier

Rodrigo Miguel
Quintero

Florencia
Herrera

Fernando
Vicente

Fernanda
Caperón

Matías
Gagliardone

Leandro
Menéndez

Chalo
Flores

Ariel
Zelener

Carlos
Mas

Lala
Leotta

Luciano
García Bes

Emiliano
Vinocur

Nacho
Merlo

Verónica
Lhospice

Nicolás M.
Sopranzi

Mariángeles
Portilla

Verónica
Carman

Debora J.
Arce Sposito

Sergio
Carrillo Rodríguez

Pablo
Cianciosi

Chiqui
Di Paolo

Norberto Lanese

RELATOS DE
LA TERCERA
ESTRELLA



Arte de tapa: Lala Leotta

Diseño y maquetación: Fernanda Caperón

Corrección: Fernando Vicente

Compilador: Luis Climenti

© 2025, Colaborativa Insai

Primera edición: Diciembre 2025

ISBN 978-631-01-1933-5

Impreso en Semilla Creativa

Relatos de la tercera estrella © Licencia:

Creative Commons Atribución.

Reconocimiento-CompartirIgual

4.0 Internacional.

www.creativecommons.org

Una obra colaborativa de entusiastas

RELATOS DE LA TERCERA ESTRELLA

ENTUSIASTAS:

Agustín Curbelo Lorier

Ariel Zelener

Carlos Mas

César Alberto Severa

Chalo Flores

Chiqui Di Paolo

Debora J. Arce Sposito

Emiliano Vinocur

Fernanda Caperón

Fernando Vicente

Florencia Herrera

Jerónimo Visñovezky

Juan José Vazquez

Lala Leotta

Leandro Menéndez

Luciano García Bes

Luis Climenti

Mariángeles Portilla

Matías Gagliardone

Nacho Merlo

Nicolás M. Soprani

Norberto Lanese

Pablo Cianciosi

Rodrigo Miguel Quintero

Sergio Carrillo Rodríguez

Verónica Carman

Verónica Lhospice

A la Selección Argentina y a todos
aquellos que salieron a festejar
el 18 de diciembre de 2022.

- 15 | HERNÁN CASCIARI
Prólogo
- 17 | JERÓNIMO VISŃOVEZKY
Ahora somos todos Montiel
- 21 | FERNANDO VICENTE
Andá pa allá
- 27 | LALA LEOTTA
Así ganamos la tercera en Barcelona
- 33 | MARIÁNGELES PORTILLA
Bajo agua
- 39 | NACHO MERLO
Banderines y dibujitos
- 51 | RODRIGO QUINTERO
Camisetas argentinas
- 55 | JUAN JOSÉ VAZQUEZ
Cosas que suceden un domingo
- 61 | AGUSTÍN CURBELO LORIER
Cosquilleo

- 67 | LUCIANO GARCÍA BES
El abrazo que nunca imaginé
- 73 | LUIS CLIMENTI
El camino del héroe
- 79 | EMILIANO VINOCUR
El día que casi salgo a festejar
- 83 | SERGIO CARRILLO RODRÍGUEZ
En mitad del Atlántico
- 91 | FLORENCIA HERRERA
El gol que los volvió a unir
- 95 | LEANDRO MENÉNDEZ
Envidia
- 101 | VERÓNICA LHOSPICE
Ese domingo hubo misa
- 105 | ARIEL ZELENER
Festejo a medias
- 109 | VERÓNICA CARMAN
Hoy es el día perfecto
- 117 | CÉSAR ALBERTO SEVERA
La atajada

- 121 | FLORENCIA HERRERA
La carta de las tres estrellas
- 125 | LUIS CLIMENTI
La ofrenda del pueblo chino
- 129 | JUAN JOSÉ VAZQUEZ
Lo que respiramos
- 135 | MATÍAS GAGLIARDONE
Mundial de gira
- 143 | PABLO CIANCIOSI
Saber sufrir
- 147 | CARLOS MAS
Tres estrellas
- 151 | DEBORA J. ARCE SPOSITO
Trinchera de victorias
- 155 | CHIQUI DI PAOLO
Troquelable
- 157 | SERGIO CARRILLO RODRÍGUEZ
Un catalán celebrando el Mundial de Messi
- 163 | NORBERTO LANESE
Un Mundial que atravesó tres generaciones

167 | CHALO FLORES
Una bandera gigante con la cara de Maradona

173 | CÉSAR ALBERTO SEVERA
Unidos

179 | NICOLÁS M. SOPRANZI
You'll never walk alone

Recuerdos que no voy a borrar: los virales de Qatar

189 | CÉSAR ALBERTO SEVERA
Abuela lalala lala

190 | LALA LEOTTA
Atravesaste a todos

191 | DEBORA J. ARCE SPOSITO
Desayuno del campeón

192 | JUAN JOSÉ VAZQUEZ
El desahogo final

193 | JUAN JOSÉ VAZQUEZ
El Dibu al límite

194 | CÉSAR ALBERTO SEVERA
El rugido de la victoria

- 195 | LUIS CLIMENTI
El Topo Gigio
- 196 | NICOLÁS M. SOPRANZI
La capa y la copa de Messi
- 197 | MARIÁNGELES PORTILLA
La fiesta interminable
- 198 | JUAN JOSÉ VAZQUEZ
La mochila de Aimar
- 199 | LALA LEOTTA
La trepada al techo del metrobús
- 200 | FERNANDA CAPERÓN
Lágrimas de emoción
- 201 | LALA LEOTTA
Las estampitas del Diego santificado
- 202 | MARIÁNGELES PORTILLA
Mar de gente
- 203 | JUAN JOSÉ VAZQUEZ
Un baile que acaricia la gloria
- 204 | ARIEL ZELENER
¿Y el domingo qué hacemos?

PRÓLOGO

CAMISETA

Me gusta pensar que este libro es una pequeña copa del mundo de la autogestión. Que cada autor fue entrando a la cancha con su propia camiseta, su propio estilo, su propio acento, pero todos con el mismo objetivo: contar una épica desde lugares distintos. Algunos desde la euforia, otros desde la nostalgia, otros desde el silencio. Como en toda buena selección (de fútbol o de textos) acá hay poesía, creatividad, pizarrón y también lágrimas.

El título, *Relatos de la Tercera Estrella*, tiene precisión poética. Porque ganar un mundial es un acontecimiento que ocurre entre largos períodos de sequía, y escribir sobre el asunto es una forma de guardar material para leer en las malas rachas que están a la vuelta de la esquina.

Publicar un libro entre varios es otra manera de alcanzar el triunfo en una final complicada. Ganar por constancia, por trabajo compartido, por reuniones por WhatsApp que se alargan, por textos que se reescriben diez veces, por dudas que se vencen y por esas pequeñas victorias que nadie ve.

Así que felicitaciones a los editores de este libro porque hicieron lo que pocos se animan: transformar una alegría temporal en una obra duradera. Y a cada uno de los autores, porque con su historia y con su mirada, agregaron una estrella más a la camiseta invisible de los que hacemos las cosas porque sí.

HERNÁN CASCIARI

AHORA SOMOS TODOS MONTIEL

Era casi Navidad y necesitaba la plata, así que acepté entregar los documentos rápido. Los querían para el viernes, pero a mediados de diciembre yo estaba hasta las manos con otro laburo y los preparativos para las fiestas. No llegué y me tuve que quedar en la computadora trabajando todo el sábado. Todo sea por el avión de Pinypon que quería mi hija. Me quedé hasta la madrugada del domingo. No era cualquier domingo. Pasé de largo porque si me acostaba me perdía el partido. Era un 18 de diciembre y Argentina jugaba la final contra Francia.

Cuando les cuente lo que hice ese día, me van a decir que estoy loco, que soy un imbécil, un pusilánime. Pero si buscan, como hice hoy, «muertes de hinchas en la final del Mundial 2022», van a encontrar que hubo varias. Casi todas por paro cardíaco. Y yo soy hipertenso.

No tengo que explicar lo que fue el partido. Los once de Argentina contra Mbappé. Uno se imagina una goleada. Y por un rato largo no fue solamente imaginación. Dos a cero estuvimos. Dos a cero y yo iba por el quinto café.

Si me preguntan a mí, viví el partido con nervios. Al borde de la silla. Levantándome de a ratos para ir a la cocina y hacerme otro instantáneo. Puteando como todos. Gritando los goles, como todos. Pero los testigos presenciales contradicen estos recuerdos.

Mi hija, que en ese momento tenía 12 años, relata detalles que yo, les juro, no recuerdo. «Ay, papá —me dice—, ¿qué te hacés el normal? Te tiraste al piso de panza a llorar con el gol de Di María».

La jugada del siglo. Dos mil cuatrocientos veintisiete pases y Angelito que queda solo por izquierda. Pica, mira, acelera y la mete en el fondo de la red apenas por encima del arquero francés que había salido a tapar. Messi ya había metido un gol de penal. Dos a cero y, según mi hija, yo de panza en el piso, llorando.

«Ya está —me acuerdo de haber pensado—. Dos a cero. Ya está». Pero no estaba un carajo.

Imagínense. Si di asco mientras Argentina ganaba, lo que debo haber hecho cuando el desgraciado de Mbappé nos empató el partido. De penal y de volea. Rápido y de primera. Pateaba, Mbappé, y pateaba de nuevo y a mí el corazón me daba vuelcos. Me temblaban la voz y la mano de la taza. Cuando me quise dar cuenta, estábamos tres a tres.

Me titilaban los ojos, tenía flojas las piernas y Argentina iba a penales. No pude más. Me ganó la cobardía, el miedo al bobazo. Dejé el café sobre la mesa y me fui a mi pieza.

Me desplomé en la cama y mis muslos descansaron en el colchón suave. Apoyé el cachete en la almohada y mi cuerpo se relajó. Pensé en aguantar. Desde el comedor

venían las voces exaltadas por la espera a los penales. Alguien preguntó: «¿Quién patea primero?». No escuché la respuesta. Mi corazón era un animal aporreado contra las costillas. Lo único que podía hacer para no matarlo era apagarme. Un clic. Silencio.

En el sueño, mi cliente me pedía por teléfono que le entregase los documentos y yo le explicaba que ya se los había mandado. De golpe, la charla era en una oficina frente a frente y mi cliente tenía la cara de Mbappé, pero con acento santiagueño.

—Eran para el viernes, chango. Me vas a hacer quedar mal —me dijo, frunciendo el ceño.

—Ya te los he mandado anoche, pues.

—Si no me los mandas enseguida, no te deposito —me dijo, marcando tanto las eses que parecía mexicano.

Chau avión de Pinypon. Chau sorpresa de Navidad. Era al pedo discutir, así que hice lo que me pareció más lógico en ese momento.

—¡Piedra, papel, tijera! —le grité, poniendo el puño derecho sobre la palma izquierda—. Por la plata en efectivo. Si me ganas, no me debes nada.

Ya no estaba la oficina, estábamos parados en el pasto de una plaza. Mi vieja y mis hermanas tomaban mate sentadas en un banco. Mis sobrinos y mi hija correteaban alrededor nuestro.

—A cinco. Si pierdes, no hay plata —me dijo sonriendo con baba en la comisura de los labios.

—¡Piedra! ¡Papel! ¡Tijera! —me ganó con piedra. 1 a 0.

—¡Piedra! ¡Papel! ¡Tijera! —le gané con papel. 1 a 1.

Los dos piedra. Gané con papel. Los dos tijera. Le gané con piedra. Yo iba 3, él seguía con 1. Me ganó con tijera, 3 a 2. Mis hermanas se pararon para ver qué pasaba. Los chicos se acercaron a alentar. Yo pensé que si era mejor de cinco, ya había ganado. Si era a cinco faltaban dos. No quise preguntar para no desconcentrarme.

De un momento a otro se juntó una multitud con camisetas albicelestes. Un bombo sordo marcaba el compás. Yo no sacaba los ojos de mi oponente. Con esa plata pagaba el «avión rosa vibrante con 30 accesorios». Hubo un silencio. Me di cuenta de que estaba tranquilo. Demasiado tranquilo.

Mi cliente franco-quechua me miró. Tenía un tic en el ojo derecho. Yo me pasé la lengua por los labios secos. Miré hacia la multitud y por un segundo vi a mi hija, serena, haciendo la seña de «papel» con sus manos. Decidí hacerle caso.

Iba a elegir papel. No la piedra dura de mi negación, ni las tijeras afiladas de la ansiedad. Papel. Frágil pero definitivo. Como los papelitos que llueven en la cancha, como los documentos que había mandado esa madrugada, como los billetes que estábamos a punto de ganar. —Vamos, papá —me dijo mi hija, con voz de relator de fútbol—. Somos todos Papel.

Y entre el estruendo de los bombos y la hinchada cantando «Muchachos», grité «¡Piedra! ¡Papel! ¡Tijera!».

JERÓNIMO VISÑOVEZKY

ANDÁ PA ALLÁ

No, ¡qué hijos de re mil puta, mirá el gol que nos vienen a hacer! Después miré mil veces esa jugada fatídica del último minuto del partido y aprendí a odiarla con calma. Pero ahora la odio con furia, con una tristeza y un miedo que me carcome el pecho y el cuerpo todo.

Lo peor es que ese sentimiento deja un pequeño resquicio para la admiración. Eso lo convierte en un momento todavía más horrible. Es un golazo en el minuto 11 de descuento y con ese gol nos empatan 2 a 2. Pero, además, cómo se da.

Vamos ganando 2 a 0, en un partido casi ideal. El técnico de ellos hace un cambio al minuto 79 —pone a un alto, de casi dos metros, que después sabré que se llama Weghorst— y en dos jugadas nos empatan el partido. El primero al minuto 83: un centro con efecto hacia adentro, Weghorst se anticipa a Lisandro y mete un cabezazo perfecto, que nos hiela la sangre. Quedan a un solo gol en un partido que dominamos siempre. La puta madre.

En estos minutos que quedan se nos van a venir, lo sabemos y sufrimos anticipando el momento.

Entre el 1-2 y el 2-2 transcurren casi veinte minutos en los que pasa de todo.

Holanda nos arrincona contra el arco. Hay una que queda picando, le pega uno de ellos y da en la red del lado de afuera, al lado del palo. Enseguida Paredes lo hace abajo a un holandés y ahí nomás se levanta, apunta al banco naranja y le pega fuerte al medio. Obviamente, saltan todos. Empujones y amarillas por todos lados, pero no para Virgil, que viene a copar la parada y le da un pechazo a Leandro. El árbitro español da ¡diez minutos! de tiempo agregado. Hay sensación de que cobra todo a favor de ellos y que el partido se juega hasta que empaten. En el último minuto Pezzella le hace falta a un holandés, al pedo, casi en la medialuna del área. Es crónica de un gol anunciado, no puedo más.

En la previa, los holandeses habían calentado el partido. El viejo forro de Van Gaal habló de revancha, porque él dirigía en 2014 cuando los dejamos afuera por penales. Encima le tiró un palo a Messi, como que no corría cuando Argentina no tenía la pelota. Pero hasta que puso a Weghorst, cuando faltaban doce minutos, Scaloni le venía dando una paliza táctica de antología, con un cambio de esquema que los había sorprendido y no les permitía la circulación fluida que habían mostrado en los partidos anteriores.

El primero había sido de Molina con un pase imposible de Messi y el segundo, un penal que había metido Lionel pateando perfecto, después de que el arquero lo había

querido poner nervioso. Y como broche de oro de esa jugada, la magia de Lionel haciendo el Topo Gigio enfrente de Van Gaal. Llevando a Riquelme hasta Lusail. Lavate la boca antes de ir contra el fútbol argentino, holandés.

Incluso tuvimos chance de un tercero. Si Holanda era de los que mejor jugaba al fútbol, el que hacía valer la posesión, ese 9 de diciembre no se había visto para nada. Hasta que Van Gaal tiró a la cancha su carta desesperada, un grandote para que le tiraran centros, y a los pocos minutos ya nos había metido uno.

Por eso el tiro libre en la puerta del área en el último minuto nos paralizó, porque sabíamos lo que iba a pasar.

La posición, inmejorable. En el centro, justo afuera del área. Agarra la pelota un holandés zurdo —Koopmeiners, otro que había entrado desde el banco— y se perfila para pegarle. En la barrera, mil argentinos. El área, llena de holandeses a la espera del rebote. Pero en vez de darle a un palo, como espera todo el mundo, Koopmeiners hace una sudamericana: da un pase suave, por abajo de la barrera, a Werghost que está en el punto del penal. El grandote la para con la derecha, gira antes de que llegue Enzo y la cruza de zurda. La pelota se mete al lado del palo del Dibu. Hijos de remil puta, mirá el gol que nos vienen a hacer. Jugada de pizarrón. Encima otra vez el 9 que puso Van Gaal desde el banco. La concha de tu madre, Van Gaal.

El partido se termina al toque. Hay treinta minutos más, que hay que bancar después de esa jugada en la que nos mojan la oreja. Me agarro la cabeza y puteo, no lo puedo creer.

En el alargue Argentina se recupera. Tenemos más chances nosotros. Poco antes del final hay un corner, le pega Di María y casi lo hace olímpico. La saca el arquero por arriba del travesaño.

En el último minuto del suplementario, Messi amaga el centro y se la da a Enzo en la medialuna, que la para y la cruza. Da en el palo, cuando el arquero no llegaba. Estamos bien pero no nos alcanza. Nos vamos a penales. De vuelta me acuerdo de ese gol con jugada preparada en el último minuto. Van Gaal, la concha de tu madre.

Encima nos ganan el sorteo. Empiezan pateando ellos. Va Virgil van Dijk, que tendría que haber sido expulsado cuando se armó el lío con Paredes. Todavía estamos cortando clavos y pensando en todas las señales malas cuando Virgil, casi sin tomar carrera, la intenta cruzar a la derecha del Dibu, que se estira y la saca hacia un costado. Se grita como el momento lo pide, con alaridos más que palabras. Sí, Dibu, sí. Te amo.

Viene Messi y sufrimos más todavía. Por favor, Lionel, por favor, hacelo. El capitán tampoco toma carrera: espera al arquero, que se mueve a su izquierda y le pega despacito. La pelota va entrando en cámara lenta y el grito de gol se hace largo, nos rompe la garganta llena de furia contenida.

Falta, falta todavía.

Viene el 11, Berghuis, otro de los cambios. Es zurdo. Tres, cuatro pasos de carrera y la cruza. El Dibu va a ese palo y la saca otra vez, y baila. El tipo baila, ¿entendés? Lloro yo, llorás vos, lloramos todos.

Ahora le toca a Leandro. El arquero se tira bien hacia su

derecha, donde va la pelota, pero el tiro cruzado es fuerte y bien junto al palo. Estamos dos arriba y siento que desde que empezó la serie, es el primer momento que respiro, con dificultad pero respiro.

Después le pega un holandés —Koopmeiners, el del tiro libre del final— y es gol. Montiel pone el 3 a 1 y Weghorst, otra vez, descuenta.

Estamos 3 a 2 arriba y si lo hace Enzo, estamos en semis. La quiere poner al lado del palo y la tira afuera. Vuelven los fantasmas.

Va Luuk de Jong y la mete. 3 a 3.

Tenemos el último tiro y le toca a Lautaro, que entró casi al final del tiempo reglamentario. No doy más.

Los nervios no caben en mi cuerpo. Lautaro camina lento desde el círculo central, rodeado de camisetas naranjas. Los europeos, que se supone que son todos correctos, se sacan la careta y lo hablan para tratar de que se desconcentre. Tiene que ir el árbitro desde el área a poner orden. El arquero aprovecha y agarra la pelota. También cancherea e intenta molestar a Lautaro. Nuestro 22 lo empuja para sacárselo de encima. Tiene que intervenir el árbitro de vuelta. El Toro da unos pasos hacia atrás y después tres hacia adelante, lentos. Se frena justo antes de pegarle y el arquero vuela hacia su izquierda. Lautaro la cruza al otro palo.

El desahogo es total. Lágrimas y abrazos y más lágrimas y gritos. «¡Vamos Argentina, carajo!». «¡La tenés recontra adentro, Van Gaal!». «¡Vamos Lionel, vamos!».

Tardamos algunos minutos en volver a la transmisión.

El capitán va a tomar la palabra. Ya lo hizo en la cancha y ahora tiene adelante un micrófono. Le están por hacer la nota y vemos que le habla a alguien. Está serio. «Andá pa allá, bobo. Andá pa allá». No sabemos a quién es, pero lo disfrutamos igual. Porque sabemos a qué es, por qué es. Acaso intuimos, un poco, su trascendencia histórica. Andá pa allá, Holanda.

FERNANDO VICENTE

ASÍ GANAMOS LA TERCERA EN BARCELONA

—**D**ame la mano —dijo como pidiendo ayuda—. No sé qué hacer con la ansiedad de los penales. En un cuarto de piso compartido, siete argentinos sufrían, puteaban, respiraban como podían. Estaban formados de pie, de manera que todos estaban bastante cerca de la pantalla.

Primero llegó el que traía la televisión. La pudieron conectar al cable del edificio, y esa fue la primera de las victorias. También acomodaron dos *notebooks* con la transmisión por internet, donde los goles llegaban dos minutos más tarde, pero para ver las repeticiones servía.

Luego llegó al «búnker» el resto de la gente. Cada uno traía por lo menos un *pack* de birras, ni la heladera lo podía creer. Había guirnaldas y sobrestock de globos, algunos se colgaron y el resto simplemente decoraba el piso. Hacía frío pero igual sobre la mesa de la terraza se acomodaron las pizzas y lo que había para ir picando. Mientras, googlearon la letra y repitieron frase a frase «Muchachos»:

no todos sabían completa la canción y era fundamental en ese momento. Cuando sonó el himno, los corazones se expandieron para luego estremecerse y los hombros se reubicaron en contractura.

—¡Vamo', eh! *En Argentina nació, tierra de Diego y Lionel...*
—*De los pibes de Malvinas que jamás olvidaré...* ¡Vamo', dale, che! ¡Vamo'!

Cuando gritaron el primer gol de Messi en el raudo minuto 23, se abrazaron saltando en micropogo y cayeron —todos juntos— sobre la cama, como un enjambre humano festejante.

Latas de cervezas y vasos de vino se renovaban. En la pantalla despejaba por derecha Alexis Mac Allister y va y va, y se vibraba, en un pase soñado —dirían los comentaristas de fútbol— llegaba el segundo en los pies de Di María.

—¡Brindis!

—*No te lo puedo explicar. Porque no vas a entender...*

—*Las finales que perdimos cuántos años las lloré...*

Entretiempo. Retoma el partido, una de las chicas se había olvidado de ir al baño y eso puso nerviosa a la dueña de casa.

—Andá. ¡A-h-o-r-a, tenemos que estar acá todos! Mirá, ya empezó.

También se había dividido un subgrupo, que en la terraza charlaba de cualquier tema. Mbappé empató el partido en un lapso de dos minutos: goles a los 80' y a los 81' y entonces sobrevino una crisis:

—¿Qué están haciendo, boludeando ahí afuera? ¿No ven que nos empataron?

Las expresiones de las caras cambiaron en un instante.
—No me importa que hablen de otra cosa pero quiero los ojos de todos en la pantalla. Todos adentro, necesitamos la energía de todos. ¡Vamo'!

Entonces se renovaron las canciones, por vez por vez número veinticinco:

—*Pero eso se terminó. Porque en el Maracaná. La final con los brazucas. La volvió a ganar papá. Muchaachos...*

También sonó el cancionero completo: «Olé, olé, olá. Cada día te quiero más», «Brasil decime qué se siente...». Y «El que no salta es un inglés». Ninguna quedó afuera.

El sufrimiento seguía, y durante el alargue del partido, el tiempo empezó a transcurrir distinto, perpetuo. Minuto 108, al cantar el tercer gol, otro de Messi, las voces sonaban diferente, curtidas por la angustia y por la tribuna entonada.

Otro penal y empate de nuevo para los franchutes. Gracias al cosmos y a la mutación pulpo-mantis que sufrió el arquero argentino en esa jugada de último minuto, se logra llevar el partido a los penales.

—Relajemos un segundo —dijo alguien con los puños cerrados de nervios—. *Muchaaaaachos... Ahora nos volvimo' a ilusionar.*

—No doy más. *Quiero ganar la tercera. Quiero ser campeón mundial.*

—*Y al Dieeeego. En el cielo lo podemos ver. Con Don Diego y con La Tota. Alentándolo a Lionel. ¡Vamo' eh! Vamo' a ganar.*

Cada penal, desde el momento que la pelota dejaba el pie del jugador, mientras flotaba en el aire hacia los tres

palos, fue una tortura. Mirando el móvil con los mensajes que llegaban minuto a minuto desde allá, los de acá y las ganas de ganar, por Messi, por los muchachos y por todos, una alegría para el país y para toda la gente.

—Me estás apretando muy fuerte la mano.

—Uh, uh, aflojo si puedo, pero por favor no me sueltes.

Muchaaaachos...

Llevar el conteo de los goles era imposible, por suerte el zócalo en la gráfica de la transmisión lo ponía claro, ya ninguno tenía la capacidad mental entre tantas horas de nervios y también de birras. Adentro los dos primeros, hubo una atajada del Dibu Martínez que parecía como infiltrado mentalmente, animal. Dybala el segundo, Paredes el tercero. Un francés desvía la pelota fuera del arco.

—Chicos, si metemos este lo ganamos.

Patea Montiel, gol. Por un momento nadie entendió lo que pasaba, el tiempo se detuvo mirando la pantalla y desde la terraza empezaron a llegar los gritos. Se miraron a los ojos por primera vez en horas, y comenzaron a gritar con los brazos arriba. Se trenzaron en un abrazo mamushka, uno sobre el otro formando una masa humana. Y de nuevo saltaron en un pogo de brazos y manos que agarraban nuca y que abrazaban todo lo que podían.

De vuelta del Arc de Triompf, donde las brazos y las banderas argentinas agitaron cánticos durante horas, directamente sin voz, regresaba al cuarto lo que quedaba del contingente campeón mundial. Eran solo dos. La escena parecía el final de una discoteca cuando encienden las luces,

el suelo pegajoso, vasos y latas en todas las superficies. «¿Vidrios rotos? ¿Cuándo sucedió esto...?», pensó la anfitriona. Atravesando los globos que habían quedado sin explotar, con un sabor a victoria y descontrol emocional, buscaron un sitio donde sentarse y pusieron en Youtube un noticiero de la madre patria, transmitía en vivo y querían ver de fondo la fiesta argentina, mientras sonaban los teléfonos que iban recuperando la señal.

No había palabras para el cansancio y la felicidad, el no poder creerlo y desear estar allá, entre «la monada» en las calles. Se tomaron de la mano una vez más y al son de un canto difónico, bailaron nuevamente: *Muchachos...*

LALA LEOTTA

BAJO AGUA

A veces el calendario es caprichoso. En el transcurso de un año, en ocasiones nos proponemos hacer algo, por ejemplo bautizar a nuestro hijo o casarnos. Entonces fijamos una fecha que se nos antoja lejana en el tiempo, como para posponer una decisión que ya tomamos. No importa si es abril o enero, diciembre es lo más lejano que se nos ocurre. De hecho, me casé un 17 de diciembre, ¿Por qué? No hay motivos que lo expliquen más allá de que la época puede ser considerada más propicia para cualquier madre con hijos en edad escolar, como fue mi caso. Preparativos de reunión, trámites y ceremonias requerían una energía que en ese momento no tenía. «Diciembre está bien», contesté ante la pregunta, aplazando el momento lo más que pude.

De todos modos, la historia que voy a contar es la de un casamiento, aunque no el mío. No se pueden negar las similitudes: la protagonista es también una docente con un hijo. Después de muchas charlas en el grupo de amigas, llegamos a la conclusión de que el razonamiento

era impecable y este acontecimiento fue agendado el 7, el civil, y el 9 de diciembre de 2022, la fiesta. Para colmo, ese fin de semana era largo en Argentina, ya que el 8 y el 9 eran feriados. La lógica parecía no tener fallas.

Poniendo las cosas en perspectiva, la situación no era la ideal. Esta pareja había decidido que su celebración fuera «en un campo». Viviendo en Buenos Aires y con asfalto hasta las rodillas, parecía lo más exótico que se podía proponer. Claro está, no tenemos las posibilidades de actores de Hollywood que eligen casarse en la Polinesia o magnates que cierran Venecia para sus invitados. Uribebarrea, provincia de Buenos Aires, fue el lugar elegido. La mención del nombre prometía tambos y extensiones agrícola-ganaderas, además de la facilidad de pasar un día al aire libre con asado y piletta. La idea era prometedora aunque la logística no resultaba sencilla: casi cien kilómetros y dos horas de viaje en auto separan el destino seleccionado de nuestras casas.

La invitación fue realizada con tiempo más que suficiente para planificar lo necesario: medio de transporte, vestuario inicial y el atuendo correspondiente a piletta y asado. Sin embargo, el destino a veces juega con nosotros una tómbola intrincada. El mundial de fútbol comenzó más tarde en 2022. Los caprichos de los dirigentes de turno decidieron que, por el calor, no podía jugarse en pleno verano en Qatar. Entonces, de la nada y sin aviso previo, nos enteramos de que iba a disputarse entre noviembre y diciembre. Al menos para nosotras —el grupo de amigas, que de fútbol no entendemos nada de nada—, la noticia llegó tarde.

Con el paso de los días, nuestras parejas empezaron a inquietarse: Argentina seguía avanzando de ronda. La fecha del casamiento se acercaba y, para nuestra sorpresa, los cuartos de final contra Países Bajos se jugarían justo ese día. El enojo fue inmediato. «¿A quién se le ocurre poner un casamiento en plena Copa del Mundo?». Pero después de alguna que otra escaramuza y con no poca resignación, nuestras respectivas parejas aceptaron acompañarnos.

La mañana amaneció radiante, como si el clima supiera que tenía que colaborar. Todo estaba en orden: la pileta nos brindaba refugio contra el calor, el asado chisporroteaba en la parrilla y las mesas al aire libre parecían sacadas de una postal. Entre comida y brindis, muchos invitados seguían con atención el partido de Brasil contra Croacia. No era para menos, el vencedor sería el futuro rival de Argentina, si ganaba ese día. Cuando los croatas eliminaron a Brasil, el festejo fue general. La fiesta des-
perezó la siesta.

Para no perdernos el evento central de la jornada, el partido de Argentina, preparamos el proyector en el quincho y lo dejamos todo listo para verlo juntos. Incluso se distribuyó pintura para la cara celeste y blanca y los elementos de rigor, cornetas y banderas. Pero el clima, tan amable hasta entonces, decidió cambiar de humor: empezó a llover copiosamente y el cable se cortó en el momento menos oportuno.

Nos vimos obligados a refugiarnos en las habitaciones, de a cuatro, como en un improvisado campamento.

El partido lo seguimos hasta el final gracias a los datos de nuestros celulares, todos apretados frente a una pantalla diminuta, en medio de un coro de nervios y gritos. El primer tiempo cerró con Argentina ganando 1-0, y entre suspiros de alivio se repartieron tortas y dulces para endulzar la espera. En el segundo tiempo, un penal ejecutado por Lionel, el líder indiscutido del equipo, nos puso 2-0 y la algarabía fue total. Pero a los 83 minutos, un jugador holandés descontó; se escuchó un «no pasa nada, aguante Argentina» que intentó espantar la preocupación. Fuimos a tiempo de descuento porque el árbitro agregó once minutos de descuento. ¿A quién se le ocurre agregar esa cantidad eterna de tiempo en un partido de mundial? En el último minuto de descuento, otro gol de Holanda borró de golpe la alegría: un silencio incómodo se instaló, y lo único que pensé fue que Argentina no podía perder porque mi marido se iba a poner furioso. El tiempo extra pasó sin goles, estirando la tensión como una cuerda a punto de romperse. Llegamos a la tanda de penales y, entre penal y penal, salíamos a buscar aire fresco bajo una lluvia torrencial, como si el agua pudiera lavar un poco la tensión que nos recorría. El sonido de nuestros pies chapoteando en el césped inundado nos conectaba con la realidad.

Argentina ganó por penales gracias a nuestro capitán, el genial Messi, y a su lugarteniente, el enorme Dibu. La fiesta y el día fueron simplemente perfectos: un final feliz para un casamiento atravesado por la pasión futbolera. Desde entonces, todo se organiza mirando el calendario

deportivo; las celebraciones jamás vuelven a coincidir con mundiales ni campeonatos. Y si juega Argentina, solo se festeja una cosa: el triunfo de nuestro equipo.

MARIÁNGELES PORTILLA

BANDERINES Y DIBUJITOS

En Argentina todos tenemos un recuerdo de 1986, incluso los que nacieron después. Maradona, el Mundial, los goles a los ingleses... Pero mi recuerdo no es exactamente ese: son los banderines. Tenía cinco años, y el único detalle que conservo con nitidez de ese momento, el primer recuerdo nítido de toda mi vida, es una torta hecha por mi vieja para morigerar la ansiedad previa a la final contra los alemanes: una docena de escarbadientes con pequeños banderines argentinos improvisados, clavados como mástiles sin criterio en la superficie de un bizcochuelo barato. Desde entonces, el sabor de esa torta, de esa tarde y de aquel recuerdo fueron los lugares a los cuales volví cada vez que quise pensar en la felicidad de los años infantiles.

Sin embargo, los recuerdos se desdibujan, se tapan con noticias de las otras, preocupaciones adultas sin sentido, miedos mundanos del paso del tiempo. El sabor —de esa torta, de esa tarde y de ese recuerdo— empezó a deshacerse hasta desaparecer. Viví un montón de años pegado

a la nostalgia de saber que hubo una vez en que supe cuál era el gusto de la alegría colectiva, completa, definitiva: la felicidad de los pueblos. Pero ya no me acordaba.

Es 2022. Tengo la cabeza completamente blanca, me acostumbré a las derrotas dignas y guardé aquel recuerdo en el cajón de las utopías. Este mundial catarí que nació sin expectativas fue sumando cábalas con el paso de los días. Ahora soy yo quien pone las reglas: el escenario es mi familia y somos nosotros cuatro los que vamos dando forma a rituales absurdos, costumbres extrañas y ritos que no tienen sentido.

Pero veo varias señales de alerta antes de entregarme al disfrute. La primera es energética: ¿un mundial durante un verano sofocante? ¿Cuántas chances de quedarnos sin luz tenemos? No menos de dos por partido.

Entonces la locura empieza a sacarle un par de cuerpos a la cordura y consigo un grupo electrógeno. Y cuando el miedo a los cortes de luz se disipa, aparece —como pasa siempre en el mundo de los adultos— un miedo nuevo: el fantasma del *delay* en la transmisión.

Extraño las épocas analógicas de la televisión y la radio, la sintonía fina, mover la antena en el techo de tejas a riesgo de muerte, pidiéndole a gritos a algún familiar que confirme, varios metros abajo, si mejoró algo la nitidez, generalmente para ver Canal 2.

A menos de doce horas del debut de Argentina, atravieso todos los ambientes de mi casa con treinta y cinco metros de cable coaxil para armar una antena de TDA casera con un tutorial que encontré en YoReparo.com.

La pruebo y, lógicamente, se ve espantoso. Entrecortado. Como si le faltara un hervor. Cambio la antena de lugar; me muevo nervioso mirando el noticiero de la TV Pública, que sirve para probar la señal. Nada mejora. Hasta que pruebo un rincón mágico y, ¡eureka!, se ve perfecto. Dejo todo así, como si fuese la escena de un crimen, y me voy dando pasos lentos hacia atrás, como alejándome de un bebé al que acabo de lograr dormir.

Cuando me despierto, todo está igual, se ve perfecto. Así que caminamos esquivando el cable como si fuera bosta. Pero, apenas empieza el partido, la imagen se congela.

Me rindo. Miro el partido con una clave de Flow prestada y escucho las puteadas de mis vecinos trece segundos antes de verlas en la pantalla. Y lloro.

Empiezo a buscar la mejor antena de Mercado Libre sabiendo que ninguna llegará antes del partido contra México. Salgo de casa con las llaves y plata —como un adulto macho que resuelve— para comprar una antena y cumplirle un capricho al niño en el envoltorio de un señor que soy. Algo de eso hay en el sentir fervoroso de gritar un gol frente a ocho millones de píxeles.

—Voy a tener que poner la antena afuera; cortar la reja, sacar la antena hacia el techo y después soldar la reja —relato sin buscar consenso ni cordura, mientras Ro finge que me escucha.

Cuando lo que acabo de decir aterriza en su cabeza, cierra la computadora, se saca los lentes y me mira. Solo me mira. No sé si siente lástima por mí, vergüenza por ella o pena por nuestras hijas. O las tres cosas al mismo tiempo.

Pero dice las palabras mágicas que usa siempre que no quiere contradecirme:

—Lo que a vos te haga feliz, Gor.

Vuelvo a casa con una antena, seis packs de cerveza, la amoladora y la soldadora.

—Es una pavada —me miento. Y empiezo a cortar.

Ro me mira. Creo que incluso me pregunta si estoy seguro, mientras me da un mate amargo y me apoya la palma derecha en la espalda, más como resignación que como consuelo.

Dos horas más tarde, con la reja cortada y vuelta a soldar, pruebo de nuevo.

—Funciona todo bien —digo con aire triunfal y me desplomo en el sillón con una mueca de satisfacción: «Miren bien a un padre que ha logrado algo importante». Y de pronto tengo una ensoñación hermosa: escucho la voz de mi vieja que me relata la receta de la torta y me explica cómo hacer los banderines. Me sobresalto como si hubiese atravesado un paso bajo nivel entre la infancia y el presente.

—¿Estás bien? —pregunta Ro.

No le contesto.

Pienso en Bilardo. En Maradona. En ese nenito que fui. En esas calles del culo del mundo en las que crecí, que —incluso tan lejanas al epicentro porteño que todo lo acapara— se habían llenado de bocinas para festejar.

Empiezo a reunir los tres elementos básicos para ganar cualquier discusión: pruebas, evidencia y empirismo.

—Yo me bañé después del partido contra Arabia, ¿no?

Contra México me voy a bañar antes, entonces.

Algo de mi escepticismo alrededor de la posibilidad de ser campeones comienza a desvanecerse, y una voz interna, muy tenue, me pregunta si me acuerdo de los banderines. Es una pregunta que aparece cada tanto, invasiva como una notificación en el teléfono.

Contra México todo es diferente. La antena ya está afuera, y los cortes de la reja quedarán como una cicatriz para la eternidad. Estamos listos para cruzar el Rubicón. Y vaya si lo cruzamos.

Después de la euforia y el desahogo, llegan las preguntas pensando en el próximo partido, que podría ser el último. —Lupe, ¿qué estabas comiendo cuando hizo el gol Enzo Fernández?

Y empiezo a anotar.

Salgo a recorrer todos los chinos del barrio antes de cada partido para comprar unas galletitas de arroz con gusto a angustia y un queso crema Iloley con tapa roja. El de tapa verde no.

Antes del partido contra Polonia, sueño de nuevo con los banderines: las manos de mi vieja —el abrazo que más extraño— cortan un pedazo de torta y ella me pregunta si quiero más. Y yo digo que sí, desesperado. Pero cuando como, siento un gusto a hostia: la nada misma. Y me despierto pasado de decepción.

Después del penal atajado, Lupe quiere dibujar. Me habla. —¿Es así, papi? —El martes —le contesto yo automáticamente, sin saber de qué me habla.

En el entretiem po me pregunta si puede hablarme. Me sacude saberme ausente para ella y le digo que sí. Que por supuesto.

—Mirá, papi: te hice un dibujo. Un gol de Argentina.

Me da ternura, pero, a decir verdad, no puedo conectar con otra cosa que no sea el miedo a revivir la tristeza de 2002, cuando nos quedamos afuera con Bielsa. Le agradezco sin mirarla y me cebo el mate número doce mil del día. Pero en cuanto Alexis pone el 1 a 0, busco su mirada con desesperación.

—¡Lupe! ¡Lupe! ¡Mirá! ¡El gol! ¡El gol que dibujaste!

Me mira sonriente desde la altura de su inocencia. No sabe que yo ahora miro sus manos con la fascinación del dueño de un taller clandestino, decidido a ponerla a fabricar dibujos de goles en serie: un sistema fordista de producción de felicidad.

—¡Hacé otro! ¡Otro gol!

Y lo hace. Y viene el gol de Julián y mi casa explota de alegría, gritos y coqueteo con el esoterismo infantil ilustrado.

Para el partido contra Australia, tomo decisiones mucho más arriesgadas: compro un bloc de hojas nuevo y la siento a Lupe en su mesita de dibujo, en el centro del living, como si fuese un perrito en el medio de una fiesta.

—Dibujá si querés —le digo con falso desinterés.

Y ella empieza a dibujar. Una casita, un pajarito... Le pregunto si no quiere dibujar a Messi, y me dice que bueno.

—Para vos, papi.

Y me da mi amuleto. Aunque me encantaría que funcione, ¿cuántas coincidencias puede haber antes de que se

caiga una teoría? Entonces va el rosarino y pone en valor los trazos infantiles de mi pequeña hija mayor. Y cuando hace el gol, alzo a Lupe en mis brazos, sabiéndome dueño de la gallina de los goles de oro, padre tutor o encargado de una deidad del deporte y de la profecía. La beso, la abrazo, le agradezco y, solapadamente, la mando de nuevo a su puesto de trabajo. «Un dibujo más». Y Lupe dibuja. —Otro gol, papi.

Y entonces, Julián. Y todo es fiesta. Nos reímos. Agus, mi hija menor, no entiende del todo qué pasa; se ríe, llora, pide teta, se hace caca, todo junto en lo que dura la repetición del gol.

—¿Dibujás otro, Lu? —pregunto cebado.

Y así llega la confirmación: acá no hay ni superpoder, ni magia, ni nada; esto era ciencia pura. La nena sabe algo. —Tomá. El último gol que dibujo —me advierte con el cansancio del obrero sobre el fin de la jornada laboral.

Pero cuando miro el dibujo, noto que usó el lápiz amarillo. Un gol amarillo... Y entonces descuenta Australia, el equipo de camiseta amarilla...

Terror. Siento que va a intervenir la DEA y me van a arrancar a mi hija de los brazos porque sus trazos tienen el poder de hacer que pasen cosas a 13.279 kilómetros de distancia de donde se está jugando el mundial.

Intento tranquilizarme. Acaban de terminar los octavos de final. Mi mujer me mira con fascinación antropológica: sabe que está ante alguna clase de ser vivo capaz de conmoverse por cosas inexplicables, y al mismo tiempo ve cómo se forja un vínculo padre-hija en medio de un mundial.

Qatar 2022 es, en los papeles, el primer mundial que Lupe recordará. El de Agus será el próximo, todavía no tiene dos años. Pero la de Lupe, casi siete años, es una edad maravillosa para ver a la Selección pasar de ronda.

Después hay partidos extraños, en los que Lupe no quiere dibujar. Su actitud infantil hace que estemos peleados en cuartos y en semifinales. De la guerra contra los holandeses recuerdo solo el corte de luz —y mi generador eléctrico tapando las voces de los relatores—, el asado pospartido bajo el diluvio, las cervezas que tomo para calmar la garganta, y no mucho más. Y contra los croatas es casi una decepción: nos hemos preparado a reglamento, solo con los colores de Argentina para evitar sorpresas como la de Australia, sentado cada uno en su lugar con su camiseta, bañado en el momento exacto... Y nada de eso hace falta.

Pero ahora estoy muerto de miedo: en tres horas se define todo. No estoy mentalmente preparado para vivir en un país que les grite «fracasados» a un grupo de pibes que nos puso a pensar, casi por un mes, en que es posible ser felices de forma colectiva. Tan simple como eso: que, de repente, podamos estar hablando todos de lo mismo al menos por un rato. Las calles están tapizadas de buenas intenciones; «pase usted», «no, pase usted». La gente no se enoja en la cola del supermercado, ni en los semáforos en rojo ni en los trámites ante el fisco. Por un tiempo —lo que dura esta burbuja entre el gol de Messi a Arabia Saudita y esta mañana previa a la final contra Francia—, el curso de la historia del país en el que vivo es distinto: todos queremos ser mejores personas. Y me asusta perderlo todo.

El *all-in*, como en el poker, puede salir mal.

Me aferro a mis caprichos, mis sostenes emocionales, mis cables a tierra y mis creencias. Dos horas antes, miento: digo que tengo que ir a cargar nafta y me voy a Tierra Santa.

Tierra Santa es, para mí, el Hospital Evita: ahí nació Maradona hace más de sesenta años. Quiero ir a contarle lo que está pasando. Ahí también nació mi vieja: hoy estaría preparando otra torta con banderines. Me quedo un largo rato en silencio. «Nació acá», dice una pintada con la cara del Diego. Miro un poco al cielo... Se me hace tan esquivo darles un lugar físico a los muertos. ¿Dónde andan? ¿Cómo se explica que no estén? ¿Hacia dónde miro cuando extraño? Por lo general, hacia adentro.

Saco unas fotos, me pierdo en un mural hecho con venecitas: es la cara del Diego en la época de Cebollitas. Recuerdo haber leído sobre aquel equipo en alguno de todos los libros de Diego que tengo en la biblioteca. Me acuerdo, también, del campeonato que ganaron por primera vez en Río Tercero. Me acuerdo, entonces, de Río Tercero, mi patio de infancia, la ciudad donde escribí mis primeras historias, y conecto enseguida con los banderines de la torta que cocinó mi vieja aquella tarde de campeones en esa ciudad del interior.

Ahora es otra historia. Minutos antes de que empiece la final, tengo que amigarme con Lupe y hablarle de igual a igual.

—Lupe, es importante que hagas esto que te pido — empiezo.

Ella me abraza y me dice que sí. Y yo corro a montar su base de operaciones en el centro del living. Desde ese momento, le ruego a Lupe para que me haga un dibujo de gol.

Lupe dibuja un gol. Hace otro dibujo, otro gol. Y después no quiere dibujar más. La entiendo: vamos ganando dos a cero, no quiere desperdiciar su magia en cosas innecesarias. Pero en el alargue vuelvo a rogarle, y ella dibuja otro más. Y cuando nos vuelven a empatar, la miro a los ojos y le hablo, ya no como un niño atrapado en el cuerpo de un adulto con ilusión de ser campeón, sino como garante de la felicidad de un pueblo entero. Me arrodillo y suplico:

—Guadalupe, mirame a los ojos: necesito que hagas otro dibujo.

Baja la vista, se corre de mi radar y se pone a dibujar.
—Tomá, el último de todo el Mundial. Ya no dibujo más goles.

La odio. Por primera vez, experimento un sentimiento de bronca hacia mi hija. No puedo creer el nivel de desilusión al que estoy enfrentándome. Mi hija, mi primogénita, la luz de mis ojos, no es capaz de hacer algo que yo necesito.
—¿Qué es esto, Lupe? —le pregunto indignadísimo.

—Una atajada —me contesta con cara de hartazgo.
Y se va.

Después viene Kolo Muani, el Dibu se vuelve leyenda, llegan los penales, Montiel, cinco millones de personas festejando en el Obelisco y un pueblo entero sintiendo propia y unánime la felicidad como nunca antes.

Desde entonces ya sé hacia dónde mirar cuando quiero hablar con los que me faltan: están ahí, dando vueltas entre nosotros. Y a veces nos hacen felices.

NACHO MERLO

*Este cuento forma parte del libro *Quemarse vivo*, publicado por Editorial Orsai en 2025.

CAMISETAS ARGENTINAS

Pocas veces me sentí tan orgulloso de ser argentino como cuando ganamos Qatar 2022 de la mano de la Selección y las tres veces que vi a mi abuelo.

Me gusta ver jugar a nuestro equipo. Inolvidables los tres goles a Venezuela en las eliminatorias sudamericanas para que el corazón se te salga del pecho.

Con mi abuelo no teníamos mucha relación, solamente dos cosas nos unían: el fútbol y el boxeo. Siempre que puedo sintonizo canales de deportes y ahí están las bestias en el ring: Canelo, o, más lejos en el tiempo, El Látigo o Monzón.

Pudimos ser finalmente protagonistas de la historia, de eso que nos volvió grandes frente al mundo, como cuando Favalaro inventó el *bypass*, cuando Cortázar publicó *Rayuela* o cuando tuvimos la primera red de subterráneos oficial en Latinoamérica.

Tomé algo rápido y salí al microcentro. Salgo del depa de Almagro y ahí lo veo: un gusano de autos, combis y camiones interminables, enorme caravana. De todas las esquinas se iban acercando. Era un «mil pies» urbano.

Sonaban las vuvuzelas, meneaban los sombreros, algunos comentaban a gritos las jugadas de Leo. Vallas por todos lados.

Llegando a la esquina del bar histórico La Orquídea, en Corrientes y Acuña de Figueroa, veo una familia ab-sorta, como en otra galaxia, mientras el «mil pies» avanza llenando de saltos, gritos y festejos la ciudad entera. Ellos, nada. Se perdían de recorrer los arcos, pasear las canchas o, como le gusta decir a los relatores «¡correr la pelota!» o gritar «¡Argentina!». Lo demás pasa a un segundo plano.

Mi abuelo Samuel vivía en el barrio Ameghino en Villa María, tipo parco, casi no hablaba. Tenía un extraño pasatiempo: coleccionar camisetas de la Selección. Tenía como diez de distintas épocas, pero dos eran sus favoritas. Siempre te lo contaba, se le llenaban los ojos de lágrimas y volvía a ser niño.

«Esta fue la que me puse mientras veía el partido por televisión a color que tu papá me mandó del sur, vos eras chico, tenías seis. Ese día me pinté la cara celeste y blanco. Tu abuela se agarraba la cabeza, no le gustaba. ¡Fue mágico, nene!».

¡No llegó a ver los goles de Leo Messi! ¿Qué diría ahora?

Tomando el subte, del apuro, olvidé mi ritual. Tenía el mismo calzón roto. Se me escapaba el huevo izquierdo. Bueno para alejar la yeta, esos mismos que por televisión nacional dijeron que Alemania era una raza superior y al final perdió dos a uno con Japón.

Era cuestión de verlo jugar a Messi para que todo se detuviera. No era un jugador de fútbol. Lionel es un cometa.

Solamente un genio así puede convocar tanta gente unida y hermanada. En la cancha es un rayo, una gota que se escurre de un lienzo. Ligero, impredecible, simple e inalcanzable. El barrilete cósmico de esta época. El 10.

De chiquito, a los nueve años, en Río Gallegos me mandaban a fútbol. El club era enorme (o eso me acuerdo) y estaba lleno de pelotas y los pibes haciendo jueguitos, entrando en calor, los profes afuera de la cancha, nos alcanzaban pelotas.

—Profe, ¿nos podemos llevar una?

—¿Cuál es la pelota del Diez?

—Ninguna, bueno, todas —dijo improvisando.

—¡Todos somos el Diez, eh! —gritaron a coro los pibes, mientras se sacaban el buzo para entrar a la cancha.

En el medio de la jugada, una de las pelotas fugitivas. me golpea el empeine, bajo la vista y entre el blanco gris y la luces del gimnasio lo veo ahí sonriendo cómplice sobre la pelota a mi abuelo Samuel. Me quedé petrificado. Me refregué los ojos, en cuestión de segundos, los rivales ya nos habían quitado la pelota. Esa temporada nos llenaron la canasta de goles y el vestuario quedó en silencio. Un silencio que no pude olvidar. Dos días después, mi tía nos avisó que el abuelo Samuel murió mientras dormía el domingo a la tarde.

En el microcentro todos estábamos felices, juntos y en la misma. Algunos comentaban cada jugada con orgullo, veníamos por Corrientes, cerca del Obelisco. Los pibes que volvían junto a los padres con las remeras revoleán-

dose al viento, un grupo de chicos con carteles, fotos de la Selección y de Leo Messi como un emblema.

Varias semanas después, en Parque Centenario, mientras unos pibes jugaban al fútbol, escuché que decían: «Dale que soy Messi, ¿vos quién?».

Esa es la Argentina: la victoria tres a uno con Países Bajos en el '78 en el Monumental, la victoria tres a dos con Alemania Federal durante México 86 en el famoso Estadio Azteca, el empate de la final con Francia tres a tres y la definición cuatro a dos por penales en Qatar en 2022.

La tercera estrella llegó con mi abuelo y la camiseta que me regaló en secreto en el '86 y que se cayó de mi placard justo un año antes que Argentina jugara en Qatar. La tercera estrella que mi abuelo no alcanzó a ver.

Lloré cuatro semanas, no habíamos ganado solamente un mundial ese año. Lloré por primera vez porque entendí que mi abuelo estuvo en los bares, en las calles, en el club de fútbol de mi barrio ese domingo, en la copa que alzó Lionel, más que nunca ahora, en el corazón y en la camiseta de todos los argentinos.

RODRIGO MIGUEL QUINTERO

COSAS QUE SUCEDEN UN DOMINGO

Los domingos pasan cosas. Puede que sea un día atípico, para algunos confuso, para otros una agenda muy clara. Para la teoría es el primer día de la semana, en la práctica muchos lo entendemos como el último atisbo para un merecido descanso, tal vez una buena excusa para la reunión familiar, cosas que se nos ocurre pensar. Es un día plagado de vaivenes particulares en el estado de ánimo y en especial, para los argentinos, está repleto de ciertas tradiciones, o más bien costumbres. ¿Acaso no somos animales de costumbres?

Hay una parte de la humanidad que durante un breve espacio de tiempo, en una porción de ese día, sufre una transformación natural y cuasi espontánea. Esta situación se encuadra en un rito, que bien puede ser presencial o frente a una pantalla, quizá solo escuchando el audio de una radio (ahí es más bravo porque la cabeza imagina todo lo que no ve y alguien cuenta).

Ese rito puede tomar muchas variantes, pero no por eso deja de ser un rito sagrado. Cada uno vive el fútbol a

su manera, podemos encontrar ahí, si recorriéramos cada situación particular, un montón de coincidencias y muchísimas más variantes en la vivencia corporal y mental. Porque esos momentos son un trance, un trance fantástico que, como todo, en el transcurso del tiempo, tiene más contenido de derrota que de éxito. Aclaro, derrota no es fracaso, aunque eso es para otro debate. Fracasar es no intentarlo, no querer conseguirlo, quedarse con ganas o posibles excusas. Perder es parte de las opciones del resultado.

Ese rito tiene una preparación, una previa, que es inquietante y sumamente importante para llegar bien parado al clímax del encuentro. En mi caso y en mi casa, tiene un lugar y una posición. El sillón, preferentemente de su lado derecho. Y algunas poses, que intentan una y otra vez ser un reposo confortable, pero que distan mucho de serlo, producto de los matices emocionales. Es uno de los pocos momentos o espacios en los que pierdo el control de ciertas cosas, por ejemplo, de porciones de mi cuerpo.

Este episodio fortuito de mi vida tenía un agregado muy especial, mi hijo sentado al lado. Él ya entendía de qué se trataba esto, no sé si lo dimensionaba, pero ya lo iba adquiriendo a través mío (qué responsabilidad hermosa tengo). Mi hija por edad y por ser inquieta, era difícil que sostuviera semejante proceso y mi señora, por idiosincrasia lo vive y canaliza de otra manera muy distinta.

Él, con sus 10 años, fue mi ladero, y me trajo a la memoria aquellos días del '86, cuando yo tenía 8, que no tengo tan claros, pero que recuerdo mucho mejor que muchos otros mundiales. Nos pintamos la bandera en

la cara, nos empilchamos con la camiseta de Argentina, pusimos la bandera que era de mi viejo, como testigo de nuestra infinita incapacidad de morigerar las sensaciones. Y un detalle que nunca había practicado, antes de cada partido, sacarnos una foto. Luego me di cuenta del valor de aquel registro físico de momentos que en mí, y creo que también en él, serán perdurables.

Se genera como un espacio atemporal en el que todo lo demás pasa a segundo plano, pierde importancia, no importa qué tan pesado sea, qué relevancia tenga o a qué ámbito pertenezca. En esos ratos, por ejemplo, me da frío en los pies aunque sea diciembre, soy capaz de sentir una especie de temblor por dentro que no se manifiesta por fuera, me da calor en la cara, incluso a veces cogoteo cortito o se me mueve la pierna, sí, como si estuviera adentro. Hablo con los protagonistas, le protesto al árbitro, doy indicaciones, hablo conmigo mismo, hacia afuera y hacia adentro. No hago otra cosa, estoy ahí metido en cuerpo y alma, no tomo nada, no como, no me levanto, no me voy, estoy, soy. Gesticulo, hago ademanes, reniego y exploto de euforia, tal vez, incluso, muchas cosas más...

Esta historia duró bastante más que un par de horas de un domingo, pero empezó un domingo y terminó un domingo. Me permitió una vez más, estar ansioso, ponerme nervioso, disfrutar, alentar, renegar, ponerme intenso. Gritar hasta quedar ronco, cantar el himno, más ahora que usamos la última estrofa que nos inyecta una energía inusual, que va dejando brotar unas ganas exultantes. Me permitió dar un salto desde la posición de sentado, en un

movimiento poco habitual, contraer todos los músculos del cuerpo instantánea y coordinadamente, emocionarme hasta no poder tragar ni decir palabras de corrido, mirar al techo, como si ahí estuviera el cielo, sabiendo que buscaba la mirada de mi viejo. Dejar una mirada y un apretón de brazos tatuado para siempre en mi hijo, sin medir la fuerza, desatar la algarabía, quedar exhausto después de cada pitido final.

El fútbol una vez más me llenó de alegría, de festejos que arrancan en gritos de pasión y terminan entre la muchedumbre de gente desconocida que vibra en una marea de cánticos corales que se vuelven infinitos, entre saltos y un ruido que en cualquier otra ocasión se tornaría insoportable.

Yo lo vivo así, me entrego, pongo todo, no soy cabulero pero de repente respeto algunas repeticiones de hábitos y las uso como excusa, hasta me creo que eso influye, que de alguna manera hay una energía que aporta. De repente me torno más religioso aunque no abuso, pero se me escapa algún ruego, me peino con los dedos, me agarro la cara y la estiro para abajo de ambos lados cuando no sale, me agarro la cabeza cuando pasa cerca, aprieto los puños y traibo el brazo en un gesto de «¡VAMOS CARAJO!» cuando se da.

Estos «muchachos», esta Selección Argentina hizo algo mucho más importante que ganar un mundial. Este «EQUIPO» con todas las letras nos dio lo que hay que dar en todo lo que uno emprenda, un plus, el famoso «valor agregado», para ir inyectando en cada partido una dosis pasional, para culminar inundando nuestros cuerpos de emoción, garra, compromiso y alegría. Ellos me hicieron

mucho más simple algo de lo que siempre tuve intriga, si iba a ser capaz de transmitir la pasión a mi hijo, algo que para mí es fundamental: ponerle pasión a lo que uno elija hacer. Para eso necesitaba tiempo, hechos, ejemplos, sucesos importantes que dejen huella marcando un camino. Estos «fenómenos» me permitieron dar ese salto con total precisión y certeza.

Y usaron todas las herramientas posibles, desde el primer enfrentamiento, con frustración y derrota. El hecho de levantarse y dar la cara con la frente alta, hacerse cargo de lo que corresponde y sobre todo, confiar, confiar en uno mismo, en el grupo humano.

Luego, durante la fase de grupos, empezaron a mostrar la otra cara de la moneda, la que conocíamos más, la que mi hijo conocía más (mi historia es más larga y está más cargada de data) y empezó a venir lo bueno. Cada piedra en el camino fue un hito que acentuaba la experiencia. Y siempre salimos adelante. Yo sabía que iba a estar bueno, que íbamos a sufrir tanto; para triunfar hay que saber sufrir también.

El trayecto tuvo todos los condimentos. Y como si eso fuera poco, tuvo la frutilla del postre, el reluciente dorado de ese trofeo brillante agarrado con las dos manos en alto de Leo, nuestro capitán. Pero no me perdí un detalle que demostró mucha sutileza, entre medio de la garra, el sacrificio, la angustia desahogada y la alegría eufórica, hubo espacio para el amor. Una caricia y un beso a la copa con total admiración antes de desatar la fiesta completa en el estadio y en el mundo.

Y aunque queda mucho trecho por recorrer, ya sé, ya tengo la tranquilidad, al apoyar la cabeza en la almohada, al mirar a mi hijo a la cara, que esa semilla ya está plantada...

Esa es, tal vez, la maravillosa expresión de una pasión que me permite sentirme parte de un logro, de un éxito, eso que es tan extasiante y pasajero, tan efímero y eterno al mismo tiempo, que no sabe de lógicas ni razonamientos, que me atraviesa para bien, para siempre, para sentirme CAMPEÓN DEL MUNDO y que esa sensación que vivimos con mi hijo, me haga tanto bien, aunque sea por un momento, que durará para toda la vida.

JUAN JOSÉ VAZQUEZ

COSQUILLO

— ¡Está la comida, gurises! —gritó mi vieja, que estaba a cargo del almuerzo y dio inicio a la estampida de mis pequeños primos, quienes corrían desesperados por un pancho o un chorizo al pan. La abuela los esquivaba, protegiendo celosamente el flan de doce huevos, amarillo como enfermo de hepatitis pero de las cosas más deliciosas que se puedan probar.

Era 18 de diciembre de 2022, víspera de mi cumpleaños y coincidió con la final del Mundial de Qatar. Era la excusa perfecta para la reunión familiar. Aunque Uruguay hace un buen rato que había quedado afuera y a pesar de los obreros caídos para construir el verde césped, donde disputaban la pelota once argentinos, algunos franceses y varios repatriados de África.

El partido se encontraba de fondo, mientras comíamos, sin que le brindáramos demasiada atención, más allá de algún comentario como «¡Qué culo!» o «¡Qué va a ser penal!», ante los vaivenes del Argentina-Francia. Sin embargo, con el pasar de los minutos, el encuentro comenzó

a captar mi atención. Claramente, en un principio tenía sentimientos encontrados: es cierto que somos hermanos, pero también rivales. Sobre todo con el primer gol, allí recordé que siempre nos quieren robar a Gardel, al mate y al dulce de leche. Conforme avanzaba el partido y, con la supremacía argentina, rememoré lo pedantes que pueden resultar, ya sé que son los porteños, no se enojen provincias unidas. También vino a mi mente que nos llaman provincia y, con el segundo gol, recuperé el recuerdo de lo babosos que suelen ser con el fútbol.

Así que como novio rencoroso, todas mis cuentas pendientes con los argentinos se pusieron sobre la mesa, una vez que levantaron los platos. Sin embargo, Mbappé puso las cosas en su lugar. Como si me abofeteara con su penal y su segundo golazo, me sacudió, me hizo reaccionar y devolvió mi corazón a Sudamérica. Incluso sentí vergüenza, pero en el alargue Argentina tuvo un hincha más al otro lado del charco.

¿Y las papeleras? Messi me las hizo olvidar cuando puso Argentina arriba de nuevo. ¿Y los programas de chimentos? ¿Qué pasa con su política intrincada y corrupta? ¿Y con sus vaivenes económicos y su quilombo constante? No importaron y mucho menos cuando Mbappé quiso volver a arruinar los sueños de los que jugábamos descalzos, con pelota de trapo y dos piedras como arco. Hasta que un tal Kolo Muani quedó frente al Dibu Martínez y allí sentí una especie de cosquilleo, algo que había experimentado antes. Vino a mi mente el momento infernal de la mano de Suárez, mis lágrimas con el travesaño contra

Ghana en Sudáfrica 2010 y el llanto de mi viejo que me grita el gol de Forlán contra Holanda.

Dejamos de ser ellos y nosotros, ya no había charco. No podía ser gol, la copa debía volver a Sudamérica. En ese instante presentí que en mi hogar no era el único que en secreto reunía fuerzas, al mejor estilo de la «Genki-dama», para que la pelota se pusiera caprichosa y no durmiera en la red.

La jugada duró un siglo, todo se congeló y la televisión nos puso la piel de gallina y el corazón a mil pulsaciones.

El Dibu atajó la pelota del francés y la emoción fue tremenda.

En ese instante me desvanecí, una especie de pérdida de conciencia, lo último que vi es el techo de mi casa y de fondo las nerviosas voces de mis familiares, ante mi potencial caída.

Vuelvo a abrir los ojos, pero ya no me encontraba en casa. Lo único familiar era la televisión con el partido Argentina-Francia. A mi alrededor surgieron mesas, comida y decenas de camisetas albicelestes, incluso yo tenía una puesta y sentí que mi fisonomía corporal ya no era la misma.

¡Estaba en Argentina!

Y no solo eso, ¡era un hincha argentino!

Todos parecían haber saltado luego de la atajada del Dibu Martínez. Vi cerveza en el piso y las personas lloraban y gritaban.

Otra vez sentí el cosquilleo.

Un anciano me acercó una cerveza mientras decía cosas como «El Diego está con nosotros», «En los penales se lo ganamos» o incluso «Apuesto veinte lucas a que el

Dibu ataja tres penales». En fin, la Argentina en su máxima expresión.

No había pausa para la reflexión, para buscar una explicación a lo que acababa de suceder o aclararle a alguien allí que estaba en una final ajena y en un cuerpo que no me pertenecía.

Pero las emociones sí eran mías. Me dejé llevar.

Comenzaron los penales y otra vez la tensión se incrementó, una vez más me abrazó el singular cosquilleo.

Los penales avanzaron y, en cada gol, la gente explotaba, los saleros y vasos volaban y, obviamente, en cada oportunidad que Francia marró un penal, festejaban aún más, como si pudieran tocar la copa, como si el oro retornara y la gloria les coqueteara nuevamente.

Montiel hundió la pelota en la red y la del '86 dejó de ser la última Copa Mundial de Argentina. El delirio se desató y la gente gritó, lloró y se abrazó desafortadamente.

El viejo perdió veinte lucas, pero se agarró de cuanta muchacha pasaba por ahí. Las personas se quitaban la ropa, aullaban hasta perder la voz, comían y se embriagaban, los cánticos proliferaban por las calles y no sé cuántos trabajos continuaron con su horario habitual.

De seguro que ningún otro feriado podría igualar el inicio de esta procesión.

¿Cuántas cábalas habrán quedado inmortalizadas y consagradas por el fin de los tiempos? Difícil saberlo, pero debieron ser cientos las historias.

El cantinero se me acercó y estiró su brazo con una jarra de cerveza.

—Para usted, hermano —me dijo, me lanzó una guiñada y me empujó hacia la masa alegre y festiva.

¿Sabría lo que me sucedió? No tenía idea. Mi única preocupación en ese momento era que Uruguay ganara el próximo mundial para volver a mi cuerpo, porque la cuenta de luz que iba a acumular en cuatro años resultaría impagable.

AGUSTÍN CURBELO LORIER

EL ABRAZO QUE NUNCA IMAGINÉ

La vida y el fútbol tienen esa odiosa y querible manía de no seguir nuestros deseos. Uno puede soñar con mil escenarios diferentes, y después la realidad simplemente sigue sus caprichos llevándonos por un camino que no habíamos imaginado.

Cada cuatro años renovamos la esperanza de ver a nuestro equipo llegar a Ezeiza con la copa en la mano. Pero una y otra vez vemos cómo todo eso se vuelve desilusión. El destino siempre poniéndonos de rodillas a su merced.

En el '90 habíamos hecho papel picado de diarios y revistas para llenar una bolsa grande antes de la final. La bolsa, cerrada como estaba, fue a parar a la basura. En el '94 le cortaron las piernas al Diego, y a nosotros nos desgarraron el alma. El '98 escapando de clases para ver los partidos en un televisor chiquito en la rectoría del colegio. 2002 y sus amargas madrugadas. 2006 en los laboratorios de la facultad. 2010 y la mítica maradoniana que no fue. La final del 2014 en una playa de Brasil y aguantando a los locales que festejaban el triunfo alemán como propio.

Lo inexplicable del 2018. Siempre el festejo quedaba cruzado en la garganta, y el cuerpo anhelando un abrazo de triunfo que nunca llegaba.

Nada de eso impidió que en Qatar volviéramos a la carga con ilusiones renovadas. Empezar la Copa perdiendo nos puso en alerta, pero la ilusión todavía estaba y con cada nuevo partido de la Selección, el grupo de WhatsApp «Argentinos en Holanda» se llenaba de mensajes de compatriotas organizando para juntarse a ver el próximo. Como una bola de nieve, las convocatorias eran mayores después de cada encuentro. Bares en diferentes ciudades se convertían en los búnkeres de hinchas argentinos que querían acompañar a la Selección.

Yo optaba por no participar. Prefería la comodidad y tranquilidad de una casa para ver los partidos. Solo o con amigos. Pero en un ambiente donde pudiese vivir mis nervios sin que me jueguen una mala pasada ante la provocación de un hincha rival o de un anti Messi, que también se multiplicaban con el paso de los días.

Después de ganar la semifinal, el grupo de WhatsApp explotaba de mensajes. Todos, incluido yo, queríamos ver la final con otros argentinos. Pero también éramos muchos los que queríamos un lugar solo para argentinos. Evitar a los fanáticos franceses y especialmente a los holandeses, que estaban muy dolidos por la forma en que los eliminamos.

La final, para bien o para mal, tenía que ser nuestra. No queríamos que externos arruinen nuestra fiesta, ni se regodeen con nuestra derrota.

Alguien propuso alquilar un local de eventos en Bussum para el domingo de la final. Bussum es una pequeña ciudad a veinte kilómetros de Ámsterdam. Proponían un lugar que se alquilaba para casamientos. Tenía pantallas en las paredes y capacidad para 250 personas. Con juntar doscientas personas nos salía, por cada una, lo mismo que una cerveza en un bar de Ámsterdam. No estábamos seguros de poder reunir tanta gente en 48 horas, pero abrimos una lista y empezamos a anotar a los interesados. En menos de 24 horas cerramos la lista con 250 nombres, y después otros tantos se pusieron en lista de espera. Argentinos de todos los rincones de Holanda querían estar.

El plan era hermoso. Yo no conocía en persona a nadie del grupo, y soy consciente de que no me muevo bien en grupos grandes donde no conozco a nadie. Pero no por eso me iba a perder semejante evento.

Me uní a la manada en la estación de trenes de Ámsterdam. Imposible que la marea celeste y blanca que buscaba el tren a Bussum pasara desapercibida. No solo por los colores, sino también por los cantos que ya empezaban a escucharse. Las palpitaciones subían con cada estrofa. Algunos pasajeros del tren prefirieron ir a sentarse en otro vagón, otros nos miraban desde una distancia prudente con curiosidad. Dos empleados del tren se aseguraban, desde el fondo, que las cosas no salieran de control. Una señora mayor, atraída por nuestra energía, se acercó a donde estábamos. Al verla llegar, cambiamos nuestra canción para entonar un hit del Mundial: «Abuela lalala lala».

Ella, sin entender una palabra de lo que cantábamos, pero sabiendo que era bienvenida, empezó a bailar al ritmo.

La previa del partido estuvo acompañada de empanadas, sándwiches de milanesa y pastafrolas. Cosas que se extrañan cuando uno está lejos de casa. Hasta el noticiero local mandó una cámara para ver cómo vivían la final estos 250 argentinos que habían tomado Bussum por asalto.

La montaña rusa de emociones que fue ese partido la surfeamos juntos. Potenciando las alegrías y brindando soporte colectivo en los momentos malos.

Cuando llegó el empate de Francia se vio en la pantalla cómo a Messi se le aflojaban las piernas. Parecía que el destino nos doblegaba, una vez más. Imágenes de mundiales anteriores volaron frente a mis ojos. Los fantasmas del pasado volvían. Pero antes de caer de rodillas al piso se volvió a levantar, no estaba dicha la última palabra.

Después del penal consagradorio, por fin pudimos desahogar un aliviador grito de victoria. Volvieron los cantos que se habían apagado cuando Francia marcó el segundo gol. Y yo me sentí solo.

En el momento más feliz, festejando con otros 249 argentinos, me sentí muy solo. Pensaba en los amigos con los que nos ilusionamos y sufrimos las derrotas de los mundiales anteriores. Amigos que ahora no estaban ahí para poder abrazarnos en el triunfo. Nos debíamos un festejo así. La chica que estaba al lado mío habrá visto algo de eso en mi cara porque se dio vuelta y me extendió los brazos. Acepté la invitación y nos abrazamos. Ese

abrazo tantas veces postergado. Ese abrazo que no era y finalmente, de una forma que nunca imaginé, pudo ser gracias a una extraña que con su gesto me dijo: «Hoy, soy todos tus amigos».

LUCIANO GARCÍA BES

EL CAMINO DEL HÉROE

Hace diez años que trabajo en el mismo lugar. No es el trabajo que quiero, pero es el que me da de comer. Merece mis respetos por tan noble tarea. Soy administrativo en una oficina, algo menor. Aun así, trato de ponerle todos los huevos posibles, me esfuerzo por hacer las cosas bien. A veces hago lo que pide la jugada y otras trato de hacer jugar al resto, doy un poco más. Sé que soy uno del montón, y en un tiempo no muy lejano, seré reemplazado por una inteligencia artificial. No soy Messi.

Mis compañeros son buena gente. Me llevo bien con la mayoría, salvo con uno: Fernando, que se caracteriza por ser el tipo más *anti Messi* que conozco. Es el modelo de argentino discudidor, y para criticar a Messi siempre es el primero. Yo creo ser una persona bastante centrada, pero cuando le pegan a Leo sacan lo peor de mí. ¿Cómo van a criticar a un jugador que durante veinte años fue el mejor en lo suyo?

—Si fuese bueno, ya hubiese ganado un mundial —dice este chichipío sin ponerse colorado—. En el Barcelona

ganó tanto porque estaba rodeado de estrellas, solo no hace nada.

Fernando no puede hacer bien ni un Excel. En la oficina es un empleado del fondo de la tabla. Cuando vamos a jugar al fútbol los miércoles, todos le esquivan la mirada porque —justamente— nadie quiere jugar con él. Tiene dos pies derechos, y encima los tiene barnizados. Es malísimo el hijo de puta. Y para peor, no tiene humildad: se cree bueno. Tiene la arrogancia de los dioses griegos.

Los almuerzos en la oficina son para alquilar balcones. Si un productor de TyC Sports nos llegara a escuchar, nos daría un programa al mediodía. No tengo duda. Fernando estaría en una mesa con todos los *anti Messi* y yo en la vereda de enfrente.

Cuando tengo que exponer mis argumentos en defensa de Leo, digo que a Messi le festejan su sola presencia cuando entra a un estadio con sesenta mil o setenta mil personas. Todos lo ovacionan cuando el 10 saca a bailar a la pelota. La lleva para acá, la lleva para allá, la esconde, la muestra, acelera, frena y engancha. Su juego es arte.

—Messi hace adentro de una cancha lo que vos no podés hacer en la oficina, Fernando. Dejame de joder. Rompe récords, uno tras otro. Se metió en la historia y lo comparan con Maradona —le digo a Fernando con sorna, mientras el resto de los compañeros se acomodan en sus asientos porque saben lo que se viene.

—Sí, pero Maradona ganó un mundial y Messi no —me responde con una seguridad impostada.

—Diego es el mejor jugador de todos los tiempos. Son

dos extraterrestres y son argentinos. Te pregunto algo: ¿Qué tren te tomás para venir al trabajo? ¿El Roca? En hora pico, cuando en el vagón revienta de calor humano, contame: ¿corean tu apellido? ¿Te piden fotos? ¿Todos se te cuelgan del cuello con el celular para intentar una selfie? ¡Ah! ¿No? ¿No te pasa nada de eso? Igual no te pongas mal, era previsible. Sos uno más del montón, Fernando —le retruco mientras junto los platos y los cubiertos descartables de la mesa.

Y sigo:

—Cuando Messi pone un pie en el césped de cualquier estadio del mundo, la cancha se viene abajo. ¡La gente paga para verlo! ¿Entendés eso? Nosotros pagamos la canchita de los miércoles para poder jugar; pero a Messi le pagan una fortuna por clavar la pelota en un ángulo, por hacer goles de otro planeta, por darle felicidad a los hinchas propios y ajenos y por picársela a los arqueros.

Me tuve que bancar que, durante la renuncia de Messi a la Selección Argentina, Fernando trajera facturas a la oficina para festejar que por fin había llegado el momento de refundar la Celeste y Blanca. Cuando Argentina perdió en semifinales con Brasil en la Copa América de 2019, Fernando aseguraba que habíamos perdido «por el pecho frío de Messi».

A su postura desleal, incomprensible y rencorosa hacia nuestro capitán, se le sumaba una nueva dimensión: pegarle a Lionel Scaloni. Era obvio que no iba a estar de acuerdo con la designación del técnico argentino. Fernando era como el viento en la playa cuando querés armar

la sombrilla, siempre está en contra. Empezó a criticar al entrenador de la Selección Argentina: decía indignado que era un técnico joven y sin experiencia.

Cuando Argentina le ganó la final de la Copa América a Brasil, en Brasil y en el Maracaná, Fernando —a su manera— mantuvo su postura:

—Me pongo contento, claro. Pero la Copa América no tiene tanta importancia. Si vamos al caso —decía—, Ruggieri ganó dos Copas Américas y un mundial. Consiguió más que Messi.

Fernando decía que Leo era intrascendente en la Selección. Además decía que era un problema para los técnicos, que era un líder negativo y que solo sus amigos jugaban en el equipo. Era imposible discutir con un tipo así. Trataba de no perder mi energía, pero era más fuerte que yo.

Gracias a Dios, que es justo, todopoderoso y quiere a nuestro Diez, Argentina fue campeón de la Copa América en plena pandemia. Por eso no le pude tirar un baldazo de agua fría en la oficina para festejar. Porque juro que lo hacía.

Llegó el Mundial. Argentina había jugado una eliminatoria increíble. La ganó de punta a punta. Ser campeón de América había ayudado a los nuestros a sacarse una mochila de frustraciones heredadas. Scaloni le había sacado mucha presión a Leo.

En el primer partido de Qatar 2022 perdimos contra Arabia Saudita. Fue muy raro. Estoy seguro de que Fernando tenía un muñeco de Messi lleno de alfileres y atado para que nuestro Leo no se pueda mover en la cancha. Los ára-

bes eran el partido más fácil del grupo, pero lo perdimos.

Sentí cómo Leo se puso el equipo al hombro. A partir de ahí, fue el héroe que nos llevó a la gloria. Por cada partido que ganó Argentina, tuvimos mucho que agradecerle al crack rosarino.

Messi fue el mejor ser humano que interpretó y ejecutó el fútbol en el Mundial de Qatar. Hizo cosas de otro planeta, resolvió situaciones en milésimas de segundos. Fue el gran responsable de levantar a Argentina y llevarla a la final. Todos en el mundo querían que Messi fuera campeón del mundo, y por suerte así fue.

Fernando se fue transformando durante el Mundial de Qatar. Ya no criticaba a Messi ni a Scaloni, porque estaba fuera de sintonía si lo hacía. Aunque internamente yo sabía que él quería que Leo fallara. Eso lo ayudaría a validar el discurso que sostuvo durante años.

Leo rompió un récord tras otro en Qatar: lideró la tabla de asistidores, hizo goles en todas las instancias definitivas y se convirtió en el futbolista que jugó más minutos en un mundial. Messi fue el actor principal en toda la competencia.

La Selección Argentina fue campeona y desató una fiesta increíble. Todas las calles del país se pintaron de celeste y blanco. Durante los días posteriores a la final, la gente fue feliz. Todos se abrazaban con el que tenía al lado sin importar quién era. Nunca se había visto tanta gente junta. Las imágenes de miles de hinchas argentinos acompañando a pie el micro sin techo donde estaban los jugadores campeones recorrieron el mundo.

En todo ese tumulto, en el Obelisco, lo crucé a Fernando. Celebraba como un desaforado la obtención de la tercera estrella. Durante un rato largo lo miré fijo. Me miró, se hizo el boludo para no saludarme y se perdió en la multitud.

LUIS CLIMENTI

EL DÍA QUE CASI SALGO A FESTEJAR

La noche empezó en el gimnasio transformado en salón de fiestas del pueblo vecino. Fiesta de graduación, una nueva tanda de alumnos que me hizo reír, renegar y emocionarme a partes iguales. Bailaron, cantaron, se sacaron *selfies*, brindaron con esa mezcla de euforia y miedo a que la hora de salida al viaje a Bariloche les coincidiera con la final del Mundial. Yo estaba ahí, orbitando la alegría con la dignidad que te da una camisa apenas planchada y los festejos compartidos.

Me despedí con abrazos que duraron más de lo que deberían y salí caminando hasta el auto bajo un cielo de diciembre con grillos desatados. De mañana temprano, el camino de tierra que une los pueblos parece simpático. De noche es otro cuento: sapos kamikazes, cuises que cruzan como correccaminos, luces titilantes que no sabés si son luciérnagas u ovnis, el eco de alguna cumbia que quedó rebotando en las paredes del club.

Llegué a casa con la satisfacción de los que regresan de una guerra. Me bañé como si el agua me sacara el cansan-

cio. Cuando me tiré en la cama, ya eran las ocho pasadas de la mañana. El reloj me lo dijo sin piedad, como esos amigos que te recuerdan que ya estás grande para estas cosas. Me dormí rendido, con los pies limpios y una media que nunca encontré.

Me desperté al mediodía, arrastrado por un hambre que no era hambre, sino más bien una ansiedad existencial disfrazada de ganas de choripán de cancha, aunque no suelo ir a ningún estadio, pero los choripanes de los domingos tienen ese gusto. Comí algo de lo que habían preparado y me dejé caer de nuevo en la cama. Lo vi ahí: el televisor prendido, el aire acondicionado en 21 (perdón, ya sé que hay que ponerlo en 24, pero mi pieza da al oeste y le pega todo el sol de la tarde en el techo de chapa), la sábana a medio acomodar. Era la final. Argentina. El último paso. La tercera estrella está a la vuelta de la esquina.

Nunca fui fanático del fútbol. Apenas lo justo y necesario. Para mí, Argentina campeón era una frase que venía en los pósters viejos del kiosco o en boca de algún familiar nostálgico. Pero ahí estaba yo, medio tapado, medio despierto, viendo cómo once tipos de los nuestros corrían con el peso de cuarenta y pico de millones encima.

El entretiem po me agarró súper despierto. El segundo tiempo, medio dormido. Y en algún lugar, entre los gritos de gol y los sueños, vi que ganamos. Argentina campeón del mundo. La tercera estrella, al fin. Vi el marcador mientras se me cerraban los ojos y pensé: «Salgo a festejar». Pero el aire acondicionado me acarició la cara y el colchón me habló suave, me susurró: «¿Estás seguro?».

Me dormí una siesta gloriosa, con una sonrisa, como si hubiera corrido los 120 minutos.

Afuera, a lo lejos —porque vivo en la otra punta del pueblo—, los bocinazos eran como una orquesta desafinada de alegría. Vecinos con banderas, chicos en los techos de los autos, espuma de cerveza volando por el aire. Todo eso lo vi por las redes, en algún momento que no sé ni cuándo fue. Yo, mientras tanto, festejaba horizontalmente. No era apatía. Era otra cosa. Una alegría íntima, como esas buenas noticias que uno se guarda para después.

Nunca imaginé que un partido pudiera empujarme a escribir. Pero así fue. Entre siesta y gol, me encontré con una historia que no pidió permiso. A veces no hace falta ser hinchas, ni entender las reglas del *offside*. A veces basta con estar ahí, en el momento justo, medio dormido y con el aire prendido. A la noche, mientras bajaba un poco el calor, la humedad seguía firme y el país seguía en estado de éxtasis colectivo. Volví a mirar el resumen. Me emocioné de verdad. No por los goles, ni por los penales. Me emocioné porque sentí que algo nos unía, aunque fuera por unos días. Porque incluso yo, que nunca entendí de tácticas, había gritado un gol en sueños.

Tal vez eso sea escribir también: juntar pedazos sueltos de días raros, de caminos de tierra, de camisetas transpiradas y sábanas a medio correr. Y encontrar ahí, en ese rincón de la cama donde el mundo se detiene, una historia que vale la pena contar.

Esa noche dormí tranquilo. Soñé con la fiesta, con los chicos que se fueron a Bariloche en colectivo, con un país

que por un ratito se puso de acuerdo. Y con la tercera estrella, claro. Brillante, como una siesta inolvidable en un día que empezó en la joda y sin olvidar que siempre se duerme mejor sabiendo que sos Campeón del Mundo.

EMILIANO VINOCUR

EN MITAD DEL ATLÁNTICO

Por ignorancia personal, no esperaba descubrir historias de piratas en este viaje a las Islas Azores. Y mira que es lógico que las hubiera, pero en busca de sus maravillas volcánicas no había prestado atención a su historia.

Es el quinto intento de escribir mis vivencias vinculadas con el Mundial de Messi y juro que, si este texto no me satisface, desisto definitivamente.

A medio camino entre mi casa (Sant Fost de Campsentelles, Catalunya) y el mal llamado Nuevo Mundo, las grandes potencias europeas hacían paradas recurrentes aquí.

En 2022, las grandes potencias del fútbol de selecciones se encontraban en Qatar. ¿Qué pinta un mundial en un país donde los camellos y los halcones protagonizan las principales jornadas del carrusel deportivo?

Uno de los relatos que se halla en el fondo de mi papelera, rodeado de chicles masticados y sobres de galletas de chocolate, reflexionaba sobre las vulneraciones de derechos humanos en dicho Estado. ¿No hay administraciones

políticas mejores para albergar tremendo evento deportivo? Pero creí que no estaba aportando nada que no se hubiera dicho ya.

Charles Darwin, en su regreso a casa tras más de cuatro años de viaje por el mundo a bordo del *Beagle* —ya sabéis, Islas Galápagos, teoría de la evolución— puso pie en estas islas desde las que os escribo. De hecho, fue su última parada antes de llegar a la Gran Bretaña. Durante años, pareció que sus primeras impresiones no habían sido demasiado satisfactorias: «He disfrutado de mi día, aunque no he encontrado mucho que valiera la pena ver», supuestamente escribió en su diario durante su estancia en Terceira, una percepción ya desmentida y que ciertamente no se asemeja a la realidad que vivió allí el científico.

De la Batalla de Lusail, por el contrario, no ha habido jamás dudas sobre su interés: antes, durante y después del encuentro se ha podido afirmar siempre que se trata de un auténtico partidazo. El mejor atacante del mundo, Messi, y el mejor defensa del momento, Virgil van Dijk, con brazaletes en los bíceps y banderines dispuestos para intercambiar, yacían en el centro del campo para el sorteo de la moneda, en manos del archiconocido Antonio Mateu Lahoz. Messi y Toño se conocían bien. Todo dejaba entrever un encuentro de altas temperaturas. Ya veréis cómo acaban estos dos.

Aunque el partido lo había encendido Van Gaal en la rueda de prensa previa diciendo que Messi, en su duelo particular de 2014, «no había tocado un balón». Setenta y dos toques, en realidad, dio Leo en esas semifinales; pocos

para él, cierto, pero que le fueron suficientes para vencer. La relación de Aloysius Paulus —*siempre negativo, nunca positivo*— con los futbolistas sudamericanos —lo sabemos bien en Barcelona —nunca ha sido boyante; y esta fue una nueva muestra.

Brasil y Argentina han aportado algunos de los mejores futbolistas de la historia. A pesar de que sus ligas estatales tienen un nivel muy alejado del de las competiciones europeas; a pesar de que cuentan con muchos menos recursos económicos; a pesar de que, a las primeras de cambio, los chavales suben a un avión para jugar en cualquier equipo europeo. Y el señor Van Gaal tiene una larga lista de desprecios hacia estos tipos.

Sería como si Herman Melville, en su reconocidísima *Moby Dick*, hubiera decidido repudiar a los balleneros azorianos simplemente porque, aunque fueran unos *cracks* cazando ballenas, lo hicieran de manera diferente a los estadounidenses. En estas islas portuguesas tenían menos infraestructuras; y probablemente tendrían peores materiales. Y, aun así, Melville vio claro el talento sobre el agua de estos ciudadanos que habitan en mitad del océano y así lo redactó en la novela previamente citada: «No pocos de estos marineros balleneros provienen de las Azores, donde los balleneros de Nantucket que salen frecuentemente hacen escala para aumentar sus tripulaciones con los resistentes campesinos de esas costas rocosas... No se sabe por qué, pero los isleños parecen ser los mejores balleneros...».

El partido fue brutal. ¡Habría tanto por comentar! Pero mi deseo principal era que Van Gaal cerrara el pico de una

vez. Es innegable que su apuesta constante y decidida por la cantera tuvo consecuencias a largo plazo enormemente celebradas por los culés: Valdés, Puyol, Xavi, Iniesta, etc. Pero me sigue sorprendiendo lo irrespetuoso que se ha mostrado en tantas ocasiones con tantos futbolistas de talla mundial.

La selección de Países Bajos —¿podríamos empezar a llamar Neerlandia a dicho país?— salía al campo con una intención absolutamente defensiva. «Que nadie se atreva a llamarles la Naranja Mecánica», pensé cuando vi su alineación; en ese once había todo lo contrario a lo que Johan Crujff pregonaría, y aún faltaba lo peor.

37 minutos tardó Messi en dar una asistencia al nivel de muy pocos futbolistas, para que Molina estrenara el marcador. 0 a 1: mis primeros gritos de celebración y mis primeros improperios contra Van Gaal. «Que se joda» es la única falta de respeto que en este texto admitiré haber pronunciado.

Es que Van Gaal, en el Manchester, hizo algo tan ilógico como mandar a Víctor Valdés al filial. Ya ni hablo de sus problemas con el Balón de Oro Rivaldo. También se cebó contra Riquelme en el Barça. Y supongo que Leo sentiría en aquel momento una decepción incluso mayor que la mía, que no fue poca.

Román nació el 24 de junio de 1978; Messi, ese mismo día, pero en 1987; yo, solo un día después que ellos dos, en 1993. Esta mera casualidad me hizo conectar con ambos desde la primera vez que tuve constancia de ello.

Yo tenía nueve años cuando Riquelme llegó a Barcelona. Decidí, de entre toda esa plantilla, comprarme su póster. Decidí sumarle a mi lista de ídolos, presidida

incondicionalmente por Saviola. Y Van Gaal lo jodió todo: «Usted es el mejor jugador del mundo cuando tiene la pelota; cuando no la tiene, jugamos con uno menos en el campo», eso le dijo el neerlandés a Riquelme el día de su presentación. Y no se quedó ahí, como ha explicado el propio Román: «En el primer partido metí dos pases de gol a Kluyvert y todos los diarios me elogiaban. Pero él se molestaba porque decía que era un desordenado por no quedarme de puntero izquierdo».

Messi tenía quince años en aquel entonces. Debutó en un amistoso una temporada después que Riquelme. Y veinte años después le dio a Van Gaal la *vendetta* de su compatriota y compañero de selección. Lo intentó en el primer tiempo, desde dentro del área, de espaldas a portería y rodeado de seis defensores. Casi marca, en la segunda parte, el mejor gol de falta del torneo. Y poco después lo consiguió desde los once metros.

Chutó Leo.

El guardameta Noppert ni se inmutó.

Lo celebró con su gente.

Se acordó de su abuela.

Y fue hacia Van Gaal.

Ahora que me dedico a la educación, no puedo admitir todo lo que dije al ver la celebración de Topo Gigio, la misma que hacía Riquelme, la misma que imitábamos los niños de la época, esa que solo pudo hacer un año en Barcelona por culpa de Van Gaal. Leo la hizo en la cara de Louis.

«El técnico de ellos no fue respetuoso antes del partido», se justificó Messi horas después. ¡Ay, Román! Qué

poco me duró ese póster que compré en 2002, ¡y cuánto celebré el gol de Messi!

El partido, especialmente a partir del 0 a 2, fue absolutamente antieducativo. Las entradas duras y a destiempo, las peleas, los insultos y hasta los balonazos se complementaban con un fútbol pobre basado en mandar punta-piés hacia unos delanteros titánicos que vestían de naranja muy cerca del Dibu Martínez.

Y como titanes describió Jacint Verdaguer a los atlantes, aquellos habitantes del continente perdido de quienes aseguraba —basándose en Platón— que formaron una sociedad inicialmente virtuosa, pero que fue castigada (hundida) finalmente por su soberbia.

No deja de ser una alegoría de los Oranje, capaces de levantar admiración mundial por su fútbol-total independientemente de los resultados, con Johan Cruijff capitaneando, y ahora racaneando dos goles y generando animadversión por la tremenda altanería de su entrenador.

No solo Verdaguer explicitó que mi actual destino vacacional es uno de los pocos trozos de tierra de la Atlántida que no se llegó a sumergir; también lo hizo Jules Verne, en *20.000 leguas de viaje submarino*: «Una noche y un día bastaron para el aniquilamiento de esta Atlántida, cuyos picos más altos, Madeira, las Azores, las Canarias y las islas de Cabo Verde, emergen todavía».

Van Dijk fue el primero en errar en la tanda de penaltis. El hundimiento lo acrecentaron Messi, Berghuis y Paredes. Ni qué decir del Dibu. Koopmeiners permitió que los atlantes respiraran un poco, pero inmediatamente Mon-

tiel les volvió a sumergir la cabeza. El titán Weghorst, autor de los dos goles neerlandeses, hizo honor a las palabras de Verdaguer: «*Mig batuts per la maror, los atlants s'enflen a una serra, no somoguda encara per les ones. Desesperant d'arribar a Gades, proven, per fugir del diluvi, d'escalar lo cel*»¹. Enzo Fernández erró y Luuk de Jong les devolvió aún más oxígeno. Pero Lautaro les acabó de rematar, privándolos de la vida en superficie —en este caso, de poder jugar las semifinales de un torneo que jamás han ganado a pesar de haber llegado tres veces a la final—.

Cuando unos neófitos en la vanidad quieren ganar a unos expertos en este arte, priorizando la arrogancia al propio juego, pasan cosas tan extrañas como que Leo Messi vacile a un entrenador rival o enmudezca al mundo del fútbol con una entrevista postpartido que me hizo levantar y aplaudir como haría cualquier ávido lector si se topara con Melville, Verdaguer o Verne: «¿Qué mirás, bobo? ¿Qué mirás, bobo? Andá, andá pa' allá, bobo; andá pa' allá! (...) Van Gaal vende que juega al fútbol, y metió gente alta y empezó a tirar pelotazos. (...) No quiero hablar del árbitro, porque después te sancionan, no podés ser sincero; pero creo que la FIFA tiene que rever todo esto, no puede poner a un árbitro así para esta instancia de partido, para un partido tan semejante, cuartos de final de un mundial, creo que tendría que darlo».

¹ «Maltrechos por la marejada, trepan los Atlantes a una sierra no conmovida aún por las olas. Sin esperanza de arribar a Gades, prueban, para evadirse del diluvio, a escalar el cielo».

Van Gaal, virtuoso a principios de los 90 haciendo campeón a un Ájax jovencísimo que maximizaba el talento, acabó tocado y hundido con un fútbol radicalmente opuesto. Mientras gritaba y celebraba tanto la victoria de Messi como la derrota de Louis, me acordé de una frase con muy mala fe que el neerlandés había dicho sobre el argentino tres años atrás: «Messi es el mejor jugador individual del mundo porque sus estadísticas son asombrosas. ¡Me gusta! Pero, ¿por qué no gana la Champions desde hace cinco años?». Lo decía un tipo que hacía veinticinco años que no ganaba ni un solo trofeo internacional, después de haber entrenado a equipos nada desdeñables como el Barça, el Bayern de Múnich, el Manchester United y la misma selección neerlandesa.

Ojalá que Juan Villoro actualice *Dios es redondo* para incluir la tremenda hazaña de Messi: no la futbolística, a la cual nos malacostumbró durante casi veinte años, sino la del chico que por una vez decidió mostrar lo que siempre había dejado en manos de engreídos como el mismo Aloysius Paulus.

Aquel 9 de diciembre volví a percibir que el Atlántico no era frontera, sino la unión que permitía sentirme más cercano a un sudamericano que a un señor europeo. Viajar a las Azores, pues, implicaba a la vez acercarme a Leo y alejarme de seres como Louis. Significaba celebrar la vida a mitad del Atlántico.

SERGIO CARRILLO RODRÍGUEZ

EL GOL QUE LOS VOLVIÓ A UNIR

Paula se levantó muy temprano ese sábado. No había podido dormir del todo bien: estaba nerviosa, con una mezcla de ansiedad futbolera y una sensación difícil de explicar.

Argentina había perdido el primer partido del Mundial, y eso se sentía como un golpe directo a las entrañas. En ese segundo partido el equipo estaba obligado a ganar para no quedar al borde de la eliminación, y esa presión se palpaba en todos lados: en los jugadores, en la calle, en las conversaciones previas en el trabajo.

Pero desde que su papá no estaba había días en que el fútbol dolía un poco más. No por el partido en sí, sino por la ausencia compartida. Su viejo nunca fue muy futbolero. Sin embargo, se había entusiasmado mucho con el Mundial de Italia 90, y ver juntos aquellos partidos le había dejado una marca agridulce.

Esa tarde no solo quería que ganara Argentina. Quería sentir que algo volvía a unirse. Quería ver a su hijo, Julián, gritar como ella gritó con su papá. Pero él estaba ence-

rrado en su pieza, con auriculares, distante. Demasiado adolescente.

—¿No lo querés ver con nosotros? —le preguntó Paula desde la cocina.

—Prefiero verlo con mis amigos por Discord —le contestó Julián sin mirarla.

Paula no dijo nada más, pero esas palabras se le clavaron en el pecho, como esa acidez silenciosa que arde sin hacer ruido, pero que no te deja en paz.

Sabía que era normal, que los hijos crecen, que el entusiasmo ya no pasa por mirar la tele con los padres. Pero igual dolía. Porque sabía, en el fondo, que este partido no era uno más.

Para colmo, el primer tiempo terminó cero a cero. Ya se podía ver a los mexicanos disfrutando el momento; se escuchaban cantos contra Messi. ¿Quién puede ser tan ignorante —o tan ingenuo— como para desafiar a nuestro capitán? Pero ellos se atrevieron. Desde la tribuna cantaban: «¿Dónde está Messi?»

Paula se cruzó de brazos, se levantó a acomodar algo sin saber bien qué, como para poner la cabeza en otro lado. Después se volvió a sentar.

El segundo tiempo comenzó diferente, se sentía otro clima, como si la espera estuviera a punto de estallar.

Entonces pasó algo que no se explica con tácticas ni con estadísticas. Messi agarró la pelota, miró al arco y pateó con esa zurda que no golpea la pelota: la acaricia. El remate se metió pegado al palo, imposible para el arquero. Paula se puso de pie de un salto, gritó ese gol con el alma,

como si en ese grito se le fuera el miedo y volviera la esperanza, esa que solo el fútbol sabe despertar.

—¡Gooooool! ¡Gooooool de Messi! —dijo casi llorando.

En ese momento, escuchó pasos rápidos en el pasillo.

Julián apareció en el living, con los auriculares colgando del cuello.

—¡Lo vi! ¡Tremendo! ¿Lo viste, má?

Paula no le dijo nada. Solo lo abrazó.

Y él no se soltó enseguida.

Mientras lo abrazaba, por un segundo pensó en su papá. En los gritos con Caniggia, en los abrazos de Italia 90.

Ella sintió un aire cálido y que, de algún modo, su papá también estaba ahí. En ese living, entre los abrazos, en ese gol que los volvió a unir.

El partido terminó dos a cero, con otro golazo de Enzo Fernández que selló la victoria.

Pero eso ya era anecdótico. Lo verdaderamente importante estaba sucediendo al costado del sillón: su hijo, ese mismo que horas antes había preferido encerrarse en su mundo, ahora estaba ahí, a su lado, gritando, alentando, compartiendo.

Paula no necesitaba mucho más. No importaba si llegaban a la final o si se quedaban en el camino.

Ese momento, ese abrazo, esa complicidad recuperada, era sin dudas su pequeña victoria personal.

Mientras Julián se levantaba a buscar algo para picar en la cocina, ella se quedó mirando la pantalla, sonriendo, pensando que el fútbol no solo gana partidos. También devuelve abrazos.

FLORENCIA HERRERA

ENVIDIA

Mucha gente va a recordar por siempre la fecha en la que Argentina, y sobre todo Messi, ganó la tercera estrella sobre el escudo. El mundial agónico que se hacía desear desde hacía años. La frutilla del postre.

Ese domingo de diciembre se tatuó en miles de recuerdos, almas y pieles compatriotas para siempre, aunque estoy evitando decir la fecha exacta porque yo no soy uno de los afortunados.

Decir que no me gusta el fútbol sería simplista. Si tirás una pelota y armamos un mate, juego toda la tarde, pero de ahí a entregarme cada domingo al grito laríngeo, a obsesionarme con la estrategia de veintidós desconocidos o a someter mi estabilidad mental al capricho de un globo de cuero, hay un largo trecho. Y no porque en mi casa no se hubiera consumido fútbol. Es verdad que mi viejo no sabe qué forma tiene una pelota, pero mi vieja podría dejar en ridículo a más de un comentarista deportivo. Hinchita fanática de Boca, no miraba los partidos porque

prefería evitar los noventa minutos de arritmia. Dijo «este pibe es bueno» cuando Palacio jugaba en Huracán de Tres Arroyos y desde la cocina de casa hacía los cambios que Bianchi sabía escuchar telepáticamente. Nunca le envié el mal humor que intentaba esconder cuando perdía Boca, pero sí la felicidad y la euforia que la invadían cuando ganaba. Yo me alineé toda la vida con el desprecio de mi viejo contra el folklore del fútbol. Me resultaba ridículo el carajeo cromático de si el rojo era el padre, el hijo o el tío del azul. Me indignaba que un partido avalara el desprecio, la violencia e incluso las peleas familiares. Reconozco con vergüenza que me sentía superior «hincha» por no caer en esa fantochada, pero en secreto, muy en secreto, deseaba la capacidad de llegar a esa euforia, enviaba la pasión tan al alcance de la mano, el éxtasis disponible un domingo cualquiera. Poder confirmar que estás vivo porque tu corazón palpita desbocado de la felicidad más pura con algo tan simple como un partido de fútbol me parecía tan mágico como lejano, porque así como no me importaban Boca ni el Barcelona, tampoco me importaba la Selección.

No vi la mayoría de los mundiales de mi vida, a lo sumo algún partido con compañeros del secundario o de la facultad, grupos que generalmente sabían tan poco de fútbol como yo, pero que cada cuatro años se compraban una camiseta celeste y blanca trucha. El asunto es que, para Qatar, convivía con mi novia.

No vayamos a contarle a Freud que mi novia era tan fanática como mi mamá, pero lo que sabía de una de las

cosas que menos me interesaban en el mundo era impresionante. Así y todo, lo más impresionante era verla mirar un partido de la Selección.

Me enteré que Argentina perdía contra Arabia por sus gritos. Se despertó casi al amanecer para ver el partido. Yo intenté dormir todo lo que pude, pero el segundo gol lo hizo imposible. La casa parecía embrujada. Las puertas golpeaban con violencia, los cajones de la cocina se abrían y cerraban y cada tanto se oía un llanto ahogado. Ese día no me habló y a las siete de la tarde se fue a dormir. Yo me sentí mi papá y despotiqué contra el fútbol, contra la Argentina y contra el fanatismo y la estupidez humana en una especie de soliloquio snob. Me enojé contra mi envidia al hincha porque la sentí ridícula. ¿Quién desearía ese desequilibrio emocional? Y sin embargo, esa fue la última vez que me hice esa pregunta.

Creo que después vino México. Me acuerdo de mi novia cantando contra el Chavo y la Chilindrina porque la letra me causó gracia. A la noche me invitó a comer a Taco Box para celebrar.

Contra Polonia fue sábado a la hora de la siesta que no tuve y lo vimos juntos. Argentina pasó a octavos, ella estuvo feliz toda la tarde y, por suerte para mí, también la noche. El Mundial pasó a gustarme un poco más.

El sábado siguiente fue contra Australia y también lo vimos juntos. Ella dijo que por cábala. Yo por si se repetían los festejos del triunfo. No niego que el «*Where is Messi?*», seguido del gol del mismísimo Messi, me generó placer. «Ahí tenés a Messi, pelotudo», me salió de

algún lugar oculto. Mi novia se rió y me invitó a seguir festejando. Nunca me gustaron tanto las cábalas como ese año.

El partido contra Países Bajos lo vi en el trabajo. Lo positivo fue que habían cancelado las agendas como si fuera un Día Patrio y a la guardia no vino nadie, pero por desgracia no podía irme antes. Los noventa minutos se cumplieron justo en mi horario de salida, pero me sentía incómodo yéndome, principalmente porque si ganábamos después de que me fuera me iban a tildar de mufa así que me quedé. No pude tomar mate durante los penales. Ahí debería haber sospechado algo.

El primer gol de Julián contra Croacia lo grité. No sé por qué, pero algo en ese llevarse puesto todo me emocionó. Mis compañeros me miraron sorprendidos y me dio vergüenza, pero se me fue cuando el Titi se me acercó y me dijo: «Al fin. Ya estábamos sospechando que eras autista. O uruguayo».

Contra Francia no sé qué pasó. Será que mi novia me bombardeó a videos de Mbappé hablando contra los sudamericanos o que Pavlov hizo de las suyas y ya quería la cábala recompensa, pero yo fui el que avisó que estaba por empezar el partido. Preparamos un mate que nunca cebamos y abrimos unas papitas que quedaron intactas. Con el penal me acordé de sacar los forros de la mochila y dejarlos en la mesita de luz. El segundo gol fue un poema. Mientras mi novia gritaba por el balcón, yo me quedé admirando la repetición casi contra mi voluntad, pero de ahí en adelante fue todo sufrimiento. El empate.

El tercero de Argentina. El tercero de Francia. La atajada. Los penales.

Grité a Lionel, grité al Dibu, grité a Montiel. Y entonces lo entendí.

LEANDRO MENÉNDEZ

ESE DOMINGO HUBO MISA

Si Dios pudiera nacer en un país, nacería en Argentina. Ya no tengo dudas. Porque solamente acá somos capaces de desenchufar el país para conectar la misa. La del encuentro en una mesa larga y compartida, de los vasos de cervezas que pasan de mano en mano como un cáliz sagrado, de un altar del que emerge un televisor donde un relator de fútbol pronuncia la homilía de un Messías, de nuevos patronos y de un D10s que se escribe con la misma cantidad de letras que de números, como un milagro inexplicable.

Si Dios pudiera nacer en un país, nacería en Argentina. Porque en medio de la 9 de Julio se emplaza el templo pagano más alto del mundo para la fervorosa comunión de las almas, para el canto sagrado de unas gargantas roncadas que repiten un credo sobre una tercera estrella bordada en una camiseta.

Porque la liturgia tiene banderas que flamean como cirios encendidos en una procesión de cuerpos que se entregan a la fe. Y la justicia es redonda como una pelota,

capaz de hacer desaparecer de la faz de la tierra todas las diferencias. No hay pobres, no hay ricos. Hay fieles.

Si Dios pudiera nacer en un país, nacería en Argentina. Y lo haría el 18 de diciembre de 2022, porque lo que nadie contó de la final del Mundial de Qatar es que detrás de esa Copa está la historia de un pueblo que sufre, pero no baja los brazos y cuya entrega infinita es tan grande, que tiene recompensa.

Porque apenas salió el sol, ese domingo, el país parecía suspendido. Pero no, porque en las casas o en los bares estaban sucediendo cosas enormes: un abuelo prendía una vela a San Cayetano, los rosarios pasaban de mano en mano como los mates, las cábalas volaban más que las moscas y los amigos encontraban un nuevo motivo para juntarse.

Los rezos alcanzaban hasta a los ateos, los familiares distanciados se unían por el milagro, los vecinos enemistados se volvían a saludar, las distancias se acortaban a videollamadas y aunque el calor era sofocante en ese diciembre, nos abrazábamos como nunca.

Después, los vivos se acordaban de los muertos y le pedían una ayudita. En la calle no había nadie, es cierto, pero la fuerza de un pueblo entero estaba adentro de una cancha con un equipo dispuesto a todo. También en las casas con las cábalas intactas y el freezer lleno de gualichos. Adentro, con 45 millones de corazones latiendo como un tambor al ritmo de «dale campeón, dale campeón».

Cuando la pelota empezó a girar en el estadio Lusail de Qatar, las picadas ya estaban servidas sobre las mesas, pero nadie podía probar bocado, y en ese preciso instante

comprendí lo inexplicable del fútbol. Ese ritual sagrado de vida o muerte tan difícil de contar con palabras, como inevitable de sentir.

Es pasar de la euforia de estar ganando al disgusto de que te empaten, es volver a creerte ganador y zas, otra vez, la igualdad en el tanteador. Es que se te pasen mil pensamientos diferentes por la cabeza: los cuatro años que faltan para el próximo Mundial, ¿y si es este el último de Messi?, los 36 años sin gritar ¡campeón!

Por eso el segundo empate fue como una daga que nos atravesó el cuerpo. El aire se había espesado y aunque el miedo surgió como un fantasma horrible, no sé de dónde sacamos la fuerza, pero ahí nos quedamos sosteniendo la fe y abrazando la ilusión de que ese día la felicidad tenía que ser argentina y de los amantes del buen fútbol que, a pesar de haber nacido en otros países, hinchaban para Messi.

Después llegaron los penales. Cada remate era una oración, cada atajada era un milagro. Pero parece que Dios quiso ser argentino y escribimos la historia. El gol de Montiel, en el último penal, fue la epifanía. Porque la pelota entró y un grito eterno nos unió a todos, como si hubiéramos resucitado de un bombazo.

Las calles se inundaron de gente porque la alegría es más linda cuando es compartida. Todas las plazas, de todas las ciudades, se tiñeron de celeste y blanco hasta fundirse con el cielo en un abrazo sagrado.

Fue tanto el desparramo que se armó, que hasta aquellos a quienes no les gusta el fútbol se unieron a los festejos, porque el fútbol es mucho más que once jugadores

corriendo detrás de una pelota: es una invitación a soñar juntos y la fórmula secreta de lo colectivo.

Quizás por eso desaparecieron las horas y la fiesta fue infinita. La misa había arrancado el domingo, pero se extendió por semanas enteras, como unción de algarabía en un país lastimado.

Y cuando la última bandera se deshilachó y la última garganta se apagó, quedó la certeza de que esa misa laica del 18 de diciembre de 2022 será revivida en cada mesa familiar y encuentro de amigos.

Como seguirá intacta la ilusión de volver a creer que Dios es argentino, cada vez que rueda una pelota.

VERÓNICA LHOSPICE

FESTEJO A MEDIAS

El primer Mundial que vi a conciencia fue el de Corea/Japón 2002. Tenía catorce años cuando Argentina empató con Suecia y quedó eliminada en fase de grupos, era muy chico para tener novia. Estuve en pareja por primera vez en el 2006, casualmente el año que se jugó el siguiente Mundial, el de Alemania. Con Yaqueline estuve solo cuatro meses. Me acuerdo que vi todos los partidos en su casa: los tres de la fase de grupos y el robo en el que la Selección local nos eliminó por penales. La chica con la que más tiempo duré fue Silvia, con quien estuve en pareja desde el 2009 al 2019. En Sudáfrica 2010, yo llevaba un año de novio con ella y, en cuartos de final, nos volvió a eliminar Alemania, igual que sucedería en la final de Brasil 2014. En Rusia 2018 perdimos 4 a 3 con Francia en los octavos de final. Tres mundiales que se jugaron en el tiempo que estuve con Silvia y la Selección Argentina no pudo ganar ninguno.

Desde el año 2019 en adelante salí con muchas chicas, pero con ninguna llegué a ponerme de novio. Llegó el

Mundial de Qatar 2022 y me encontró soltero. El primer partido lo vi solo en casa y tuve problemas de *delay*. Los partidos de Argentina se transmitían en varios canales, con unos segundos de diferencia entre un canal y otro. Yo siempre los veo en TyC Sports, pero también los daban en Telefé y en la TV Pública. Del gol de Messi en el partido contra Arabia Saudita me enteré primero por un grito de algún vecino. Cuando lo vi, ya ni ganas me dieron de gritarlo. El resultado final de ese partido ya lo sabemos, pero no viene al caso, el tema es el *delay* que había en los partidos. Me pasó lo mismo, cuatro días después, con los goles de Messi y Enzo Fernández frente a México. La verdad es que no tiene sentido ver un mundial de fútbol así.

Entre el partido de México y el de Polonia le escribí a mi tía y le propuse ver el resto de los partidos en su casa. Me dijo que sí y vimos juntos el resto del Mundial. Yo puse TyC Sports, igual que en mi casa, pero por lo de mi tía nadie gritaba antes los goles, se ve que por Almagro todos miran el mundial en el mismo canal.

Siempre me imaginé festejar con mi novia cuando Argentina saliera campeón. Soñaba el momento de la entrega de la copa a los jugadores, yo emocionado, llorando con Yaqueline o con Silvia, en cada caso. Después, brindar con sidra o algún espumante y, obviamente, ir al Obelisco. Pero ver la final del Mundial con mi tía fue todo lo contrario.

A ella la habían operado un mes antes de una fractura de peroné. Todavía estaba con la bota ortopédica. Aunque nunca se hubiese fracturado, no me la imagino festejando

en la esquina con toda la gente que salta, canta y hace quilombo en la calle.

Montiel convirtió el último penal. Argentina salió campeón. Y yo sentí como un vacío de no tener una pareja con quien abrazarme. Me daba bronca y me afectó al punto de no poder disfrutar por completo el hecho de haber ganado el Mundial. Tendría que estar contento, pero yo estaba triste. Lloré un poco, pero de tristeza, no de felicidad. Salimos campeones, pero no de la manera que yo siempre soñé. O por lo menos el festejo no iba a poder ser como me hubiera gustado. Me abracé con mi tía, por supuesto, y me fui a mi casa.

Con toda la gente festejando en la calle, creía que no iban a pasar colectivos. Así que decidí caminar desde Corrientes y Gascón hasta Directorio y José María Moreno. Fui por Corrientes hasta Ángel Gallardo con bocinazos de fondo acompañándome al andar, bordeé el Parque Centenario y agarré Acoyte. Muy directo el camino. En todos los autos que pasaban por al lado se escuchaba el cantito de «Muchachos». A medida que me acercaba a la esquina de Acoyte y Rivadavia, más gente veía festejando. Eran grupos de familiares o amigos, uno al lado del otro, que se juntaban en las calles que estaban cortadas por vallas especialmente colocadas para evitar el paso de los autos y la suma de cada uno de los grupos formaba una masa grande y homogénea, unida por la misma felicidad conjunta y popular. Una persona empezaba a cantar y otro se sumaba y otro más, hasta convertirse en veinte, treinta, cuarenta personas cantando la misma canción, algunos con cornetas, todos aplaudiendo,

saltando. Muchos revoleando la camiseta, cabe remarcar que era 18 de diciembre, hacía mucho calor y en contexto de festejo se permite estar en cuero. Yo la tuve puesta en todo el trayecto, recién me la saqué cuando llegué a casa. Le di un beso al escudo y la guardé en el armario. Después abrí una cerveza a modo de festejo, prendí la TV y puse una serie en Netflix, como cualquier otro domingo, pero esta vez, por primera vez, siendo CAMPEÓN MUNDIAL.

ARIEL ZELENER

HOY ES EL DÍA PERFECTO

Al llegar a su casa, Nieves dejó el celular sobre la mesada de la cocina. Lo último que vio fue el mensaje de la secretaria de la clínica: «Sí, seguí con la medicación. Tu marido habló con la médica, van a poder pagar el tratamiento en cuotas». Luego, la temperatura: 42 de sensación térmica. Afuera, las vuvuzelas no paraban de sonar.

En el living, con el aire acondicionado en 18, Maxi prendió el televisor y se acomodó en el sillón, cuando le entró un mensaje de Salvador. Nieves, al pasar por detrás de él, lo vio de reojo: «¡No me jodas, maleante! ¡Tenés que venir! ¡No podés ver esto solo!». Maxi se estiró para saludarla y le preguntó:

—¿Cervecita?

—No comí nada y no puedo tomar alcohol. Te traigo una.

Le comentó que la calle estaba desierta. Faltaban diez minutos para que empezara el partido de cuartos de final contra Países Bajos —Nieves se negaba a decirle así, para ella era «Holanda»— cuando la pantalla se puso negra.

—¡La recalcada concha de Dios! —gritó Maxi.

Con la cerveza helada en la mano, Nieves lo encontró sentado, agarrándose la cabeza. Probó el botón del televisor y le preguntó:

—¿Pagaste la luz?

—Sí, en el segundo vencimiento.

Nieves se asomó a la calle y sintió el sofocón en la cara. Se escuchaban insultos desde todas las ventanas. El corte era en todo el barrio.

La vecina de enfrente, fanática del Rojo, le chilló:

—¡Nivi, se me cortó la luz! ¿Ustedes tienen?

Nieves, mareada, negó con la cabeza. Se sentó en el umbral de su casa mientras los vecinos corrían como si fuera el fin del mundo. La sirena de los bomberos del barrio la despabiló. La autobomba pasó a toda velocidad por su calle. Nieves vio de refilón los trajes y los cascos. Se limpió el sudor de la frente y se metió de nuevo adentro.

Maxi le había respondido a Salvador, y él le dijo que fueran a su casa, ellos tenían luz.

—¡Nos vamos! —gritó él con el celular en la mano, a la par que sacaba el helado del freezer.

Nieves sentía las piernas pesadas y le costaba moverse. Maxi le repitió que se preparara para salir, que no podían perderse el comienzo del partido. Ella decidió quedarse.

Él no presionó, quizás era mejor verlo sin ella. Le dio un beso rápido en la boca, se calzó las ojotas, la camiseta oficial, y salió apurando el tranco bajo el sol.

Nieves se sirvió agua fría de la heladera apagada y, antes de cerrarla, vio los tomates. Divinos, de un rojo intenso.

El verdulero había dicho que aguantaban veinticuatro horas, ni una más. Se iban a pudrir. Mientras escuchaba el relato del partido por el celular, decidió hacer un tuco. Se ató el pelo y picó dos cebollas y un ajo.

A los treinta y cinco minutos, pase mágico de Messi, gol de Molina. Nieves lo celebró con los ojos llenos de lágrimas, más culpa de la cebolla que del partido. Afuera, el silencio. El barrio entero se había mudado a otra parte.

El celular vibró en la mesada. Era Maxi confirmando el 1-0. Ella le respondió con un emoji de labios rojos.

En el entretiem po, con el tuco borboteando a fuego lento, aprovechó para ducharse. Se puso una bombacha y, como un rito sagrado, se calzó la remera de la Scaloneta que le había regalado su padre. La celeste y blanca, siempre. Cerró la aplicación y dejó de escuchar el partido para ahorrar batería; quería tener el celular disponible por si su viejo se descompensaba, como aquella vez que casi le da un bobazo en el Cilindro.

Probó el tuco y lo terminó de condimentar. El calor de la hornalla, asfixiante, le dio un mareo. Abrió la heladera, levantó la botella de agua y tomó del pico lo que quedaba. Se tiró en el sillón y se quedó dormida.

La despertó el sonido de la televisión a todo volumen cuando volvió la luz. Amodorrada, se acordó del tuco. Se levantó de golpe. Las piernas le fallaron y, así como subió, se cayó al piso. Se golpeó la cabeza contra la mesa ratona. Se arrastró y se acostó en el sillón de nuevo. El partido iba 2-0, minuto 83. Holanda entonces descontó y el árbitro español adicionó diez minutos. El empate en la última

jugada la dejó sin aliento. Algo le caía por la frente. Se sacó la remera sintética, que se le había pegado al cuerpo. Aturdida, sintió el pulso en las sienes. Se llevó la mano a la cabeza y miró sus dedos: tenían sangre. Le llegó un olor intenso a quemado. Corrió tambaleándose hasta la cocina. Apagó la hornalla y, para no volver a caerse, se apoyó sobre la mesada. El malestar no pasaba. Se limpió la frente con el repasador. Enchufó el celular y entró un mensaje de Maxi: «2-2, alargue». Lo ignoró.

Sintió que el estómago le ardía. Tenía hambre. Rescató unos sanguches de miga y una cerveza de la heladera, lo único que quedaba fresco. Devoró varios y volvió a sentarse frente a la televisión.

Gritó desaforada cuando Scaloni puso a Di María en el segundo tiempo del alargue: «En tu cara, Pasman». La sensación de malestar se le hacía insoportable.

Fideo le dio el pase a Fernández, que tiró al arco. El grito de gol se le ahogó en la garganta y le rebotó en el estómago. La pelota pegó en el palo. «Paso a paso, muchachos», suplicó con los ojos clavados en la pantalla, antes de tener una arcada.

El árbitro anunció el final: la clasificación iba a ser una lotería. A Nieves le explotaba la cabeza. Buscó el ibuprofeno 600 en un cajón y se tragó dos con un sorbo de cerveza tibia. Le dio otra arcada. Mientras miraba la definición, carajebaba y hacía cuernitos o cruzaba los dedos. El Dibu voló a la derecha y atajó el primer remate. Messi pateó el primero suave y al medio, adentro. El Dibu la paró sobre el palo izquierdo. La definición de Paredes fue magistral.

El siguiente, descontó Holanda. Montiel, tranquilo, ejecutó a la izquierda. Después, otro gol de Holanda. En el momento en el que Enzo erró el cuarto penal, Nieves sintió que el alma se le escapaba por la boca. Y, cuando el Dibu no atajó el siguiente tiro, soltó un alarido.

Después, todo se le puso negro. «¡Qué mala suerte!», llegó a pensar, convencida de que la luz se había vuelto a cortar justo en el momento decisivo.

Atardece y el cielo está encapotado, lejos retumban los truenos. El festejo en la calle es una marea de cantos y bocinazos. Maxi, exaltado, se queda charlando con Salvador en la puerta mientras la gente desborda las veredas. Un tipo baila arriba de un semáforo, y un borracho esquivo a los autos. Todos se saludan, se abrazan.

Empieza a llover y, con una felicidad que nunca había sentido, Maxi decide que ya es hora de volver a su casa. Tiene mucho que celebrar con Nieves.

Al compás de sus pasos, canta con voz ronca: «Hoy es un día perfecto, nos quitamos lo puesto, golondrinas en pleno cortejo hechicero...».

Recién ahora puede respirar tranquilo. Por un momento pensó que se le venía la noche. No se lo iba a perdonar jamás en la vida.

En el camino, se cruza con unos chicos en bicicleta. Uno lleva una bandera argentina enorme que, cuando se levanta el viento, se agita con fuerza.

—¡Aguante, Argentina! —grita Maxi.

Uno de los pibes le responde algo que no llega a escuchar.

En la esquina, una ráfaga sacude la bandera, que se traba en la rueda del que viene atrás. La tela se infla de golpe como un paracaídas y los tira a todos. «Así, en un instante, se puede ir todo al carajo», se dice Maxi. La lluvia le moja la cara y el sabor que siente no es el del agua. Antes del alaruge se prometió, con los puños apretados contra el pecho, que si Argentina ganaba no lo volvería a hacer nunca más.

Casi pierde todo. Y se lo repite: «Casi perdemos todo».

Entonces, lo sorprende un grito:

—¡Andá pa' allá, reina de Holanda!

Ve a una mujer de pelo blanco asomada en un balcón. Con su mano agita una revista *Hola* como si fuera un banderín. La lluvia empieza a caer a cántaros y tiene que meterse adentro antes de que la revista, empapada, se deshaga entre sus dedos. Maxi suelta una carcajada en medio de la tormenta, pero su propia fragilidad y lo inevitable de la decadencia se le hacen evidentes. En ese instante, toma la decisión: «Nunca más voy a apostar».

Llega a su casa empapado. Abre la puerta y escucha la televisión a todo volumen. Se quita lo puesto y lo tira en un rincón. La casa sigue caliente.

Se asoma al living y ve que Nieves duerme. La pantalla, que muestra a los jugadores exhaustos, ilumina su cuerpo desnudo, radiante. Se acerca, le apoya la mano en la panza suave, evitando tocar los moretones de las inyecciones. Se agacha, la besa en la frente, en los labios, hasta que siente el gusto metálico de la sangre.

Nieves se despierta en la cama de un hospital. Habían pasado diez días. Lo primero que le muestran es la foto de Messi levantando la Copa del Mundo. Ella sonríe. Maxi se inclina y le susurra al oído que Angelito había sido el héroe de la final. Nieves lo escucha en silencio, con la mirada perdida en el techo. Luego, con la voz ronca musita: —¿Está todo bien?

El médico sale de la habitación en silencio. Cuando la puerta se cierra, Maxi, con la vista clavada en el suelo, suspira y le responde:

—Lo siento. Vamos a tener que empezar de nuevo.

VERÓNICA CARMAN

LA ATAJADA

Minuto 123 de la final del Mundial de Qatar 2022. El marcador estaba igualado 3 a 3 y Francia encontraba la última chance clara para quedarse con la Copa. Un pelotazo largo, como llovido del cielo, dejó mano a mano a Kolo Muani contra Emiliano Martínez. El delantero francés la dejó picar y con todo el arco a disposición, remató de derecha buscando el primer palo. En ese instante, el arquero argentino salió decidido y achicó el espacio con enorme velocidad. Con un movimiento instintivo, Martínez abrió su pierna izquierda al máximo y logró bloquear el disparo que llevaba destino de gol. La pelota rebotó y la defensa argentina despejó de inmediato.

La intervención fue determinante: si Francia convertía en esa jugada, el partido estaba sentenciado, finiquitado, caput, chau Argentina. En cambio, la atajada le dio a la Argentina la vida extra que necesitaba para llegar a la definición por penales. A partir de ahí, el Dibu se transformó en figura indiscutida, no solo por esa acción justa, increíble e histórica. Esa pierna fue una especie de muralla, que

detuvo la gloria francesa y sostuvo el sueño argentino. Fue un grito de vida de millones, un instante suspendido en la eternidad, donde Argentina dijo que no se rinde.

Cuando vi esa pelota que rebotaba, se me estrujó el corazón. Mejor dicho —en criollo—, me cagué en las patas. Me llevó varios segundos tomar conciencia de la hazaña que había hecho el Dibu. Me imagino todo lo que pasó por la cabeza a los millones de argentinos ante ese momento crucial y bisagra de todo un país. Había más de 50.000 argentinos ahí en el estadio, millones mirando el partido en Argentina y otros tantos repartidos por el mundo, todos pegados a la televisión.

No teníamos respiro, porque de ahí fuimos a los penales, el corazón latía fuerte y sin parar. Ya ni uñas había para comerse. Ahí el Dibu fue protagonista nuevamente al atajar un penal, nos dio la certeza que estábamos ya cerca de lograrlo. Cada jugador que pateó y convirtió nos llenó de esa esperanza gloriosa de ser ganadores: Messi, Dybala, Paredes y finalmente Montiel, con el penal decisivo en la victoria mundial de Argentina.

¿Se imaginan qué hubiera pasado si el gran Dibu no hubiera logrado esa atajada? ¿Qué escenario fatal y angustiante hubiera sido! El país completo se hubiera quedado en silencio ese domingo 18 de diciembre del 2022, exactamente un segundo después de las 14:42 y 22 segundos (hora de Argentina). ¿Qué hubieras hecho ante semejante desilusión? Yo me hubiera quedado mudo, en silencio toda la tarde, sin querer hablar con nadie y dándole vueltas a la cabeza: ¿Por qué? ¿Por qué otra vez? ¿Por

qué a nosotros? Intentando detener las lágrimas que se me escapan de los ojos. Es que los argentinos ya habíamos pasado por esto: en la final del Mundial de 1990 contra Alemania, con ese penal infame en el minuto 85 y la sensación de injusticia corriendo por nuestras venas. Y nuevamente en la final contra Alemania en el Mundial de Brasil de 2014, perdiendo 1 a 0 en el alargue. Hubiera sido otra vez una angustia insoportable, que cargaríamos sobre nuestros hombros, imposible de quitársela. Me imagino que las familias reunidas frente a la televisión estarían petrificadas frente a ese desconcierto de haber perdido. Los amigos reunidos compartiendo esa angustia en silencio, mirándose unos a otros. Las parejas llorando abrazadas, ella consolándolo a él o él a ella. Las niñas y los niños, con esa ilusión de ver a su país ganar por primera vez un mundial, se hubieran quebrado en llantos, y sus padres sin saber cómo consolarlos. ¿Y los 50.000 argentinos en el estadio? Las caras de cada uno de ellos, un mural de tristeza estampado en las pantallas del estadio y en los televisores de todo el mundo, mostrando esa angustia profunda, difícil de extirpar, desparramada en imágenes que serían repetidas hasta el hartazgo en todos los medios. Las calles de nuestro país hubieran sido un desierto, como nos sucedió en plena pandemia del covid. ¿Quién hubiera salido a encontrarse con otro? Todos estaríamos guardados en nuestras casas como si ese virus francés nos bloqueara salir al mundo exterior. ¿Quién hubiera ido a trabajar al día siguiente? ¿Acaso algún argentino, futbolero o no, hubiera sentido la fuerza para levantarse al otro

día? Ese lunes 19 de diciembre hubiera sido también un día de duelo nacional.

Con profunda alegría y mi corazón bombeando sangre argentina, sé que esto no es cierto, la verdad es:

(Relato con la emoción típica de un relator argentino en esa jugada.) «¡Atención que se viene Francia! ¡Pelotazo largo, va Kolo Muani solo, mano a mano, puede ser el gol, puede ser el gol de Francia...! ¡Tiráaaaa...! ¡Dibu, Dibu, Dibu, DIBUUUUU MARTÍNEEEZ! ¡Se queda con la vida de la Argentina! ¡No lo puedo creer, le sacó el gol a Francia en el último segundo! ¡Era el grito de campeonato para ellos y apareció la pierna salvadora del arquero de Mar del Plata! ¡Inmenso, gigante, monumental el Dibu Martínez! ¡Todavía estamos vivos, todavía hay esperanza, Argentina respira, gracias Dibu!».

El mismo Emiliano «Dibu» Martínez, al terminar ese emocionante partido que nos consagró, dijo: «Gracias a Dios, saqué ese pie». En realidad, ese pelotazo lo mandó Dios para que el Dibu se luzca y así se quede en nuestros corazones. Estaba de nuestro lado, porque ya lo sabemos: Dios es argentino.

Hoy, somos campeones del mundo por tercera vez, está escrito y es para siempre.

CÉSAR ALBERTO SEVERA

LA CARTA DE LAS TRES ESTRELLAS

Querido lector, esta carta es una especie de testimonio de lo que vivimos en el Mundial 2022, en Qatar. No fue nada fácil, empezamos como quien dice con el pie izquierdo, pero no con el de Maradona o el de Messi, yo diría con el pie equivocado, el menos hábil.

Arabia Saudita nos había dado un cachetazo, veníamos confiados, con una racha de 36 partidos sin conocer la derrota. Perder en el primer partido era algo que nadie esperaba, mucho menos los árabes que lo festejaron como si hubieran encontrado un oasis en el desierto.

Nuestro capitán no se escondió: en las declaraciones a la prensa dijo en forma de mantra «confíen, que este grupo no los va a dejar tirados». Y eso fue exactamente lo que necesitábamos escuchar. No buscó excusas ni disfracó el resultado, Messi nos dijo que confiemos... y así lo hicimos.

El segundo partido fue contra México, por la fase de grupos. El cero a cero nos dejaba casi afuera, el reloj corría demasiado rápido y la angustia pesaba como una piedra en el pecho. Hasta que, en el minuto 64, apareció

él. Messi recibió afuera del área y con su zurda metió la pelota entre los tres palos, y así escribió la primera carta de este Mundial. Una carta breve, directa, sin lujos, pero con un mensaje bien claro: «Todavía estamos vivos».

Ese gol fue más que un gol. Fue el suspiro de aliento para el país entero. Fue el momento en que empezamos a creer de nuevo. Y si hoy escribo estas líneas, es para que vos, querido lector del futuro, recuerdes que nunca hay que rendirse después del primer tropiezo.

Los partidos siguientes nos devolvieron la ilusión, que crecía como una llama que se aviva con el viento. Hasta que llegamos a la semifinal contra Croacia. Esta vez fue diferente, la esperanza había ganado terreno, ya casi podíamos oler el aroma de la final.

Un grito nos atravesaba la garganta y queríamos sacarlo para que todo el mundo supiera que estábamos listos para ser campeones.

Fue un partidazo, ganamos 3 a 0. El primer gol fue un penal convertido perfectamente por Messi, y luego llegaron los dos goles de Julián Álvarez, que jugó su primer Mundial como si hubiera nacido para esto y brilló en este partido. Pero si algo le faltaba a nuestro 10 para coronar su leyenda, lo hizo esa noche, cuando dejó desparramado a Gvardiol, uno de los mejores defensores del Mundial. Con un giro y una gambeta de esas que solo nacen en una cancha de tierra, lo llevó a pasear hasta la línea de fondo para luego asistir a Julián en el tercer gol. Fue una obra maestra, un mensaje silencioso de que el mejor del mundo seguía siendo él.

Y entonces llegó la final. La que tanto habíamos imaginado, contra Francia, que se sentía confiada, con ganas de quedarse con el título de bicampeón. Pero, para sorpresa de todos, Argentina comenzó ganando, primero con gol de nuestro 10, de penal, y el segundo de nuestro Ángel, Di María. Las cosas estaban demasiado bien para nuestra Selección. 2 a 0 era un resultado muy positivo, pero como quien escribe un cuento de terror, apareció Mbappé para darnos pesadillas. Primero, metió un gol de penal. Menos de dos minutos después, volvió a encontrar el gol, para empatar y borrar nos la sonrisa de un plumazo, o mejor dicho... de un golazo.

El partido se fue al alargue, estirando nuestros nervios casi al límite, pero fue nuevamente Messi quien nos dio un hilo de esperanza. Gol de Lionel, 3 a 2, y en ese momento comenzamos a mirar más que nunca los minutos. El reloj parecía que se había transformado en un reloj de arena de Qatar, cada granito caía con una lentitud insostenible, haciendo que el partido fuera aún más épico. Pero Francia no estaba muerta. Nuevamente apareció Mbappé, otra vez los gritos desde el estómago que decían «nooooo», el partido 3 a 3.

Nos fuimos a penales, no te voy a mentir: no vi ninguno, sólo rezaba y rezaba. Dibu atajó dos, los nuestros no erraron ninguno, y cuando Montiel se acercaba a la línea de penal, todos los argentinos y fanáticos de Messi nos encomendamos a Diego, a los santos, o a quien sea que pudiera ayudarnos. El penal se transformó en gol, los gritos, la alegría, los saltos, los llantos, era una mezcla de

todo, nos abrazamos entre todos, los que estaban juntos en una casa, los que estaban en la calle con otros que ni siquiera conocían, los que estaban solos besaron una foto, al televisor o al cielo. Fue algo que nunca vi en mi vida y todavía me eriza la piel, como ese escalofrío que recorre cada músculo cuando la emoción te desborda.

Pero antes de que esta carta se haga demasiado larga, quiero detenerme en lo que aprendimos en este Mundial: que los sueños se cumplen, que vale la pena creer y que si jugamos en equipo, el gol siempre vale doble. Hoy, las tres estrellas brillan en nuestro pecho como un sol encendido por cuarenta y cinco millones de almas, que entendieron que cuando los argentinos nos unimos, nadie puede vencernos.

FLORENCIA HERRERA

LA OFRENDA DEL PUEBLO CHINO

Cuando la Selección Argentina llegó al Mundial de Qatar, creí que lo hacía en las mejores condiciones. Había ganado la eliminatoria con autoridad, treinta y seis partidos invictos. Además, miles de argentinos viajaron al otro lado del mundo para acompañar al equipo.

En el grupo nos tocaron México, Polonia y Arabia Saudita, este último parecía el rival más accesible; encima era el partido debut. Era lógico pensar que Argentina iba a ganar contra los árabes. Los treinta y seis partidos, el equipo, la clasificación, los hinchas en Qatar, la diferencia de nivel entre selecciones, todos eran argumentos sólidos y válidos para ilusionarse. Pero no. Argentina perdió por 2 a 1 contra Arabia Saudita. Posiciones adelantadas, goles anulados, los nervios y el paso del tiempo hicieron que la tristeza nos invadiera a todos.

A la mañana siguiente, fui al supermercado chino que queda a la vuelta de mi casa a comprar algunas cosas para desayunar. Cuando terminé la compra, Andrés, porque

así eligió llamarse el chino de mi barrio, me regaló una bandera argentina.

—¿Qué pasa, nene? Vamos arriba. Tomá, para vos —me dijo Andrés con su español trabado, mientras me regalaba nuestro símbolo patrio.

Tengo en claro que, en términos prácticos, no es más que un retazo de tela con los colores celeste y blanco. Pero el valor simbólico de esa tela es muy fuerte, se transmite de generación en generación. En su entramado guarda el recuerdo del sable corvo de San Martín y también el gol a los ingleses de Diego. La bandera es la suma de todas nuestras historias.

Lo tomé como un gran gesto, porque no había ninguna necesidad. Esa bandera me recordó que siempre somos argentinos, en las buenas y en las malas.

Andrés recorrió los 18.900 kilómetros que separan a ambos países y sintió que tenía que hacer algo para levantar el ánimo de sus vecinos. Porque en definitiva, hoy somos eso, sus vecinos.

Metí la banderita en la bolsa de mi compra y, mientras caminaba a casa, pensaba en Otamendi, en el Cuti Romero, en que si Messi iba a poder salvarnos de la catástrofe de quedar afuera en fase de grupos. Pensaba en Italia 90 y me autoconvencía de que no era tan grave perder el primer partido. Me acordé de Camerún, de Diego. Pero el recuerdo de Corea-Japón 2002 me perturbaba. Pensaba y pensaba en mi caminata de vuelta.

Llegué a casa, dejé la bolsa y colgué la bandera en la puerta que da a la calle. Como a las plantas, a la bandera le

gustó ese lugar. Tenía vida, nos daba vida. No es gigante, es más bien humilde, de un tamaño modesto. Pero luce orgullosa donde está, lo había notado ni bien la colgué.

Pasó el 2 a 0 a México, el 2 a 0 a Polonia y la tranquilidad de clasificar a octavos. Pasó Australia y el sufrimiento del 2 a 1 en los minutos finales. Pasó el empate 2 a 2 sobre la hora contra Países Bajos y las lágrimas de mi familia en los penales. También pasó el 3 a 0 a Croacia y la banderita seguía ahí, colgada.

Aunque siento que hoy ya no es una banderita, es una bandera. Porque se lo ganó. No tiene la grandilocuencia de las que están en las plazas, ni se parece a la de los actos escolares, ni siquiera es tribunera. Pero hoy la tomo como una ofrenda del pueblo chino a nuestro país, sin el protocolo de las embajadas.

Durante veintiún días, cada vez que pasé cerca de mi bandera la miré con cariño. Nunca pensé en sacarla, de ninguna manera. Siento que nos ayudó a ponernos de pie y a caminar.

Esa bandera argentina, que está colgada en la puerta de mi casa, vio pasar cuatro de los cinco goles de Messi en Qatar. Vio las asistencias de Leo, vio el penal de Lautaro Martínez contra Países Bajos y disfrutó de la guapeada de Julián Álvarez contra Croacia. La bandera se mantuvo firme durante todo el partido contra Francia. Y cuando todo parecía desmoronarse, se mantuvo más celeste y blanca que nunca.

Estoy convencido de que esa bandera nos ayudó. Vio por fin cómo el fútbol pagó la deuda que tenía con Messi.

Fuimos campeones y recuperamos una felicidad que pocas veces tuvimos como argentinos. Por unos días, todos festejamos un logro común y nos unimos como nunca antes.

Salí de mi casa con Paula y con mis hijos. Festejamos en familia, con amigos y con desconocidos. El fútbol nos regaló la mejor anécdota para contarle a nuestros nietos, y cuando lo haga, lo voy a hacer con mi bandera en la mano.

LUIS CLIMENTI

*Este cuento forma parte del libro *Todo eso que nos queda*, publicado en 2025.

LO QUE RESPIRAMOS

Como no podía ser de otra manera, fuimos con toda la ilusión, porque el equipo la generaba, porque las condiciones estaban dadas, solo había que ver con qué pie pisábamos Qatar y nos acomodábamos de movida.

Había confianza, arrancaba un EQUIPO, con algunos movimientos de último momento, cambiando piezas por necesidad. Y venía un primer pequeño golpe, algunos chicos fueron baja de la lista oficial para que vinieran otros.

Luego, a pesar de arrancar a toda máquina con un gol temprano y de gritar otros que finalmente no fueron, llegó el baldazo de agua fría. Nos dejó tratando de tomar bocanadas de aire por el espasmo, con algo de desconcierto.

Pero un baldazo de agua fría también te despabila, y ni bien pudimos reaccionar, otra vez sangre caliente circulando por el cuerpo, mente fresca y compromiso asumido, porque nunca le escaparon al compromiso. Asumieron las responsabilidades, se hicieron cargo de la situación y muchos, la gran mayoría, creímos en ellos. Porque los vimos convencidos, con ganas, con fe, con la sangre en

el ojo, con los dientes apretados de bronca y con mucha sed de revancha, aunque pensándolo bien, siempre fue la misma sed de gloria.

Y algunos pocos quisieron hacer leña de un árbol que todavía seguía en pie. Y yo lo primero que pensé, lo primero que me dije, fue lo mismo que escuchaba de los más pequeños, de los niños, de los nenes, de mi hijo y de los pibitos en la entrada del colegio, en la escuelita de fútbol, y ellos solo repetían una y otra vez «si ahora le ganamos a México y después a Polonia, clasificamos primeros por diferencia de gol» y arrancaban a elucubrar un cuadro de cruces a partir de octavos, cuartos, así y así «y llegamos a la final»... El mensaje era ese, tenía que ser ese, no había otra y como ustedes, me aferré a esa FE, a CREER que era posible, que teníamos con qué.

Y el Capitán salió otra vez a dar la cara, una vez más, y dijo «confíen, que este grupo no los va a dejar tirados». ¿Cómo no creerle? ¿Cómo no confiar en él, si motivos sobaban de ejemplo?

Y nos enfilamos todos detrás, seguro que algún distraído se quedó pensando en otra cosa o mirando para otro lado.

Y me permití soñar, como esos pibitos, igual que lo hicieron ustedes.

Y así inspirarme porque además de hinchada, en esos momentos volví a ser aquel nene que jugando a la pelota se llenaba de mitos, de mística, de ilusiones, de placeres, de fantasías épicas.

Y ahí fuimos convencidos, porque a esa altura éramos una masa de energía en movimiento. Nos hicimos sentir

a paso firme, con tremendo coraje y actitud, con mucha personalidad para afrontar cada duelo.

Pasamos la fase de grupos, pisamos fuerte y firme en el cruce mano a mano y ya nos empezaron a mirar de reojo, a respetarnos, porque ahí estábamos plantados yendo al frente, jugando con toda la dignidad, contra todas las complicaciones, pasando momentos muy gratos y algunos otros de mucha zozobra, porque el fútbol es así y no solo hay que merecer, hay que atreverse, hay que bancar, hay que reponerse y saber levantarse de cada golpe, de cada tropiezo, porque la enmienda está en la próxima pelota, la que sigue, porque la gloria no viene sola, hay que ir a buscarla y hacerla propia. Este equipo tuvo todo el fútbol que hacía falta, tuvo los huevos que se necesitaban, tuvo el coraje y el valor para saber aceptar los golpes y aprendió de cada error sobre la marcha; supo sufrir y descargar emociones, supo ponerle el pecho, el CORAZÓN, toda la garra cuando parecía que ya no había piernas ni cabeza que resista y deslumbró como cuando se juega a la pelota en el potrero.

Fue táctico y prolijo, y fue Australia y Holanda y Croacia para pensar que se nos tenía que dar, que estaban todas las condiciones dadas, el juego aceitado, el espíritu en alza, la algarabía y la confianza llena, el recambio a pleno. Y se agigantaron las morales y relucieron las cualidades, y surgió de nuevo el sacrificio y tuvimos a flor de piel todo el tiempo el orgullo nacional.

Y volvió a aparecer Fideo, como señal inequívoca de que tenía que ser. Se entregó y lo dio todo en pos del único

objetivo, porque sabía que había premio por tanto esfuerzo. Solo él sabe todo lo que imploró para llegar y estar hasta donde pudiera. Hasta que el cuerpo le diga basta.

Alguna vez Víctor Hugo dijo que el Pájaro Canigga era el eslabón perdido entre Maradona y el resto.

Ahora Di María es el que une las distancias de ese limbo que existe entre Messi y el resto de los mortales. Y les tiró todo el potrero encima, toda la gambeta junta, todo el firulete y la picardía de un crack desfachatado jugándole un pleno a sus piernas en la final.

¡¡¡Somos Argentina, carajo!!! y acá plantados para llevar la copa nos salimos a comer la cancha en el último duelo. Y nos empachamos de fútbol y en ese bajón de intensidad, lógico y natural por el desgaste, se emparejó un poco, apenas un poco. Y otra vez los cachetazos, «faaaaa pfff».

Y ahí, otra vez esos minutos para volver a sentirnos bien, asimilar la realidad del presente y de nuevo a pedir la pelota, a jugar, a buscar el golpe por golpe. Y de nuevo fuimos más y nos supimos superiores, fuimos a tomar lo que tenía que ser nuestro y lo agarramos fuerte, tan fuerte que se nos resbaló en un nuevo descuido desafortunado.

Pero siempre confíé en ustedes, como muchos, como casi todos, porque no teníamos motivos para pensar en otra cosa. Y cuando todo era quietud, nos vimos casi en un abismo. Durante ese segundo y medio antes de la tapada gigante, enorme, eterna del Dibu, dudé, dudé ese instante en que todos contuvimos el aire al unísono y nos agarramos la cabeza con espanto, cuando nadie volvió a respirar hasta que la sacó con el pie y entonces dije «sí

SEÑOR, es nuestra, no hay forma de que no sea nuestra», incluso dije «ahora lo ganamos en la contra» y esa última de Lautaro que se le volvió a negar... Pero ya la confianza era plena, la fe relucía intacta, solo era cuestión de tiempo, de que ese tiempo a veces mezquino transcurra para volverse eterno.

De nuevo el inmenso arquero que se agranda en las difíciles, que asume el rol cuando cuesta mirar fijo el arco por mucho tiempo, dijo presente, acá estoy para bancarla y tener lo que todo un pueblo quiere y vinimos a buscar, esto es nuestro por derecho, merecimiento y fútbol propio, somos los dueños y de acá la vamos a llevar para Argentina.

Y entonces sí.

Se escuchó el rugido simultáneo de la multitud descontrolada por la consagración.

Toda la adrenalina, la emoción, la carga anímica, la fe, todo aquello que uno lleva arraigado en sus entrañas y ese instante de gloria eterna, ese aluvión de sensaciones recorriendo el cuerpo y los gritos y los saltos y el cuerpo arrodillado de Lionel dejando su huella bendita en el verde césped, suspirando con su alma tranquila, para que el mundo parezca más justo. Y nosotros respiramos con toda la pasión que había que sacar, para entregarnos a la felicidad.

JUAN JOSÉ VAZQUEZ

MUNDIAL DE GIRA

En 2022, después de tres largos años de pandemia, por fin pudimos salir del país. Aprovechando créditos de un viaje fallido de 2020, en noviembre nos tomamos un avión desde Miami, donde vivimos, rumbo a París, para comenzar nuestras vacaciones.

Lo particular de ese viaje fue que, por primera vez, el Mundial se jugaba entre noviembre y diciembre para evitar el calor inaguantable del verano de Qatar. Pero no íbamos a perdérselo. Hasta mi esposa, que jamás mira fútbol, durante ese mes es capaz de saberse de memoria la formación completa de Japón y de mirar de punta a punta un Bélgica-Marruecos. Así que ese año nos tocó vivir, por primera vez, un mundial de gira.

El primer partido, contra Arabia Saudita, lo vimos en la capital francesa. Al llegar a cualquier ciudad, la clave era cotejar el horario del *match* y encontrar un bar o restaurante argentino donde verlo, asegurándonos, en lo posible, de hacer una reserva con anticipación, sabiendo que los lugares estarían repletos de hinchas vibrando con la Selección.

Entre caminatas y búsquedas en Google Maps, logramos reservar un lugar en un restaurante argentino llamado El Sur, que quedaba cerca de nuestro hotel. El partido era a las 11 de la mañana, ideal para desayunar temprano, caminar un rato para descargar los nervios y acomodarnos en las mesas con un choripán o unas papas fritas frente a las pantallas gigantes.

Cuando llegamos al restaurante, se respiraba clima de mundial. Estaban todos vestidos con la celeste y blanca y con las caras pintadas, listos para alentar a la Selección. Con Messi y compañía, la ilusión era total.

Nos habían prometido transmisión en español, pero al llegar, se oyó la voz de un relator francés. Daba un sabor amargo escuchar «Otamendí» o «Magtínez» con acento galo. Pero no teníamos opción: encontrar otro lugar a último momento —y que además pasara el partido en español— era una misión imposible. Nos quedamos y nos bancamos no entender del todo lo que decían los relatores, con tal de poder ver a nuestra Selección jugar el Mundial.

Lo peor de ese día, lógicamente, fue el resultado. Después de un primer tiempo prometedor —con un penal convertido por Messi e incontables goles anulados por posiciones adelantadas milimétricas—, esperábamos más. En el local habían organizado un concurso tipo PRODE: quien acertara el resultado exacto se llevaba una canasta de productos regionales argentinos para degustar. Desde ya, con el triste 2-1 en contra consumado, el premio quedó desierto.

Después del partido teníamos un tour por la ciudad. Lo hicimos como «*walking dead*», con los pies pesados y la frustración estrujándonos el pecho. Así, recorrimos una París majestuosa que contrastaba con nuestra ilusión astillada.

Dejamos París con las mismas ganas de seguir explorando, aunque con una angustia latente: estábamos al borde de la eliminación. Si pasaba lo peor, al menos teníamos el consuelo de afrontarlo viajando por Europa. Tras dos noches en Biarritz, tomamos un tren rumbo a nuestro siguiente destino: Burdeos. Allí nos tocaría ver el siguiente partido. Un doble desafío: encontrar un lugar donde verlo y ganar para seguir con vida. La presión se sentía en el aire.

Por suerte, encontramos un restaurante latino llamado El Chivito, a dos cuadras del hotel. Nos generaba ciertas dudas lo «latino», porque el rival era México. Pero cuando llegamos para cenar nos recibió el anfitrión, que era argentino y, casualmente, se llamaba igual que yo. Eso nos dio confianza para encarar el enfrentamiento con otro ánimo.

Aun así, el público estaba dividido. Algunos alentaban por Argentina, otros por México, y otros eran neutrales, como un grupo de franceses en la mesa de al lado que estaban ahí solo por amor al fútbol. A esa altura, jamás se me habría ocurrido pensar que estaba viendo un mundial en otro país... y que ese mismo país sería nuestro rival en la final.

En general, soy un tipo tranquilo, pero el fútbol me enervoriza de una manera particular. Si tuviera que elegir cuál fue el gol que más grité en ese Mundial, probablemente diría que fue ese, el primero a México. Lo necesitábamos

como el aire. Era el momento más crítico, cuando todo parecía estar perdido. Sin ese gol podíamos quedarnos afuera en primera ronda. Habría sido catastrófico.

Después de más de sesenta minutos de angustia, en los que no lográbamos derribar la férrea defensa del Tricolor, apareció Lionel. Cuando la pelota cruzó la línea y estalló contra la red, inalcanzable para el arquero, todo el restaurante quedó paralizado ante un alarido bestial. Fue el sonido que salió de mi garganta como si me hubieran atravesado el pecho con un puñal. Me quedé sin voz de tanto gritar, mientras el francés de la mesa vecina me miraba con un gesto de felicitación. Claro, no sabía lo que le esperaba...

Luego del 2-0 final, nos sumamos a una pequeña celebración en una plaza llena de argentinos. Muy lejos de casa, el calor de nuestros compatriotas y la pasión compartida fueron un bálsamo después de tanto sufrimiento.

Al día siguiente recorrimos la ciudad con una liviandad que nos llevaba como si camináramos sobre las nubes. Nos quedamos algunos días más en Francia y luego emprendimos el regreso a Miami para ver los siguientes cuatro partidos.

De vuelta en casa, los partidos se mezclaron con el trabajo: a veces dos pantallas en la oficina, otras la tele de fondo en casa.

Los siguientes tres enfrentamientos de Argentina —Polonia, Australia y Países Bajos— tocaron, por suerte, en fines de semana o en días en los que justo me tocaba *home office*. El ambiente ideal: sin el barullo de la oficina ni los

comentarios de mis compañeros, que eran de todos los rincones de Latinoamérica.

Mi esposa me grabó espontáneamente con el celular durante el festejo de los penales contra Países Bajos. Le divertía verme fuera de mí, gritando los goles como un desaforado. Cuando le mostré ese video a mi equipo, ninguno podía creer que su jefe se convirtiera en un ser primitivo y gutural por un partido de fútbol. Pero como dice la canción: aunque se los quisiera explicar, no lo iban a entender.

La mañana del partido de semifinales tenía justo una reunión con mi clienta, una venezolana de ascendencia croata. Llegó con la camiseta a cuadros rojos y blancos, llamándome enemigo desde el principio. Le sonreí y no dije nada, por educación... y por cábala. Cuando me iba, le deseé suerte respetuosamente. Ella no me devolvió la gentileza, y lo pagaría muy caro.

Llegué a la oficina directo y me puse la camiseta de Argentina. Teníamos el brindis de fin de año más tarde, y habían prometido que pasarían el partido en pantalla gigante. Pero ciertos problemas técnicos me hicieron decidirme a verlo tranquilo en mi casa, a pesar de la insistencia de mi equipo, que quería presenciar el show de su jefe convertido en un fanático descontrolado. Agarré mis cosas y me fui, con la promesa de volver para el brindis... dependiendo de cuál fuera el resultado.

El partido terminó siendo un disfrute de principio a fin. Argentina cerró el primer tiempo 2-0 con un fútbol de alto vuelo, y cuando, a mitad del segundo tiempo, Messi hizo esa jugada magistral para el tercer gol —dejando en

ridículo a Gvardiol, el defensor sensación del torneo— grité tanto que tuve que tirarme de rodillas al piso para no desmayarme de la euforia. Mi esposa se asustó, pero enseguida seguí celebrando como si nada.

Volví a la oficina con el pecho hinchado de orgullo y felicidad. Me abracé con la única argentina que había en la agencia y recibí las felicitaciones del resto, que hinchaba más por Messi que por Argentina. Esa tarde brindamos por el fin de año, y yo levanté la copa en alto por la Selección. Y todavía faltaba lo mejor.

Quedaban pocos días para la final y para nuestro broche de oro en este Mundial de gira. En mayo habíamos sacado pasajes con llegada a Buenos Aires el 18/12 a la mañana; llegábamos perfecto para el partido al mediodía.

Entonces, cuando Argentina le ganó a Croacia y pasó a la final, ese viaje a Buenos Aires después de tres años se convirtió en algo más. Ya no era solo el reencuentro con familiares y amigos después de tanto tiempo. Tenía una yapa soñada. Era la posibilidad de ver la final en casa, rodeado de gente querida y, sobre todo, de la pasión única que se respira en el país. El fervor de los hinchas, la locura que se desata en las calles... todo eso que no habíamos vivido hasta ahora, ni en París, ni en Burdeos, ni en Miami.

Eso sí, había un riesgo alto. Si perdíamos la final el mismo día en que llegábamos al país, íbamos a quedar tildados de «mufa» para toda la eternidad. Pero era un escollo que había que pasar. Al fin y al cabo, el que no arriesga no gana.

El avión en el que viajamos iba lleno de compatriotas, vestidos con camisetas y con un orgullo que se notaba en

cada gesto. Los argentinos animábamos el vuelo al ritmo de «Muchaaaachos», para diversión y asombro de los demás pasajeros.

Poder vivir la final del mundo rodeado de mi familia, en mi Buenos Aires natal, le dio un toque especial. Después de ver los primeros partidos a miles de kilómetros de distancia, no había nada como esa sensación de estar en casa, compartiendo esa pasión descontrolada con 45 millones de personas que atestaban las ciudades, los bares y las casas, llenas de ilusión.

Después del fútbol puro de la Selección durante 80 minutos, 2-0 arriba, llegó el momento del sufrimiento. Porque ser argentino es saber sufrir, es estar acostumbrado a que las cosas cuesten.

Ese 2-2 fatal, faltando tan poco, fue como una estaca en el medio del pecho, que se acentuó aún más cuando, en el tiempo suplementario, pasamos del 3-2 al 3-3 en cuestión de minutos.

Pero el destino tenía otros planes para nosotros. La atajada del Dibu Martínez a Kolo Muani sobre la hora fue el emblema de lo que estaba por venir. Al igual que el resto de los argentinos, sufrí con cada penal, con cada gol, con cada nueva atajada del Dibu.

Cuando Montiel metió su penal, la euforia me desbordó: grité, lloré y me abracé con todos a la vez. Afuera, los bocinazos y alaridos del barrio completaron la escena con ese color bien argento que tanto había anhelado.

Al rato salimos a la calle a festejar, como en cada rincón de la ciudad. Hombres, mujeres, niños, todos como uno

más, abrazados a desconocidos, cantando y celebrando como nunca, unidos por la pasión.

Después de más de veinte mil kilómetros, estaba de vuelta en casa. Después de tres largos años, no podía pedir un mejor cierre. Ahí me dije: «Por esto volví. Para verlo acá, con mi gente». Y por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba exactamente donde tenía que estar.

MATÍAS GAGLIARDONE

SABER SUFRIR

Soy Pablo, tengo 42 años y un vago recuerdo de que cuando era chico salimos a festejar el título del '86 en el Peugeot de mi viejo a bocinazo limpio. Soy el mismo que en la eliminación del 2006 tuvo un pico de presión y en el 2009 gritó desaforado el gol de Palermo a Perú en la casa no futbolera de la que era mi novia, asustando a todos. Pero el tiempo fue templando mi ánimo. Tuve un hijo y este es el primer Mundial en el que entiende, tiene 7 años.

Estamos en Villa Gesell, el partido es temprano. Me levanto sin hacer lío para ver el debut sin despertar a mi familia. Contra Arabia, llegamos invictos y con temor: por los nervios y por la posibilidad de hacer una gimnasiada. ¿Qué es? Hacer la fiesta, tener todo a favor y perder contra toda posibilidad. Mastiqué amargamente cada gol anulado, sin poder creer la intervención del VAR. Hicimos la gimnasiada y ese mismo domingo volvimos para La Plata en el Gol, qué ironía, pero yo conducía un coche fúnebre. Vanesa y Dante se reían de mi cara y yo pensaba en Japón,

en esa primera ronda que nos dejó afuera de madrugada. Sintiendo que cada mundial que pasa es una oportunidad menos. Porque era ese. Tenía que ser. Porque el Diego estaba tocando todos los botones allá arriba. Porque desde que se fue el Diego, Lionel tenía otra aura. El peso de la mítica 10 ya no era tal.

Ya se nos escapó en 2014, cuando la sentíamos nuestra, justo en la casa de Brasil y después de la goleada de Alemania, y ahora...

Ahora México. El sufrimiento seguía contenido, como si todos estuviéramos aguantando la respiración. Fue él, y no otro —no podía ser otro— quien destrabó los testículos de las gargantas de millones de argentinos. Ese que tildaban de español, que criticaban porque en Barcelona sí y acá no. Ese que se bancó todas. Que nunca cargó a nadie, que nunca abusó de los lujos, aunque hubiera podido.

La pasé bastante mal hasta ese gol, pero sentía otra templanza. Había escuchado a Lio decir que había que confiar. Y si el capitán dice que hay que confiar, yo hago caso y se acabó.

Y ahora les vamos a meter dieciocho a los polacos para que Lewandowski entienda quién se merecía el balón de oro en 2020. Y que le devuelva la camiseta que Laporta le robó. Sorete: usaste a Lionel para volver al poder y lo descartaste. Nomás por eso ojalá nunca ganen la Champions con vos en el club. Con toda esa bronca, lo miré con mucha tranquilidad. No se podía escapar.

Pasamos a octavos de final y tocó Australia, ¿qué fuerza nos pueden hacer? Bueno, al final terminamos sufriendo y

en la última Dibu puso la mano salvadora. Había mística. Sabíamos sufrir.

Todos los equipos que salen campeón saben sufrir. El partido de Lionel con 34 pirulos fue impresionante. Si no le mirás el DNI, podrías decir que tenía 25.

Tocó Holanda: Ho-lan-da. Nunca van a ser Países Bajos. El técnico era Van Gaal, ese que había echado a Riquelme del Barcelona y al Fideo en el Manchester. Y encima el muy bocón dijo que Messi no marcaba. ¿Tan antifútbol podés ser? Después Lionel le hizo el Topo Gigio. ¡Obvio, papá! Aprendé a callarte. El pelotazo de Paredes y la banca de Molina. Los dientes apretados y Weghorst y un empa-te que parecía mentira. Me saqué, ahí sí, golpeé la mesa. Los demás partidos del Mundial los iba a ver solo por calentón. Y los penales... y el Dibu de nuevo. ¿De dónde sacamos a este monstruo?

Ya en el post partido aparece de nuevo Weghorst. ¿Qué querés? Anda p' allá bobo. Messi modo Diego inmortal. La épica se gestaba. Se notaba en la piel.

Apareció Croacia. Metía miedo. Tenía a un Modric en modo viejito piola que preocupaba. Tenía algunos buenos jugadores. Y la agarra Alvarez y encara como un tren, los pasa por arriba a todos y a llorar al campito. Y para lo último, Lio que saca a pasear a Gvardiol para regalarle el segundo a Julian. Las musas nos sonríen.

Y llegó el día de la final. Esta vez me sentía mucho más sereno. Mi mujer en la pieza con el nene y yo solo con el fantasma de la final de 1990 y la de 2014 atragantadas en el recuerdo pero vigente.

Empezó como un sueño y de repente ese hijo de puta de Mbappé. Cada empate era un nuevo puñal. No miro más fútbol, pensé. Qué deporte injusto, cruel, hermoso. Y ahí va el pelotazo y Otamendi que erra (dios mío, de River tenías que ser) y Kolo Muani y la puta madre. Y Dibu. Otra vez ese desquiciado hermoso que no pasa un psicotécnico, sacándole el lugar al Goyco en mi corazón.

Y por las dudas, los penales. ¿A quién le habría hecho yo tanto mal? Y ahí está el Dibu. Sabiendo que la historia lo espera. Sabiendo que era ese día y no otro. El día que con Lionel iban a escribir la historia más linda de una carrera. Una carrera que empezó en Rosario, se mudó a Barcelona y se cerró en Qatar.

Cuando terminó el partido sentía la paz del agotamiento, no había sufrido tanto como en otros partidos. Después de abrazarla, le dije a mi mujer: ¿viste? ¡No grité tanto! Y ella respondió: claro, porque te drogué.

PABLO CIANCIOSI

TRES ESTRELLAS

El día que salimos Campeones del Mundo en Qatar, yo lo sabía de antemano. Un año antes... Sin embargo, no festejé como imaginaba.

No miento ni alardeo. Nunca predije nada, pero cuando ganamos la Copa América en Brasil (esa sí que no la esperaba) se me puso que el campeón del mundo iba a estar entre Argentina y Brasil. Italia había salido campeón en Europa al mismo tiempo y los tanos jugaban horrible. Después, cuando ni siquiera clasificaron para el Mundial y veía jugar al resto de los europeos, la cosa estaba cada vez más clara. Con Brasil en un nivel bajísimo ya en la Copa del Mundo, lo fui confirmando día a día.

Soy de los afortunados que vivió las tres estrellas. En el '78 con 9 años lo vi en Nueve de Julio, en la casa de mi abuelo (ya de grande, el doble de San Martín, con las mismas canas y la misma cara), en esos televisores que para cambiar de canal (ATC, Canal 11, Canal 9) te parabas para usar la botonera gigante al costado, a la derecha. El campeonato se festejó como todo primer título del mundo,

olvidando el contexto del momento. En el '86, terminando la secundaria y con algunos partidos proyectados en el Cine Rossini colmado, los festejos duraron hasta pasada la madrugada. En el 2022 teníamos la cábala en lo de Vero, con Carmen, Jero, Juli, Manu y el tío Pato. En la final, con asado incluido, todos en los mismos lugares del sillón, cada cual con su trago de siempre y el helado con exactamente los mismos gustos. No faltó nada. Y me faltaba algo.

Respiro fútbol desde que tengo uso de razón. Hincha de Once Tigres, junto con Atlético 9 de Julio y un tercero más que se va turnando, siempre está en el podio del fútbol nuevejuliense.

Ir a la cancha todos los domingos fue mi rutina desde muy chico. Si jugábamos de local, nos levantábamos temprano para viajar a las ciudades vecinas a buscar algún jugador, y luego del almuerzo (a veces en casa, a veces en la sede) de vuelta a llevarlo. Mi viejo formó parte de la Comisión Directiva durante mucho tiempo, yo lo acompañaba en todo.

Conocía muy bien cada espacio de la cancha de Mitre al fondo: el alambrado olímpico (de los primeros de la ciudad) los baños y vestuarios ubicados debajo de la tribuna de cemento chiquita; el olor a aceite verde del precalentamiento subiendo por las escaleras. Casi era mi segundo hogar, hasta hubo familia en Primera División. El equipo salía de memoria: el Bocha Zapattiello en el arco, Raúl Rivas de 2, de 5 Colila Martinez, Daniel Quintana de 9, todos jugadorazos. Cualquiera podría jugar hoy en

alguno de los grandes como Boca, River, Independiente, pero aquellas eran otras épocas.

También jugué al fútbol, era del montón. Hice cualquier deporte que tuviera una pelota: basquet, voley, rugby. El fútbol primero y todo lo que vino después se lo debo a mi viejo, con quien no tuve una relación padre-hijo lo que se dice «normal». Él hizo lo que pudo, también yo. Me tuvo y crió de grande, estaba mucho tiempo fuera, casi toda su vida fue viajante. Y yo, cuando no estaba entrenando, seguro que no estaba en mi casa. En Nueve de Julio, en esos años, si tenías una bici eras libre de estar en cualquier punta de la ciudad, volvías solo para comer y dormir.

«¿Precisás plata para salir?» y «¿A qué hora juega Independiente?», dos de las pocas frases con las que nos comunicábamos. Pero me dio la pasión por el fútbol, por Once Tigres y por Independiente. Ya de grandes, coincidimos en Avellaneda (él vino desde Nueve de Julio, yo ya estudiaba en La Plata) para ver el campeonato del '94 en la Doble Visera, 4 a 1 a Huracán. Única vez que fuimos a verlo juntos, luego de años de escucharlo por la radio en los relatos de Muñoz y la época dorada de Bochini, Tros-sero, Barberón y tantos otros.

Cuando Montiel metió el último penal, me sentí el Peta-co Galdos. Estábamos en el último año de la secundaria y mientras Bilardo perdía amistosos por India y África dando lástima, el tipo me cantó lo impensado en ese momento: —¿Y? ¿Cómo ves este Mundial? Para atrás, ¿no? —pregunté. —Salimos campeones —me dijo. Pensé que se le había aflojado algún tornillo.

Hoy, con el diario del lunes, sabiendo que el Diego logra su mejor nivel en México, con el doble gol a los ingleses, resulta más lógico. Fue un visionario en ese momento. Y así me sentía yo, mientras el Dibu tirado en el pasto recibía el abrazo de desahogo de Messi. Así como lo fue ElManuel (todo junto, en una mezcla entre Emanuel y El Manuel, como le pusimos) allá por los 90 cuando veíamos jugar al Bati y meter goles en Ñuls, aunque tenía los pies redondos, y nos vaticinó:

—Este va a ser el 9 de la Selección dentro de poco.

Visionario o no —es lo de menos— mientras todos alrededor saltaban, gritaban, se abrazaban y lloraban de la emoción, yo me quedé sentado en el sillón y me vi pasados los 50, ya sin él desde hacía varios años, dándome cuenta en ese mismo instante de todo lo que tuvimos y lo poco que lo valoré.

Tal vez comencé a hacer el duelo de grande, muchos años después. Una cosa inexplicable. Tanto como haber festejado tímidamente la tercera Copa Mundial de Fútbol, después de casi cuarenta años de espera, nada menos, en un país donde casi, casi todo, pasa por este bendito deporte.

CARLOS MAS

TRINCHERA DE VICTORIAS

En las semanas previas al Mundial, mi casa tuvo su propio campeonato: elegir un sillón nuevo, lo cual no es poca cosa. En mi familia, el sillón no es un mueble; es un testigo. Está ahí cuando se discute de política, cuando se come algo rápido y no hay ganas de usar la mesa grande, o cuando se duerme la siesta con el control remoto todavía en la mano. Y, cada cuatro años, se convierte en una tribuna con ventana a la sede de una nueva copa. El viejo tenía la tela vencida en los apoyabrazos y una inclinación peligrosa hacia la derecha. Y en una de esas, como quien sufre de un tirón profundo después de una jugada arriesgada, el sofá marrón de dos cuerpos pedía un cambio.

Considerando que desde la obtención de ese sillón fuimos mutando a «familia tipo», la elección del reemplazo fue un poco obsesiva, casi como si de eso dependiera el destino de la Selección Argentina. Reposabrazos anchos, espacio suficiente para estirarse, una tela fácil de limpiar y, lo más importante, esa promesa silenciosa de que los goles

se gritan mejor cuando la densidad de la espuma absorbe todo el impacto. La idea era ver los partidos cómodamente, los cuatro juntos: mi marido, mis dos hijos y yo, en una especie de santuario hogareño dedicado al fútbol, donde la devoción se practica con yerba mate, bizcochitos y la pierna de alguien encima.

Pero como suele pasar con las mejores ideas, la realidad se me rió en la cara. Justo antes del debut contra Arabia Saudita, tuve que viajar por trabajo. Y no a un lugar exótico, inspirador, con vistas al mar o a las montañas. No. A un monoambiente en Almagro, a 500 kilómetros de casa, donde lo único panorámico era la cúpula descascarada de una iglesia.

A las seis de la mañana ya estaba enchufando la compu a la televisión con un cable HDMI para arrancar la previa. Preparé el mate y miré a mi alrededor. Tenía dos opciones: cama o silla. Me senté en la punta de la cama y, por primera vez, vi un partido inaugural del mundial sin mi familia. Ni el mate sabía igual. La yerba no tenía el gustito de siempre y el agua se enfriaba rápido, como si hasta la pava sintiera que no valía pena el esfuerzo.

Y entonces apareció el verdadero antagonista de la historia: el vecino. Un hombre al que no conocí ni conoceré pero cuya presencia quedó tatuada en mis nervios. Su transmisión iba unos segundos adelantada a la mía. Pocos segundos. La distancia justa para arruinar cualquier suspenso. Él gritaba el gol —o el casi gol— y yo, del otro lado del pasillo, ya sabía lo que venía. No era *spoiler*: era tortura en tiempo real.

En medio de los alaridos y mi incomodidad moviéndose de la cama a la silla y de la silla otra vez a la cama, pensé en el sofá. En ese sillón que habíamos comprado como quien invierte en una póliza de seguros contra las derrotas emocionales. Lo imaginé ocupando su lugar en el living, con mi marido acomodado en una punta, mi hijo de 11 años cambiando de posición cada dos minutos y mi hija de 4 trepada como si fuera un castillo inflable. Ellos juntos, yo sola. La injusticia no estaba en el VAR, estaba en la geografía.

A los veinte minutos del segundo tiempo, decidí llamar. —¿Y... es cómodo? —pregunté.

Del otro lado, dudaron antes de contestar.

—Mmm, está bien. Decente.

El tono era raro: o mentían para que no me sienta mal o el sillón no era la experiencia sensorial que yo había previsto.

Mientras tanto la Selección perdía algo más que el partido. Perdía la mística, la calma, la narrativa que habíamos imaginado para ese Mundial. En los relatos deportivos siempre hablan de cómo el fútbol se vive distinto en cada lugar. Y debo decir que es cierto. Eso sí, pocos cuentan lo difícil que es verlo lejos de tu gente.

El pitido final llegó acompañado de un silencio agudo. Ni siquiera el vecino gritó. Supongo que a él tampoco le alcanzó su ventaja de segundos para procesar lo que había pasado. Apagué la tele, desconecté la *notebook*, miré la silla incómoda y pensé que ese Mundial había empezado con la peor combinación posible: una derrota y un lugar vacío en el sillón.

Claro que la historia no terminó ahí. La Selección se recompuso, yo volví a casa y el sofá se volvió trinchera de victorias. Pero ese debut quedó grabado, no por el rectángulo marcando 1-2 en la esquina superior izquierda de la pantalla, sino por la certeza de que el confort es colectivo: sin las piernas de tu hija encima, los chistes malos de tu hijo y las discusiones con tu marido sobre si el técnico hizo bien o no, un sillón no es un sillón. Es apenas un mueble caro en el lugar equivocado, con un vecino gritándole el futuro antes de que llegue.

DEBORA J. ARCE SPOSITO

TROQUELABLE

En la vida hay gente que va en el medio de la foto y gente troquelable. Los del medio son el círculo rojo del amor. Los troquelables son los que se tienen que parar en los bordes de las fotos por si mañana no están y hay que recortarlos.

Ese Mundial nos tocó verlo con quien hoy llamamos «el difunto»; que no es que se haya muerto, pero para nosotros sí. El difunto era el novio de mi amiga Margarita, vitalicia de mi círculo rojo, desde siempre. Y por diciembre del 2022 aún eran pareja. No sé si él nos caía bien o mal, pero novio de amiga no se cuestiona. Por lo menos no hasta que ella lo empiece a cuestionar, a pesar de sus tan cuestionables zapatos puntudos color azul que llevaba puestos el día que lo conocimos.

Arrancó el Mundial y el primer partido lo vimos nosotros tres y el difunto. Así empezó y así tenía que terminar, digo: por cábala. Primer partido, ya sabemos, lo perdimos. ¡Mierda! Esto arrancó jodido. Cambiamos de casa a partir del segundo y la cosa fue mejorando. Pero algo había que

nos estaba molestando. El difunto, que de fútbol sabía exactamente nada, cantaba el gol antes de que fuera gol. Y eso, mi amigo, eso en el ambiente futbolero es la peor anticábala que existe. Eso no se hace. Debimos haberlo sospechado cada vez que se adelantaba a comer el helado antes de que los demás ni siquiera hubiésemos agarrado la cucharita. Pero bueno, tampoco somos tan jodidos.

Partido tras partido, el difunto seguía haciendo lo mismo. Nosotros tres nos mirábamos. Así llegamos a la final. Nosotros en silencio. Ya sabemos. Penales. Ahí va Montiel a patear el de la gloria. Los tres lo miramos al difunto. No había nada que decir. Él nos miró, se levantó, nos volvió a mirar, se fue a la vereda. Esperó ahí.

Montiel hizo ese gol inolvidable. Nosotros lo gritamos cuando estuvimos seguros de que éramos campeones. Y después lloramos abrazados. El difunto entró. Saltó un rato con nosotros. No se le cayó una lágrima al hijo de puta. ¿Podés creer?

Por suerte, al mes, lo troquelamos de todas las fotos de ese día. Mi amiga Margarita entendió que por ahí no era. Y yo pienso: ¿para qué querés, Margarita, un novio que cante los goles antes de tiempo? *Red Flag*, amiga. *Red Flag*.

CHIQUI DI PAOLO

UN CATALÁN CELEBRANDO EL MUNDIAL DE MESSI

No soy el único catalán que celebró que Argentina ganara la Copa Mundial de Fútbol de 2022. Yo quería que ganara la selección Española, comandada por un gran ídolo como Luis Enrique, pero la tanda de penaltis contra Marruecos impidió el objetivo.

No niego que me enfadé tras esos funestos penaltis, pero algo dentro de mí me decía que el Mundial aún me podía dar una alegría.

Lionel Andrés Messi Cuccittini no necesitaba ganar ese título para que cualquier persona que entendiera mínimamente de fútbol pudiera afirmar que ha sido —hasta el momento, y dudo que le destronen jamás— el mejor futbolista del siglo y —voy a ser prudente porque la mayoría de lectores seréis argentinos— uno de los dos mejores futbolistas de la historia.

Mi vínculo con los futbolistas argentinos empieza el verano de 2001, con el fichaje del «Conejo» Saviola: mi gran ídolo de infancia. Aun así, mi corta edad, la no-convocatoria de Saviola y el pobre mundial de la Albiceleste hace que

no tenga recuerdos vívidos de los partidos de Argentina en Corea del Sur-Japón 2002. De esa Copa del Mundo sí que recuerdo vivir el tongo de España ante los coanfitriones, así como algunos partidos imborrables de esa Canarinha que enamoraba a cualquiera.

La tanda de penaltis con que Alemania echó a Argentina en 2006 también la recuerdo: con auriculares en el metro de Barcelona, volviendo del médico junto a mi madre, y lanzando algún que otro improperio con las diferentes suertes en las penas máximas. Caer en un mundial, dejando a Aimar, Saviola y ¡¡¡Messi!!! sin disputar ni un minuto de esos cuartos, y sustituyendo a Riquelme a las primeras de cambio, es lo mínimo que podía merecer el entrenador.

En 2010, otra vez ante Alemania, aunque esta vez no lo vi. Estábamos en Montornès, en la piscina de Fran (aprovechen para escuchar la música de Zesc), cuando alguien, soy incapaz de recordar quién, nos informó de la tremenda debacle: 0-4.

Ese día habíamos pedido pizzas para ver el partido España-Paraguay, y sentimos un gran apuro por ese abultado resultado:

—Si a Messi y compañía les han metido cuatro, ¿cuántos nos meterán los alemanes a nosotros si ganamos a Paraguay?

La final de 2014 me dolió. Pero *me'n faig creus* (o es difícilmente creíble) que ese plantel llegara a la final de un mundial. A duras penas podías sacar un once entero de futbolistas de primerísima línea y, a pesar de todo, estuvieron a muy poquito de colgarse la tercera estrellita.

Con esa plantilla, el subcampeonato era un éxito rotundo. Desgraciadamente, vinieron dos años más seguidos de subcampeonatos en Copa América. Luego llegó la renuncia de Messi a la Selección, su vuelta para ir a Rusia 2018 sin demasiada fortuna y otra Copa América llevándose un metal para casa que no era de oro.

Todo lo que vino después fue dorado, hasta la más absoluta de las consagraciones, el 18 de diciembre de 2022.

Argentina empezó el Mundial de la peor manera, derrotada ante la cenicienta del grupo, Arabia Saudita, por 1 a 2. A pesar de quintuplicar las ocasiones de los saudíes, ¿se atrevería la prensa de su país a matar a Leo como de costumbre?

En 2009, apenas catorce meses después de que Messi les regalara el oro olímpico, algunos periodistas de allá osaban menospreciarle: «Nada nuevo, Messi defraudó»; «es el peor jugador de Argentina»; «Messi volvió a ser el intrascendente de siempre en la Selección».

¡Ojo! Esto sucedía solo cuatro meses después de que el Barça ganara su primer triplete —y dos meses antes del sextete—, en una de las mejores temporadas de la historia de cualquier club de fútbol. Tan solo cuatro meses después de ganarle una final de la Champions a un todopoderoso Manchester United entrenado por Ferguson y liderado por Cristiano Ronaldo. Tan solo cuatro meses después de que decidiéramos, junto a Carlos, Ivette y Jose, ir al Camp Nou a celebrar ese tremendo hito, en una noche inolvidable en la que el islandés Eidur Gudjohnsen nos abrazó y en la que un ebrio Lionel, con barretina incluida, provocaba orgasmos infinitos en la ciudad con su ya

celebérrimo «¿Querían las tres? ¡Acá están las tres! Y el año que viene vamos a seguir y vamos a ganar todo, vamos a festejar todo otra vez. Muchas gracias por todo. ¡Visca el Barça i visca Catalunya!».

Estaban menospreciando al señor que mejor sabía jugar a este gran juego llamado fútbol. ¡Incomprensible!

Argentina metió dos goles tanto a México como a Polonia y clasificó para unos octavos de final donde esperaba Australia. 2-1 y a cuartos. Leo había marcado en casi todos los partidos; solo el polaco Wojciech Szczęsny evitaba por el momento su pleno goleador, tras atajarle una pena máxima.

En verano de 2018, cuando Leo ya acumulaba más de una treintena de títulos colectivos y una infinidad de individuales —como cinco balones y botas de oro—, después de haberse hartado del maltrato constante recibido por no pocos periodistas y aficionados de su tierra, pero después de haberse desdicho de su renuncia a la Selección, la prensa no cejaba en su empeño de destrozarle: «El tiempo me va dando la razón, Messi es un buen futbolista con la Argentina, nada más», «Messi agachó otra vez la cabeza», «Messi nunca le hizo ganar partidos importantes a la Selección Argentina», «Alguna vez renunciaste a la Selección; no vendría mal que lo pienses otra vez», «Messi para mí no tiene que jugar más en la Selección».

¿Qué pensarían todos estos ignorantes del deporte cuando su selección a la que deseaban hundida —me recuerda a la prensa española, madridista, en la etapa de Luis Enrique al mando— pasaba a semis ante una Oranje

que puso la faena tremendamente complicada? ¿Celebrarían la salida de tono de Leo en el túnel de vestuarios o le criticarían por excederse, una sola vez, como cualquiera de ellos hacía a diario?

La victoria ante Croacia fue incontestable y ya solo quedaba por delante una nueva final. Maradona también había llegado a dos finales del mundo y solo pudo ganar una. ¿Le igualaría o superaría en esto, como en casi cualquier otro registro existente?

La vimos en casa junto a Javi y Maria. Géssica preparó comida paraguaya. Javi vistió la camiseta del Mundial de Estados Unidos y colgó la 30 de Messi del Barça 2006, argentinizando un salón que tiene trazas guaraníes. Después del asado, supongo que acompañado de chipa guazú, *chicharó hu'itî* y algunas empanadas, empezamos a cebarnos mate en un termo adornado de ñandutí. Lo hacíamos nerviosos como si fuera el Barça quien disputaba la final. Y gritando como si realmente Messi, por partida doble, y Di María lucieran la camiseta culé.

A cada gol de Mbappé, sin embargo, nuestro enojo acrecentaba pensando en cómo la central lechera estaría llorando de alegría por ver a su futuro delantero —aún tardó años en serlo— intentando frustrar el gran título de Lio.

Hacía solo un año y cuatro meses que había estado con Géssica en el *pantà* de Sau viendo desde el móvil, emocionado —no niego que dejando deslizar alguna lagrimilla entre los párpados—, la despedida de Messi de Can Barça. Ya no era nuestro jugador. Era consciente de ello. No tenía por qué desear que un futbolista del Paris

Saint-Germain ganara un título con su selección. Era lógico preferir a Dembélé y Koundé que a un exfutbolista del club. Pero Messi siempre había sido nuestro. Y lo seguíamos sintiendo nuestro.

Durante la tanda de penaltis, pensé en todo por lo que Leo había pasado con su selección. Cuando Montiel tuvo el definitivo *match-ball*, empecé a sentir lástima por tantos argentinos que no supieron disfrutar del talento de Messi durante más de quince años. Lástima y resignación. ¿De verdad todas esas personas que estaban a punto de celebrar el título mundial merecían dicha felicidad deportiva? ¿De verdad todos ellos habían estado del lado de Messi, del lado de la verdad futbolística? ¿O algunos de ellos se habían embarrado la lengua para decirle a Leo que «le faltan huevos», como si los testículos fueran parte importante de este juego? ¿O para criticarle por no sentir la camiseta o no cantar el himno, como si el patriotismo fuera una habilidad que te ayuda a esquivar rivales y marcar goles?

Ojalá que vosotros, lectores de esta antología, hayáis tenido la inteligencia de disfrutar del mejor futbolista desde sus inicios, y no solo cuando ha habido triunfos de por medio. Ojalá que cuando Thiago le preguntaba «¿por qué te matan en Argentina, papi?» no se refiriera a ti.

Yo, como catalán y barcelonista, he sabido gozar de su fútbol desde su debut en otoño de 2003. Y aunque solo sea por agradecimiento, deseé con toda mi alma que Messi —y no tanto Argentina— venciera en aquella final.

SERGIO CARRILLO RODRÍGUEZ

UN MUNDIAL QUE ATRAVESÓ TRES GENERACIONES

Mi primer recuerdo de un mundial fue el de Italia 90. Tenía nueve años y recién empezaba a entender ese sentimiento que genera el fútbol. Cuando nos juntábamos con mis familiares a ver un partido de la Selección, todos venían con esa felicidad de haber obtenido la última Copa del Mundo en México. Yo no vivía esa vitalidad y tenía la necesidad de sentir de esa forma. Por eso el del '90 fue ese gran Mundial para mí.

Siempre veía los partidos de la Selección con mi papá. En ese momento teníamos una secuencia de cábalas y costumbres que no se podían romper. Nos vestíamos con algo celeste y blanco, nos sentábamos en el mismo lugar, lo veíamos únicamente en mi casa y casi siempre con las mismas personas.

Me acuerdo que el debut contra Camerún no lo vi. Ese día tenía que jugar en el club y volví a la noche. Mi papá siempre fue una persona de pocas palabras, su manera de expresarse era con acciones. Por eso, cada vez que decía algo, era importante para mí. Ese día perdimos y mi papá

no lo entendía. Cómo iba a perder Argentina con un país africano. Balbuceaba y se quejaba por lo bajo. Lo único que logré entender con claridad, entre tanta bronca que emanaba, fue: «El próximo partido lo vemos en casa».

Así fueron pasando los siguientes partidos del Mundial: la Unión Soviética, Rumania, Brasil, Yugoslavia e Italia. Todo venía bien hasta que llegó la final contra esa potente Alemania. Argentina llegó como pudo, entre jugadores lesionados y suspendidos, pero con la esperanza de que se vuelva a iluminar nuestro Diez. El partido se dio siempre para que perdiéramos, pero lo aguantamos, hasta que ese referí mexicano cobró un penal inexistente. «Cómo nos cagaron los alemanes», dijo mi viejo por lo bajo.

Después de ese Mundial vi cómo se apagaba la alegría y las esperanzas de volver a conseguir un título. Quedábamos eliminados muy temprano y sentía que la pasión que tenía mi papá se iba apagando.

Cuando llegó el Mundial de Brasil en 2014, la cosa había cambiado. No me refiero a lo futbolístico, teníamos un muy buen equipo, sino a que algo había cambiado en el seno familiar. Había nacido Enzo a fines del año anterior. Es mi primer hijo, primer nieto, primer todo. Mi papá repetía: «Enzo vino con un pan bajo el brazo, este año vamos a tener una gran alegría gracias a él».

Los partidos los volvimos a ver con otra esperanza y los resultados se fueron dando. Luego de mucho tiempo volvimos a creer que se podía ser campeón del mundo otra vez.

Para ese tiempo yo ya no vivía con mis papás, pero la cábala era ver los partidos en mi casa. Así que vimos todos

los partidos de ese Mundial en mi departamento, solos con mi pareja y mi hijo.

Llegamos a la final, y se nos ocurrió invitar a unos amigos. La hora era perfecta y después podríamos salir a festejar. Por eso me convencieron.

Cuando Higuaín hizo el gol en el primer tiempo, todos saltamos y gritamos eufóricamente. En ese momento, Enzo, que estaba durmiendo en la cuna, se despertó llorando a los gritos. Pensé que era un mal augurio. Y lo fue. Gol anulado. Partido empatado. Alargue. Gol de Alemania. Otra final perdida.

Al otro día vino mi papá a mi casa, nos pusimos a hablar de la final perdida y lo cerca que estuvimos de ganar ese partido. Nos quejamos de esa salida del arquero que pudo haber sido penal para Argentina, y yo le dije que me hubiese gustado muchísimo que Enzo nos trajera esa Copa. Mi papá me miró y me dijo a modo de reflexión: «Si salíamos campeones, Enzo no iba a recordar el Mundial, como te pasó a vos en el '86. Capaz hay que esperar un poco más para que festeje».

Pasaron dos mundiales y volvimos a llegar a una final, ahora en Qatar. Yo no tenía ganas de pensar en cábalas. Para este Mundial me propuse no respetar ninguna regla. Iba a ver los partidos en el lugar que tocara y, si podía, los vería en lugares distintos. El primero fue en mi casa, solo; el segundo, en la casa de un amigo; el tercero, de vacaciones en la costa; octavos, en la fiesta de casamiento de mi prima; cuartos, con otros amigos; y la semifinal, en el trabajo.

Habíamos llegado a la final y ese día nos juntamos con mi familia. Mi cábala de no cumplir con cábalas venía funcionando, pero no me quería emocionar todavía.

El partido se dio como se habían dado los anteriores en todo el Mundial: jugando bien y sufriendo. Cuando metimos el último penal, todos saltamos de felicidad. Nos abrazamos, gritamos, cantamos, lloramos. Vi la emoción con que lo estaba viviendo mi hijo a sus 9 años. Vi las lágrimas de mi mamá que le corrían por la mejilla. Vi la alegría que rebalsaba de mi hermana, mi cuñado, mi sobrino.

Me di vuelta buscando esas palabras sabias y ese abrazo que me faltaba. Necesitaba encontrar la felicidad en la cara de mi viejo. Pero eso no podía pasar. Mi papá había fallecido en marzo de ese año. Un cáncer rapidísimo que no le dio tiempo para enfrentarlo. Esa final tuvo una mezcla de felicidad y de tristeza. Mi viejo se merecía ver campeona a su Selección antes de irse. Estoy seguro de que su partida nos dio una mano para que podamos festejar una vez más.

NORBERTO LANESE

UNA BANDERA GIGANTE CON LA CARA DE MARADONA

Cuando Montiel hizo el último penal, pensé que había terminado el sufrimiento. Pero no, todavía faltaba lo peor.

Difícil que un cuerpo soporte tantas emociones en un día. Y eso que la noche anterior a la final no tuve insomnio como muchos otros. Igual, hace cinco años que no duermo bien por asuntos de pañales y mamaderas. Mi hijo mayor se llama Vicente. Mi segundo hijo se llama Dante y nació dos meses antes del Mundial. Desde antes del primer embarazo que Laura me pide dejar de fumar. Pero el vicio es más fuerte. Probé de todo: pastillas, parches de nicotina, acupuntura y nada funcionó.

En la mañana del primer partido, contra Arabia, me desperté de madrugada porque Dante tenía cólicos y me desvelé. Vi toda la previa en pijama desde el sillón. Después de la derrota, Dante se durmió y yo salí a fumar con el alma por el piso. Casi me bajé el atado entero. Un clima de velorio cubría las calles y las caras de las personas. Por suerte, pasaron los días y los partidos y no perdimos más.

Aunque sufrimos y fumé bastante en el recorrido. Sobre todo, en ese desenlace terrible contra Holanda.

No hay finales fáciles, me dijo un profesor de la facultad después de bocharme. Ese domingo recordé esa frase. La tensión alcanzaba su grado máximo. Casi como la temperatura del diciembre argentino. Para no deshidratarme, me bajé algunas latas de cerveza bien fría. Los días previos a la final, en los grupos de amigos hacíamos estrategias de cómo frenar a Mbappé. La opción más votada fue la de uno que propuso darle un planchazo en las bolas en la primera jugada. Nos hubiese venido bien porque esa tarde el francés nos clavó tres pepas. Después del empate de Francia y de la atajada increíble del Dibu, me arrodillé (o me dejé caer vencido por la angustia, no sé) y le rogué al Diego que nos ayude, que termine el partido porque no podía sufrir más. Confieso que le pedí que nos lleve a los penales, donde teníamos más chances por nuestro arquero.

Terminó el alargue, tomé un trago de cerveza y me fui al patio a fumar. Vicente estaba trepado al ciruelo, tenía una gorra de Spiderman y la camiseta suplente de Argentina que yo le había regalado, con el diez en la espalda. No se la quería sacar ni para meterse a la pileta. Saltó del árbol, pateó la pelota y se acercó.

—Papá, vamos a jugar un partidito.

—Pará mi amor, no me siento bien, necesito descansar un poco —dije secándome la transpiración de la frente con la casaca celeste y blanca del ochenta y seis. Me acosté sobre el pasto y respiré profundo. Sentía palpitaciones y

el corazón en la garganta. Tenía las piernas acalambradas como si hubiera jugado todo el partido. Prendí un cigarro y pité despacio un par de veces.

—¡Van a empezar los penales! —gritó Laura desde la cocina.

Me paré con una energía renovada y lo invité a Vicente a ver la definición. Agarró la pelota y me acompañó. Dante dormía en el cochecito. Tosí varias veces y me refresqué la laringe con cerveza.

—Tápate que vas a despertar al bebé. Mirá cómo te pone el cigarro. ¿Cuándo será el día en que dejes de fumar?

Le respondí sin dejar de mirar el televisor:

—Justo hoy, imposible. Y menos ahora.

El Dibu hizo su trabajo y su show, los nuestros la metieron y llegó el turno de Gonzalo Montiel. Lloris se tiró para un palo y la pelota besó la red del otro lado. Estoy seguro que gran parte del mundo saltó y festejó en ese momento como lo hice yo. Pegué unos rugidos como si fuera un león y nos abrazamos entre todos.

Dante se despertó asustado por los gritos. Laura lo agarró y le dio la teta para calmarlo. Destapé un champán que había metido en el freezer sin avisar a nadie y tomé del pico. Laura pidió que hiciera menos ruido, pero no podía parar, así que agarré la bandera y partimos con Vicente hacia la plaza San Martín.

Las calles rebalsaban de personas enloquecidas y de camisetas argentinas. La plaza y los alrededores estaban como un hormiguero recién pisado. Había gente trepada a los autos, a los puestos de diarios, en balcones y sobre los semáforos.

—¿Puedo subir a un semáforo? —preguntó Vicente.

Respondí que no y me pidió que le haga upa. Negociamos y lo subí a mis hombros. Saltamos entre la gente, Vicen agitaba la bandera, cantamos «Muchachos» y festejamos con desconocidos como si fueran familia.

Me encontré con el Chelo, un amigo de toda la vida, nos abrazamos y lloramos juntos. Sacamos *selfies* y coincidimos en que había sido la final más épica de la historia de los mundiales. Bajé a Vicente porque no daba más del calor y del dolor de hombros, me prendí un pucho y comentamos jugadas del partido.

Nos dimos un abrazo lleno de gloria con el Chelo y siguió a juntarse con su familia. Cuando bajé la cabeza, Vicen ya no estaba abrazado a mi pierna. Miré para todos lados y no lo vi. Alcé la cabeza por sobre la gente y tampoco lo encontré. Les pregunté a los que estaban alrededor. Caminé unos metros para adelante y para atrás y nada.

Me sonó el teléfono. Era Laura. Pidió que volviéramos para festejar por la ciudad en el auto de mis suegros. Respondí que en un rato íbamos.

—¿Qué hace Vicen? —preguntó y yo abrí los ojos.

—Está acá al lado, todo bien, chocho con los festejos.

—Bueno, cuidalo, que no se aleje de vos.

—Sí, tranqui, bueno, te corto porque no te escucho bien. Nos vemos en un rato.

Corté y sentí la mano transpirada. Guardé el celular y giré para todos lados varias veces. No tenía ni puta idea dónde estaba mi hijo. La angustia me cerraba el pecho. Me imaginé volviendo a casa sin el nene y la cara desfigurada de Laura.

Entre un grupo de personas, vi a un pibe con la camiseta suplente de la Selección y una gorra roja. Corrí hacia él, lo agarré del brazo, se volteó y descubrí la cara de otro chico. Apareció la madre, me empujó y me increpó.

—Perdón, pensé que era mi hijo. No lo puedo encontrar.

La mamá agarró de la mano a su varoncito y se alejaron.

—Guarda, no te alejes que está lleno de borrachos.

El nene se fue mirándome como si fuera un monstruo.

Seguí buscando sin saber dónde buscar. Corrí por todos lados hasta que sentí palpitaciones, ahogos y mareos, mezcla del cagazo y el cansancio.

Me alejé del centro de los festejos y fui a una esquina despejada a tomar un poco de aire. Me apoyé rendido contra una pared y lloré desesperado. Me prendí un cigarro con la mano temblorosa. Traté de pensar qué haría Vicente. ¿Habría vuelto a casa? ¿Se habrá encontrado con algún amiguito? Cerré los ojos y pensé. Prometí que, si encontraba a Vicente, no iba a fumar más.

Sentí que algo me tapó el sol. Abrí los párpados y vi una bandera gigante con la cara de Maradona. Miré hacia el cielo y volví a rogarle al Diego. Le pedí que me ayude a encontrar a mi hijo.

La bandera se corrió y distinguí a lo lejos a unos nenes subidos a un puesto de diarios. Estaban agarrados a una rama con una mano y saltaban como monitos. Uno de ellos tenía la camiseta suplente de Argentina y una gorra roja.

Tiré el cigarro y corrí más rápido que Di María. Me paré debajo del puesto y le grité a Vicente. Creo que bajó enseguida por mi cara de desaforado. Lo zamarreé de la

camiseta y lo reté sin pudores. La gente de alrededor me miró mal. Le apreté fuerte la mano y no lo solté en todo el camino de vuelta.

Antes de llegar a casa, saqué el atado de cigarros, lo besé, miré al cielo y lo emboqué en un tacho de basura.

CHALO FLORES

UNIDOS

¿Es posible que un país como la Argentina se una sin diferencias políticas, económicas y religiosas? Sí, pero solo si se gana un Campeonato Mundial de Fútbol. ¡Doy fe! Pasen y lean: todo comenzó cuando la Scaloneta emprendió ese arduo camino, digno de «el viaje del héroe» para llegar a la gloria, manteniendo su sueño intacto, desde el comienzo del Mundial en Qatar 2022.

La Scaloneta fue y sigue siendo un símbolo de unión, de confianza y esperanza, representada por un líder humano y sensible como Lionel Scaloni, que superó las duras críticas iniciales para alcanzar la gloria repetidas veces desde su nacimiento como DT de la Selección nacional.

Con mi compañera, excelente cocinera, teníamos una cábala para cada partido: comer rico y casero. Así que en cada encuentro, yo le hacía mate y ella cocinaba en la previa. Nos deleitamos con chipa, empanadas, tortilla. También, por supuesto, lo dulce: pepas, budín, alfajores. No voy a omitir que varias veces se nos atragantaron en cada partido. ¡Ay, mamita querida! ¡Cuántas emociones!

Argentina llegó a Qatar con la ilusión y la racha invicta que la ponía entre los grandes favoritos. Pero el sueño empezó con un sacudón: en el primer partido, Arabia Saudita sorprendió al mundo y venció 2 a 1. Fue un golpe que pareció poner en jaque la esperanza. Desde ahí, la Scaloneta se reinventó.

Contra México, en un partido trabado y de máxima tensión, apareció Messi con un zurdazo que abrió el camino y revivió al equipo. Luego, contra Polonia, Argentina mostró su mejor versión en la fase de grupos, dominó de principio a fin y se clasificó primera de su zona.

En octavos, Australia fue un rival duro, pero otra vez Messi guió al equipo y el Dibu Martínez tapó un mano a mano clave en el final para asegurar el pase.

En cuartos, llegó el partido más caliente: Países Bajos igualó en la última jugada y llevó la serie a penales, donde la personalidad del Dibu y la sangre fría de Lautaro Martínez sellaron el triunfo. Fue luego de esa victoria cuando Messi increpado por la mirada de un jugador neerlandés disparó la frase que dio vuelta al mundo: «¿Qué mirás, bobo? Andá, andá pa' allá, bobo».

Luego llegaría la semifinal contra Croacia, con la consagración del estilo: Messi brilló con una asistencia mágica a Julián Álvarez y Argentina goleó 3 a 0, desatando la locura de los hinchas.

Y llegó la gran final. Un partido épico ante Francia, con dominio argentino hasta el 2-0, el regreso de Mbappé para empatar, la prórroga, el gol de Messi y otra vez Mbappé forzando los penales. Entonces, el Dibu Martínez se

hizo gigante, tapó y descolocó rivales, y Montiel convirtió el último disparo.

Con el desenlace de esa final vibrante, emocionante, el destino llegó: campeones del mundo con nuestra tercera estrella formándose en la camiseta. La gente salió a las calles, llena de alegría en cada lugar del país. El Obelisco fue la fiesta central, desde ese lugar como un gran faro se irradiaba la luz de victoria que llegaba a cada rincón del país.

Mientras tanto, yo estaba a más de 1500 kilómetros de ahí, en un pequeño pueblo de la Patagonia, llamado Villa Lago Meliquina, con tan solo unos quinientos habitantes, donde vivimos con mi compañera Maia. Habíamos ganado el Mundial, tenía unas ganas locas de cantar, de tocar la bocina, de compartir esa alegría que me brotaba para festejar con los demás.

Los minutos pasaban y nada sucedía en el pueblo, no había una bocina. Es un lugar con una paz increíble, que uno buscó pero ahora no era el momento. No se decía nada en el grupo de Whatsapp de vecinos y entonces le dije a ella: nos vamos a San Martín de los Andes, la ciudad más cerca que teníamos a unos cuarenta kilómetros.

Salimos rápidamente, sorprendidos de que no había nadie en la costanera del lago Meliquina. «Qué raro», pensamos los dos y seguimos, de fondo sonaba la canción «Muchachos», acompañando nuestro viaje por la serpenteante y hermosa ruta 40, mientras recordábamos los tensos instantes del partido que habíamos vivido. Al llegar, estacionamos a unas cuadras del centro de la ciudad, nos cruzamos con muchísimas personas que se dirigían como

una peregrinación hacía el mismo lugar donde todos se congregaban. La plaza principal estaba repleta: familias, amigos, parejas, personas de todas las clases sociales cantando, bailando, festejando a lo grande, agitando las banderas celeste y blanco. ¡Qué linda imagen! Los argentinos unidos acá y en cada rincón del mundo.

No me pude aguantar y me metí al medio del pogo, como un adolescente, saltando, revoleando la remera, transpirado de alegría. Pensaba en mi familia, en mis amigos, entendiendo que si festejaba así estaba conectado a ellos, a los jugadores en Qatar, a todos en el Obelisco y a todos los argentinos que estaban en cada rincón del planeta. Todos éramos uno, todos cantábamos por la victoria de nuestro país.

El masivo festejo arrojaba cifras increíbles: unas cinco millones de personas en el Obelisco, en la ciudad de Rosario más de quinientas mil personas y en Córdoba Capital más de cien mil personas, por citar solo algunas. Lo más hermoso fue saber y vivir este momento como argentinos de ser campeones por tercera vez.

En cada rincón, en cada ciudad, pequeña o grande, los argentinos estaban felices, como nosotros en esta ciudad patagónica. Todos unidos, hermanados, por este sentimiento que nos unía, sin barreras de ningún tipo, sin separación, sin ningún límite físico existente. Nunca olvidaré esta celebración sintiendo unida a nuestra querida Argentina.

Para cerrar este relato, me pregunto: ¿se podría lograr en otras áreas y no solo en un Mundial de Fútbol? ¿Sería posible que no exista un espíritu de Boca-River para todo?

¿Sería posible dejar de lado la grieta política? ¿Que no haya distancia y recelo entre los pobres y los ricos? ¿Que se unan judíos, musulmanes, católicos y ateos? ¿Se imaginan por un momento esa utopía? ¡Qué lindo quilombo sería!

CÉSAR ALBERTO SEVERA

YOU'LL NEVER WALK ALONE

Londres, 20 de noviembre de 2022

Domingo lluvioso. Nos quedamos en casa, miramos una peli, jugamos y a las 16 horas puse el partido inaugural, empezó el Mundial de Qatar.

Lunes, 21 de noviembre de 2022

Empiezo un nuevo laburo...

La obra estaba llena de gente de distintas nacionalidades, y todos en mi contra cuando me vieron llegar con la celeste y blanca. En especial los ingleses que jugaban a las 13, hora normal del almuerzo. Así que, para joderlos, los hice almorzar una hora antes y a trabajar de nuevo. No se imaginan lo que me putearon esos muchachos.

Después les dejé que puedan disfrutar el segundo tiempo. No soy tan hijo de puta.

Martes, 22 de noviembre de 2022

A las 9:30 hice la pausa para el mate, llamé a mi viejo para saludarlo por el cumpleaños, y a las 10 ya estaba listo para cantar el himno y ver el debut de Argentina en el Mundial en la oficina.

A los 10 minutos nos pusimos 1 a 0; entonces me relajé, puse el partido en el teléfono y salí a recorrer la obra. Pensé que el partido iba a ser un trámite, pero me recontra equivoqué... Todavía no sé quién, pero alguien me grabó. Me veo como un hincha ridículo haciendo gestos de cabecear una pelota imaginaria, de patear la misma pelota e incluso gesticulando con las manos mientras puteo a los del VAR después de que nos anularon los goles en el primer tiempo.

Estaba revisando unos planos cuando me avisan que nos empataron, no lo podía creer, estos tipos no patearon al arco en todo el primer tiempo. Terminé rápido y puse la transmisión otra vez, y efectivamente, estaba la repetición del gol (un golazo). No me preocupé porque estábamos siendo muy superiores. Pero a los cinco minutos nos metieron el segundo y se acabó la superioridad.

Cuando terminó el partido me gastaron en todos los idiomas, pero yo les contestaba que este Mundial lo ganábamos con Leo en la cancha y el Diego en el corazón.

Sábado, 26 de noviembre

El partido contra México lo vi en casa. Con la presión de que debíamos ganar, pero con la tranquilidad de que sabíamos que no eran rivales.

Cuando terminó el partido, me fui con la camiseta argentina a cenar gratis con mi mujer y mi hijo al restaurante mexicano Mezcalito, porque Jorge, el encargado, me apostó que nos mandaban a casa. Así que al terminar de comer, nos levantamos y nos fuimos sin pagar entre miradas hostiles y algunos comentarios por lo bajo, pero también con algunas sonrisas y felicitaciones.

Miércoles, 30 de noviembre

Dos compañeros polacos se autoinvitaron a ver el partido en mi casa. Yo jugaba de local y para equiparar fuerzas invité a Igor, mi amigo moldavo que banca a Argentina. Dejarlos entrar a casa fue uno de los peores errores que cometí.

Llegaron a las 18, una hora antes de empezar. Al final del primer tiempo ya se habían tomado todo el alcohol que tenía en casa... esta gente chupa de manera profesional. Los mandé a comprar cervezas. Cuando volvieron ya iban perdiendo 1 a 0 pero no les importó, el partido era una excusa para juntarnos, ellos sabían que solo tenían a Lewandowski y diez más.

Sábado, 3 de diciembre

Contra Australia, el visitante fui yo. Mitch me invitó a su casa a las 18 para comer un asado y ver el partido. Le dije que no había tiempo para asado, el partido empezaba a las 19. Me dijo que yo no sabía nada y que vaya a las 18.

Me resigné y llegué puntual con mi camiseta puesta y dos botellas de vino, una en cada mano. Al entrar me fui derecho al patio y no vi ningún fuego. Me re calenté, ya estaba a punto de mandar a cagar a toda Australia, pero no dije nada porque en ese preciso instante me empezó a presentar a sus amigos, que como él, eran todos australianos y uno más grandote que el otro... (yo soy carnívoro pero no pelotudo). Al rato me tranquilicé porque prendió unos carboncitos raros que usan ellos, y tiró a la parrilla unas salchichas y hamburguesas. El asado que me prometió al final fue una barbacoa que se hace en quince minutos, así que llegamos a tiempo para el arranque.

El partido fue medio malo, trabado y aburrido, pero como había vino y cerveza se hizo llevadero. La mejor parte fue cuando meten el gol del 2 a 1.

Se pusieron a gritar que era penal, porque Enzo la desvía con la mano y se la cambia de palo a Dibu. Les tuve que explicar un poco las reglas. Imaginate lo que saben de fútbol en un país donde solo hay rugby y canguros.

El susto llegó casi al final, cuando le quedó muerta una pelota en el área a un jugador al que ellos criticaron todo el partido por ser sudafricano, se dio vuelta y bombazo al arco. Enorme Dibu, la tapó, respiré.

Viernes, 9 de diciembre

Holandeses no conozco ninguno (por lo menos acá), así que el partido lo vimos en casa con una picadita en familia. Partidazo, peleado, un poco sucio, mucho barrio,

quilombo, Topo Gigio, penales. Y después el «¿QUE MIRA' BOBO?»... Hermoso, puro arte.

Al próximo día que llegué al laburo, interpreté y traduje las palabras de Messi para gente que habla muchas otras lenguas, y se lo decían entre ellos, no entendían que un insulto tan infantil genere tanto despelote en todo el mundo. Fue un lunes precioso.

Martes, 13 de diciembre

Llegó la semi, yo tenía la confianza de que los pasábamos por encima y fácil a la final.

Recordé lo que había pasado en el Mundial anterior, y también me acordé de que en Francia 98 les ganamos nosotros. Pero como era martes 13 cualquier cosa podía pasar.

Mis sensaciones se confirmaron cuando vimos la carrera de Julián en el segundo gol para Argentina (el primero suyo). Con la garra que puso en ese gol, era imposible que perdamos; y encima Messi tirando magia de la buena y bailando a todos los croatas que se le cruzaban.

Trabajo realizado, ahora a esperar por Marruecos o Francia.

Domingo, 18 de diciembre

Llegó el momento y decidí verlo en casa sin distracciones. Una alegría inmensa me entró en el cuerpo cuando vi a Di María por la izquierda, lo quiero mucho porque es de mi ciudad, a Leo lo quiero más porque encima de rosarino es leproso.

Las finales de la Selección en las que el Fideo no jugó, las perdimos. Y las que sí, las ganamos con sus goles; y esta no fue la excepción.

Emocionante fue el baile que le estábamos dando a la vigente campeona del mundo. Un primer tiempo soñado, goles y buen fútbol, felicidad total... hasta que se calentó Mbappé a diez minutos del final.

Desde que vivo afuera noté que en general los argentinos no sabemos, o no podemos, o no queremos rematar las cosas (no todos los argentinos, pero creo que pasa algo así).

Empate, se viene la prórroga. Me empecé a poner nervioso, desesperado, molesto. Estaba incómodo y no tenía el apoyo de la familia. Mi esposa es colombiana y no le calienta el fútbol, no clasificaron al Mundial pero siguen festejando el 5 a 0 que casi nos deja afuera de USA 94.

A mi hijo, que tiene 9 años, le encanta el fútbol, pero jugarlo. Él no puede estar sentado tanto tiempo mirando un partido por más que sea la final de la Copa del Mundo. Así que salí a caminar por el río con el partido en el teléfono.

Sufrimiento total. Eran más de las 21 y hacía un frío tremendo, yo estaba transpirando por la tensión.

Grité el gol de Messi con mucha fuerza pero contenido, porque todavía faltaba mucho. Puteé con más fuerza el penal y el empate y grité un gran «¡Nooooo!», cuando vi el pelotazo que tiró el francés desde el medio de la cancha y un «¡Vaaamo'!», enorme como la atajada de Dibu para salvarnos y alcanzar los penales.

Con los penales grité como un loco, los convertidos por los nuestros y los que ellos no metieron. La gente que

pasaba no podía creer que estaban viendo un boludo con una camiseta celeste y blanca, envuelto en una bandera también de Argentina corriendo, gritando y llorando por la playita que queda cuando el río está bajo.

Cuando me calmé, subí la escalera y arranqué a caminar ya por el paseo peatonal de vuelta para casa y me dije a mí mismo: «¿cómo es posible que seamos campeones del mundo y yo caminando solo?». Justo después de decirlo escucho una voz idéntica a la del Diego, como leyéndome la mente, que me dice: «Papu, quién te dijo que estás solo?». Miré al costado y había una señora mayor muy inglesa mirándome. Le pregunté en inglés si me estaba hablando a mí, porque no me cuadraba la voz y el idioma con la imagen que tenía delante. Y me contestó «yes». Definitivamente esa voz y esa frase en castellano solo la escuché yo, ella no hablaba castellano y me repitió la pregunta.

—¿Estás contento o triste?

Yo estaba con los ojos rojos de llorar y ella no conocía el resultado.

—Contentísimo, somos campeones otra vez.

—¡Felicidades! —exclamó—, y lo mejor es que esa camiseta desde ahora va a ser mucho más hermosa aún con el escudo acá —y adelantó su mano izquierda hasta tocarme en el medio del pecho, y con el índice de la mano derecha hizo un gesto como dibujando la tercera estrella arriba del escudo de AFA.

Le dije lo que había pensado justo antes de verla pasando por mi lado.

—¿Cómo es posible que seamos campeones del mundo y yo caminando solo?

Me miró, sonrió, me agarró la mano y me dijo algo que me puso la piel de gallina.

—Sos campeón del mundo, hay un país entero caminando con vos, y Maradona seguro que se lo está diciendo a cada argentino: ¡*You'll never walk alone!*

Y me acompañó hasta mi casa de la mano.

NICOLÁS M. SOPRANZI

RECUERDOS QUE NO VOY A BORRAR:

Los virales de Qatar

ABUELA LALALA LALA

Ella se acercó a la esquina del barrio a celebrar cuando le ganamos a Polonia. No fue una hincha más, tras recibir el apodo que la convirtió en la protagonista de los festejos, era «La Abuela».

En los próximos partidos que «La Scaloneta» recorría rumbo a la tercera estrella, su figura y cántico estaba presente. Esta señora mayor que aún no era abuela despertaba la algarabía y se viralizaba en todas las redes sociales y en los medios.

Se convirtió en el personaje infaltable, amoroso, de cada festejo, siempre agitando su bandera argentina. La hincha «Los Pibes de Luro» del barrio de Villa Luro de Buenos Aires la esperaban, la saludaban y la recibían con cariño.

Al salir campeones la celebración fue gigante. Con un público que la vitoreaba y desbordaba de alegría, ella en su rol protagónico, bailaba en el centro del círculo.

Es que es «La Abuela»: la que nos mima, la que nos da las mañas, la amada, la de todos, «lalala lala».

CÉSAR ALBERTO SEVERA

ATRAVESASTE A TODOS

«La original, la trucha, la inventada... no hay nene que no tenga tu camiseta». Con esa frase, Sofi Martínez inmortalizó una entrevista en el pasillo del Mundial de Qatar, detrás los mismos logos y el mismo plano de cámara de siempre. Era la última antes de la gran final. Ella no preguntó: habló desde el alma. «Atravesaste a los argentinos». Messi bajó la mirada, se tocó la cara nervioso y sus ojos chispearon. No hacía falta respuesta. Sofi había dicho lo que millones sentían allá lejos, en casa. Tras un Mundial cargado de críticas y mufa periodísticas, sus palabras rompieron el ruido con una ternura inesperada. Habló el amor. Y Lio escuchó lo que un país entero quería decirle: gracias.

LALA LEOTTA

DESAYUNO DEL CAMPEÓN

La luz entra suave, como si también quisiera mirar. La sábana arrugada guarda el eco de una noche eterna. Sobre la cama, el trofeo reposa manso, testigo dorado del milagro cumplido. Entre las manos, un mate humeante, tan simple, tan nuestro, compartiendo ronda con la gloria. No hay ruidos, solo la respiración tranquila de quien ya no debe probar nada. Afuera, el mundo despierta; adentro, todo es calma. El pibe de Rosario lo confirma: la copa sigue ahí, tangible, real. Ese instante —mitad descanso, mitad eternidad— pertenece a todos. Porque en esa cama blanca no descansa un hombre, sino un país entero que, por fin, puede decir: ya está. Y entre sorbos de mate, el campeón sonríe, sabiendo que el sueño no se terminó: comienza un nuevo ciclo.

DEBORA J. ARCE SPOSITO

EL DESAHOGO FINAL

Yo lo asemejo a la figura paterna. Fue eso, el padre de la criatura. Y en ese rol, de liderazgo, de saberse la cabeza del grupo, tuvo que adoptar una postura y tal vez un personaje. Porque en esas situaciones uno tiene que ser el equilibrio, el soporte anímico y emocional, administrar las palabras, los gestos. Hay que saber marcar la delgada línea que divide la cercanía afectiva de la toma de decisiones. Estar ahí, indicando, aconsejando, custodiando las acciones. Y en las situaciones más críticas y exultantes, intentar mantener la calma y la postura. Quizá cruzando los brazos, frunciendo el ceño, aunque el brillo en los ojos te delate. Y al final, cuando un hijo corre a abrazarte emocionado y te mira orgulloso, es imposible contener el espasmo emotivo en cuerpo y alma.

JUAN JOSÉ VAZQUEZ

EL DIBU AL LÍMITE

¿Qué tan segura puede ser una persona? ¿Qué tan loco puede estar un arquero?

Dicen que para ser buen arquero hay que ser medio loco. En Argentina cuestionamos todo. Si no dicen nada, es porque se niegan a declarar o no tienen personalidad, no dan la cara. Si hablan, son provocadores y agrandados. El exitismo es una obsesión compleja por estos lados.

En esa vorágine, hay que ser muy responsable en algunas cosas y muy desorbitante en otras.

Los compañeros supieron que era el resguardo deportivo y el descontracturante en los momentos íntimos, que sus reacciones pueden ser desopilantes.

Lo que no estaba en los planes era que en medio de su premiación como el mejor arquero del Mundial, festejara como un nene desaforado con un «¡tomá!», llevando el trofeo a su pelvis.

JUAN JOSÉ VAZQUEZ

EL RUGIDO DE LA VICTORIA

Ella tenía planes para ver la final con sus amigos y la plantaron. Se dijo a sí misma: «No me voy a quedar en casa». Agarró su bicicleta y tomó la Avenida Corrientes en contramano, aprovechando que no había autos circulando ese día de la final del mundo.

Véía gente en la calle y comenzó a grabar ese momento especial que vivía donde explotó la emoción de los argentinos. Un grito eufórico, lleno de emoción invadió el sonido del video. El Obelisco fue fiel testigo de ese instante en el que los hinchas celebraban, agitaban remeras y banderas, mientras ella pedaleando en su bicicleta lo registraba. Captó la vibración del corazón de todos los argentinos; éramos campeones del mundo por tercera vez. No estaba sola, estaba unida a todos, en ese grito unánime y glorioso de todo un país.

CÉSAR ALBERTO SEVERA

EL TOPO GIGIO

El entrenador rival lo quiso sacar en la previa y eso a él no le gustó. Ante la prensa había dicho que, sin la pelota en los pies, el diez no participaba del juego. Si hacés enojar al mejor, es imposible ganarle. Él siempre contestó con fútbol, adentro de la cancha. Pero en Qatar se lo vio muy maradoniano. Ya había puesto una asistencia imposible a Molina para el 1 a 0. Después, el árbitro cobró penal y él convirtió el 2 a 0. Luego de hacer su gol, volvió con un trotecito tranquilo, relajado, hasta el banco del equipo contrario. Se paró y llevó sus manos detrás de las orejas, simulando al Topo Gigio. Nos recordó a Román. Nuestro Capitán jugó fuerte, y sin la pelota en los pies.

LUIS CLIMENTI

LA CAPA Y LA COPA DE MESSI

Que la final se haya jugado el 18 de diciembre no fue casualidad. Los anfitriones eligieron esa fecha para que coincidiera con la conmemoración de la fundación de Qatar. Ese día Messi alcanzó la gloria, cumplió su sueño y el de todos los amantes del fútbol al consagrarse campeón del Mundo con Argentina.

Incluso el Emir en un gesto repleto de honor y respeto inmortalizó la figura de nuestro capitán vistiéndolo con un lujoso Bisht, atuendo usado solo por la realeza.

Cuando Leo alzó su primera Copa del Mundo enfundado en esa prenda tan simbólica para el mundo árabe, selló un hito deportivo que traspasó tradiciones, culturas y religiones, y por eso el estadio Lusail y el mundo entero se rindió a sus pies...

¡Dale Campeón, Dale Campeón!

NICOLÁS M. SOPRANZI

LA FIESTA INTERMINABLE

El centro era un latido extendido, un oleaje de cuerpos y cantos. Caminé entre tambores, bocinazos y risas que estallaban como fuegos artificiales. Un pibe subido a los hombros de su viejo agitaba una bandera más grande que él. Dos chicas se abrazaban llorando, los ojos rojos de alegría. Creo que no se conocían pero a quién le importaba. Un grupo brindaba con cerveza caliente y espumosa. Nadie tenía apuro. El tiempo se había rendido. El aire olía a humo, a pancho, a piel. Un chico besó a su novia bajo una lluvia de papелitos, y por un segundo todo el ruido pareció acunarlos. Más allá, un abuelo levantaba su gorra al cielo, su mano estrechando las del nieto. Eran las tres, las cinco, las siete... y la fiesta seguía, terca y hermosa. Caminé entre la multitud sabiendo que esa noche el país no iba a dormir.

MARIÁNGELES PORTILLA

LA MOCHILA DE AIMAR

Pablo Aimar, «El Payasito», es lo que muchos quisiéramos ser. Su transparencia y naturalidad, la simpleza y la alegría. Pero la mochila invisible la llevamos encima todos. Y en lo profesional él cargaba la de Corea Japón 2002. Las similitudes jugaban una mala pasada, cada uno conoce sus propios fantasmas. Una de las cosas que más nos cuesta es soltar la angustia. Más allá de la confianza y el temperamento, la angustia dice presente, incluso cuando juega a las escondidas. Por eso, el ídolo del mejor de la historia nos representó como hinchas genuinos en ese desahogo puro, liberador, incontrolable, con toda la emoción a flor de piel tras el zurdazo cruzado de Lio a México. Para enderezar el camino, para derramar el grito contenido y reconocernos proyectados en su imagen.

JUAN JOSÉ VAZQUEZ

LA TREPADA AL TECHO DEL METROBÚS

El que filmaba la vio, aguantó y no dudó: «¡Lo van a subir!». No era liviano, pero a quién le importaba. Todos desde abajo sumando fuerza, apretándose, apoyándose, balanceándose; ya no entraba ni una mano más para levantar ese cuerpo. Los de arriba luchaban para que no cayera. Cada intento contaba, cada empujón era heroico. Un flaco parado en el techo mide, intenta, busca por izquierda, por derecha... y le engancha la pierna en el momento justo. ¡Y lo levantan! La calle explota: gritos, risas, abrazos. En Argentina se celebraba la victoria, pero más la hazaña simple, el aguante, la solidaridad y el delirio porque sí. La trepada se volvió viral y unió a todos, puro corazón y épica popular.

LALA LEOTTA

LÁGRIMAS DE EMOCIÓN

La televisión lo buscó, él se emocionó y se hizo viral. El niño salteño de doce años lloraba porque Argentina había pasado a cuartos de final, sentía que todo se terminaba. Creía que el más grande del mundo se iba a retirar. Las lágrimas eran por Argentina, por su país y por su ídolo. La Selección consiguió la tercera estrella y su emoción lo llevó a hablar frente a los Campeones del Mundo, invitado por Conmebol. Se paró en el escenario con la misma camiseta y la gorra que lo habían llevado hasta ahí. Las lágrimas ya no eran solo suyas: Scaloni se emocionaba y Enzo Fernández también lagrimeaba. Quizá porque se vio reflejado en ese nene, cuando le pedía a Messi que no renunciara a la Selección Argentina.

FERNANDA CAPERÓN

LAS ESTAMPITAS DEL DIEGO SANTIFICADO

La paradoja de una persona atea, dogmática y practicante: religiosamente, antes de cada partido, no podía empezar sin este sacramento. A veces llegaba justo, mientras sonaba el himno, entre nervios y euforia, buscaba la imagen en el carrete de fotos o en un chat. Nunca había besado la pantalla del teléfono, ni mirando la foto de su novio más querido. Pero ahí estaba. Sellando un pacto íntimo. Sola ante tal desquiciado espectáculo. Miraba fuerte al cielo, como buscándolo, y suplicaba: «¡D10S, ayudanos por favor!». Reenviaba a todos los devotos de los grupos de WhatsApp. Una eucaristía digital, comulgada. Y luego se sumergía en el partido, entregada por completo al poder maradoniano.

LALA LEOTTA

MAR DE GENTE

El micro avanzaba lento como si quisiera que el momento no terminara nunca. Desde el asfalto caliente subía un murmullo que se hacía canto. Gente en los techos, en los árboles, en los semáforos. Buenos Aires era una fiesta desbordada, una patria desatada de su rutina. Lo miré pasar y sentí que el tiempo se detenía. No importaban las horas de espera bajo un sol abrasador. El micro de los campeones. La multitud se partió en un temblor de alegría, banderas agitadas, lágrimas sin pudor. Messi, de pie, saludando con la serenidad de los dioses y una sonrisa radiante. A su lado, Dibu, De Paul, los pibes que nos devolvieron el alma. Y por donde alcanzara la vista, un océano de blanco y celeste en remeras, gorros y banderas. Una marea de alegría y esperanza que rompía olas contra el micro con el sonido del canto: «Argentina, Argentina».

MARIÁNGELES PORTILLA

UN BAILE QUE ACARICIA LA GLORIA

En los penales, en el fútbol, puede pasar de todo. Pero la confianza y la fortaleza mental son fundamentales en los momentos culminantes. Y en el duelo psicológico, el arquero tiene ventaja, en caso de ser derrotado será el menos cuestionado. Aunque el Dibu sabía que dependía de él... Y en medio de su locura y excentricidad, intimidaba con sus antecedentes, con su mirada, con su gestualidad. Incomodar aún más a alguien que va con incertidumbres es sacar ventaja en ese juego. No es lo mismo apretar el puño, dar un grito, que saltar festejando y arengando. Eso es otro gesto que transmite seguridad a los suyos. Sabía que era su momento. Esa convicción se contagió en la alegría extravagante, alborotando multitudes en un baile inusual, que lo hace tan único, tan nuestro...

JUAN JOSÉ VAZQUEZ

¿Y EL DOMINGO QUÉ HACEMOS?

Cuando estamos felices o un poco alcoholizados nos desinhibimos y envalentonamos. Sin proponérselo, durante los festejos tras pasar a la final del Mundial, María Sol se convirtió en meme. En el Patio de Los Lecheros había un móvil del noticiero de América TV que registraba los festejos. Se veía gente tomando cerveza, cantando canciones de la Selección, todos con su camiseta celeste y blanca. El periodista buscó testimonios entre la multitud, se acercó a una joven rubia y le preguntó «¿Qué hacemos el domingo?», en relación a cómo iba a ver el partido o de qué forma festejaría si Argentina saliera campeón. Sin pensar ni un segundo, ella respondió «lo que quieras», dejando mudo al notero. Dos segundos después los dos se mataban de la risa.

ARIEL ZELENER



AGRADECIMIENTOS

Un gracias enorme a la Selección Argentina —jugadores, cuerpo técnico y colaboradores— porque ellos nos dieron una alegría enorme y son la razón de este libro. Nos sentimos identificados con su forma de sentir el fútbol.

En la cancha se veía eso que nos hace argentinos. Nuestra gratitud nace desde la admiración a esa unión que plasmaron en cada ocasión, como equipo y como grupo humano.

A nuestro donante anónimo, que nos obsequió el alquiler de la Sala Casals en el Paseo La Plaza para poder presentar nuestro libro. Era nuestro sueño, y pudimos hacerlo realidad gracias a su gesto.

A Hernán Casciari por su generosidad y por regalarnos el prólogo perfecto para esta obra. También a todo el equipo de Orsai por el apoyo de siempre. Y a Colaborativa Insai, de la cual este proyecto es parte y consecuencia.

Este libro es el resultado de un esfuerzo colectivo: de quienes escribieron, diseñaron, ilustraron, maquetaron y pusieron su granito de arena en cada detalle para hacerlo posible. Gracias a todos los que fueron parte del proceso.

El 18 de diciembre de 2022, millones de personas salieron a festejar en cada rincón, inundándolo todo de alegría y emoción. Veintisiete de esas personas se convirtieron en escritores y, tres años más tarde, recordaron aquel momento con sus historias.

En estas páginas vivirán para siempre cada abrazo, cada mirada, cada gesto y ese grito de campeón que nos acarició el alma.

¡GRACIAS A TODOS!



SOLO
SE LLEGA
MÁS RÁPIDO,
JUNTOS
MÁS LEJOS



RELATOS DE LA TERCERA ESTRELLA

Quinta publicación de Colaborativa Insaí.

Esta obra se terminó de imprimir
en diciembre de 2025
en los talleres Semilla Creativa
en papel bookcel 80grs.

Para la portada se utilizó la tipografía
RNS Guaire
para el texto principal se usó
Garamond Premier Pro.

HECHO EN ARGENTINA

